

LIBRY

UAN

UTÓNOMA DE NUEVA

CION GENERAL DE BIBLIOTE

ESTOICIZO

CRIMEN
Y
CASTIGO

2

PG3327

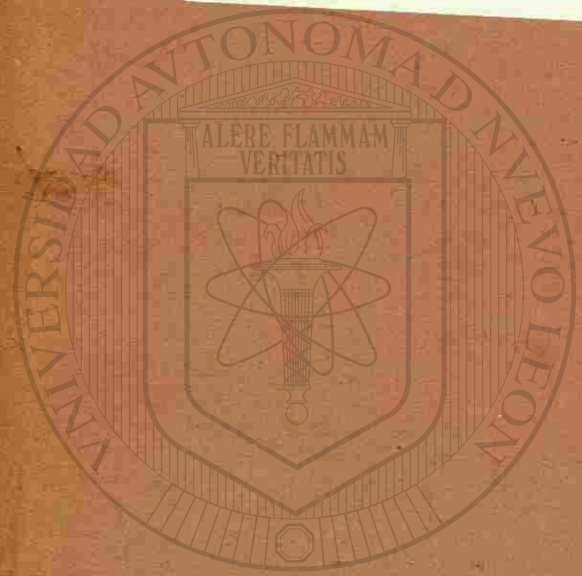
.S5

C7

v. 2

1905

R. C.



UANIL



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NEVOLEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Núm. Clas. N
Núm. Autor D7240
Núm. Adg. 34809
Procedencia 8
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó SR

CRIMEN Y CASTIGO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FEDORO DOSTOYEWSKI

Crimen y Castigo

TRADUCCION

DE

Eusebio Heras

EDICION DE "EL MUNDO ILUSTRADO"

TOMO II



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MEXICO—1905

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Talleres de Tipografía, Litografía y Fotografado de "El Mundo"

2a. de las Damas, 3 y 4.

098631

34809

891
~~210~~

PG 3327
.S5
C7
v.2
1905

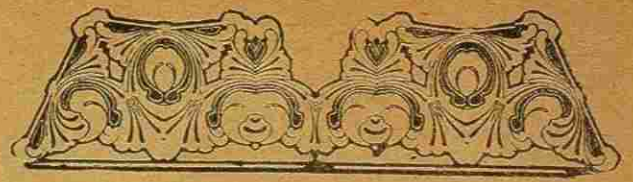


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO BEYZA"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



TERCERA PARTE.

I

Rascolnikof se incorporó y quedóse sentado en el diván.

Por medio de un leve signo invitó á Razumikin á que suspendiese el curso de su elocuencia consoladora; luego, tomando de las manos á su madre y á su hermana, las contempló alternativamente, por espacio de dos minutos y sin pronunciar una palabra. Su mirada, llena de dolorosa sensibilidad, tenía al propio tiempo algo de intensidad y fijeza. Pulqueria Alejandrovna se aterró y se echó á llorar.

Advotia Romanovna estaba pálida; su mano temblaba en la de su hermano.

—Volveos á casa... con él—dijo en voz entrecortada, mostrando á Razumikin.—Hasta mañana. ¿Cuándo llegasteis?

—Esta noche, Rodia—respondió Pulqueria Alejan-

drovna.—El tren venía muy retrasado; pero, Rodia, ¡por nada del mundo consentiré en separarme ahora de ti! Pasaré la noche aquí, á tu cabecera....

—¡No me atormentéis!—replicó él con un gesto de contrariedad.

—¡Yo le acompañaré—dijo vivamente Razumikin,— ¡y que mis invitados se vayan al infierno! ¡Que se enfaden, si quieren! Por lo demás, allí tienen á mi tío, que bien sabe ser anfitrión.

—¡Cómo, cómo daros las gracias!—exclamó Pulqueria Alexandrovna, estrechando nuevamente las manos de Razumikin.

Peró su hijo la interrumpió.

—No puedo.... no puedo....—repitió con agrío tono.—¡No me atormentéis! ¡Basta! ¡Idos!.... ¡No puedo!....

—Vámonos, mamá—dijo Dunia inquieta y en voz baja.—Salgamos aunque sólo sea por un instante; ve que nuestra presencia le mata.

—¡Y no podré pasar un instante con él, después de una separación de tres años!—gimió Pulqueria Alexandrovna.

—Esperad un poco—dijo Rascolnikof.—Siempre me interrumpís, y pierdo el hilo de mis ideas.... ¿Habéis visto á Lugin?

—No, Rodia; pero sabe que hemos llegado. Hemos tenido noticia de que Pedro Petrovitch ha tenido la bondad de hacerte hoy una visita—prosiguió con cierta timidez Pulqueria Alexandrovna.

—Sí, ha tenido esa bondad.... Dunia, no hace mu-

cho dije á Lugin que iba á arrojarlo por la escalera, y le envié al diablo.

—¿Qué dices, Rodia? ¡Es cierto!.... ¡Eso no es posible!—prorrumpió la madre llena de espanto.

Peró una mirada que á Dunia dirigiera la impidió decir más.

Advotia Romanovna, con la mirada fija en su hermano, esperaba á que siguiera su explicación. Ya informadas de la disputa, que Nastasia había contado á su manera y como la pudo comprender, ambas señoras se sentían presas de cruel perplejidad.

—Dunia—prosiguió haciendo un esfuerzo Rascolnikof,—no quiero que se celebre este matrimonio. De consiguiente, mañana mismo despide al señor Lugin, y que no se vuelva á hablar de él.

—¡Dios mío!—exclamó Pulqueria Alexandrovna.

—Piensa lo que dices, hermano mío—observó con vehemencia Advotia Romanovna.

Y agregó, en tono menos vivo:

—Sin duda en este momento no te encuentres en estado normal: te noto fatigado....—concluyó dulcemente.

—¿Deliro? No.... Por mí te casas con él. Pero yo no apruebo el sacrificio. Escribele, pues, una carta.... que te deje libre de Lugin. Mañana por la mañana me la leerás, y todo habrá concluido.

—¡Yo no puedo hacer eso! exclamó ofendida la joven.—¿Con qué derecho?....

—¡Dunetchka! ¿Tú también té acaloras? ¡Basta!... ¿Acaso no ves?.... Mañana á....—balbuceó la madre

con espanto, dirigiéndose hacia su hija.—¡Vámonos, será preferible!

—¡Delira!—gritó Razumikin en voz que revelaba su embriaguez.—¿Se hubiera permitido, si no... Mañana será razonable.

—Hasta mañana, hermano—dijole Dunia en tono compasivo.—Vámonos, mamá... ¡Adiós Rodia!

Este hizo un esfuerzo para decir:

—Ya lo has oído, hermana. No deliro. Tal matrimonio sería una verdadera infamia. El que yo sea infame no te obliga á serlo.... Basta con uno.... Mas, por miserable que sea, renegaré de ti si contraes unión semejante. ¡O yo, ó Lugin! ¡Idos!....

—¡Pero has perdido el juicio! ¡Eres un déspota!—vociferó Razumikin.

Rascolnikof no respondió. Es probable que no se hallara en estado de responder. Sin fuerzas para nada tendióse sobre el diván y se volvió hacia la pared.

Advotia Romanovna miró curiosamente á Razumikin; sus ojos negros brillaron; el estudiante se estremeció bajo el imperio de aquella mirada. Pulqueria Alejandrovna parecía consternadísima.

—¡Nunca podré decidirme á marchar!—murmuró, con una especie de desesperación.—Me quedaré aquí en cualquier parte.... Acompañad á Dunia.

—¡Y todo lo estropearéis!—la respondió en voz baja Razumikin.—¡Salgamos de aquí! Alúmbranos, Nastasia. ¡Os juro—continuó á media voz cuando se hallaron en la escalera,—que hace poco estuyo á punto de pegarnos al doctor y á mí! ¿Comprendéis? ¡Al doctor! Por otra parte, es imposible que consintáis que Dunia

se queda sola en aquella casa. ¡No podéis figuraros dónde habéis ido á parar! ¿No pudo buscaros habitación más conveniente el pícaro Lugin?... Por otra parte, sabed que he bebido un poco, y por eso mis expresiones son algo vivas: no hagáis caso.

—Bueno—prosiguió Pulqueria Alejandrovna.—Veré á la patrona de Rodia y le rogaré que nos dé un rincón para pasar aquí la noche. ¡No puedo abandonarle en tal estado, no puedo!

Esta conversación pasaba en el rellano de la puerta de las habitaciones de la patrona. Nastasia estaba en el último escalón, con la luz en la mano. Razumikin se hallaba extraordinariamente animado. Media hora antes, cuando acompañaba á Rascolnikof, había hablado con exceso, él mismo lo reconocía; pero tenía la cabeza libre, no obstante la gran cantidad de vino que bebiera. Entonces estaba sumida en un especie de éxtasis, y la influencia de la bebida obraba en él doblemente. Había tomado una mano de cada una de las señoras, y las arengaba en lenguaje desenvuelto, y, sin duda, para convencerlas, á cada palabra oprimía de modo formidable las falanges de sus interlocutores. Al mismo tiempo, con el mayor descaro, sus ojos devoraban á Advotia Romanovna.

A cada momento, vencidas por el dolor, las pobres mujeres trataban de librar sus dedos de la opresión de aquella mano huesosa; pero éi parecía no notarlo y continuaba apretando, sin pensar que las hacía daño. Si ellas le hubieran pedido, á guisa de favor, que se arrojase de cabeza por la escalera, Razumikin no hubiese tardado ni un minuto en complacerlas. Bien veía Pul-

quería Alejandrovna que el joven era muy excéntrico, y sobre todo que tenía unos paños terribles; mas ocupado todo su pensamiento en su Rodia, cerraba los ojos á los extrañísimos modales de Razumikin, que para ella era entonces una providencia.

En cuanto á Advotia Romanovna, aun cuando compartiera las preocupaciones de su madre, y aun cuando naturalmente no fuera asustadiza, no podía menos de ver con sorpresa, hasta con cierta inquietud, aquellas fogosas miradas del amigo de su hermano. A no ser por la confianza sin límites que los relatos de Natacha le inspiraron respecto á aquel hombre singular, la joven no hubiera podido resistir á la tentación de huir, arrastrando tras sí á su madre. Por otra parte, comprendía también que en aquel momento era imposible prescindir de él. Se tranquilizó, sin embargo, al cabo de diez minutos; uno de los rasgos del carácter de Razumikin era manifestarse tal como era á primera vista, de suerte que se sabía inmediatamente con quién se hablaba.

—No podéis pedir eso á la patrona, porque sería el colmo de lo absurdo—replicó vivamente á Pulqueria Alejandrovna.—Oid lo que propongo: Nastasia cuidará de él por el momento, mientras yo os acompaño á vuestra casa, porque aquí, en San Petersburgo, es imprudente que dos mujeres solas se aventuren de noche por las calles. Después de acompañaros volveré en dos saltos aquí, dándoos mi palabra de honor de que al cabo de un cuarto de hora volveré á deciros cómo va, si duerme, etc., etc. En seguida ¡escuchad! en seguida correré á mi casa, donde voy para celebrar una fiesta, tengo invitados. Todos están borrachos. Traeré á Zosimof—el

médico que asistía á Rodia—y que también está en mi casa, pero no borracho, porque bebe poco. Y en el transcurso de una hora recibiréis dos veces noticias del enfermo; por mí en primer lugar, y en segundo por el doctor, ¡lo cual es mucho mejor! Si va mal, os juro que volveréis otra vez á verle; si va bien, os acostáis. Yo pasaré aquí la noche en el vestíbulo, sin que él lo sepa, y haré que Zosimof se acueste en casa de la patrona, á fin de tenerle cerca en caso de necesidad. Creo que la presencia del doctor es en este instante más necesaria que la vuestra. Idos, de consiguiente. En cuanto á quedaros en casa de la patrona, ¡imposible! No os daría hospedaje, porque... porque es necia. Si queréis saberlo, me ama; y tendría celos de Advotia Romanovna, de vos quizá... Pero seguramente que los tendría de Advotia Romanovna. Es un carácter completamente extraño. Por otra parte, yo también soy un imbécil... ¡Ea, venid! Tenéis confianza en mí, ¿verdad? ¿Tenéis confianza en mí? ¿Sí, ó no?

—Vamos, mamá—dijo Advotia Romanovna.—Hará lo que promete. A sus cuidados debe mi hermano la vida, y si el doctor consiente en pasar aquí la noche, ¿qué otra cosa podremos desear?

—Vos... vos me comprendéis ¡porque vos sois un ángel!—exclamó Razumikin con exaltación.—¡Vámonos! Nastasia, sube al momento arriba, y quédate á su lado con la luz; volveré dentro de un cuarto de hora...[®]

Aun cuando no estuviese del todo convencida, Pulqueria Alejandrovna no hizo objeción ninguna. Razumikin tomó del brazo á las señoras, y, mitad de grado

y mitad por fuerza, las obligó á bajar la escalera. La madre seguía inquieta.

—Ciertamente que está muy bien dispuesto en nuestro favor—pensaba.—Mas ¿se puede contar con sus promesas en el estado en que se halla?

Razumikin adivinó este pensamiento.

—¡Ah! ¡Comprendo! ¡Me creéis bajo la influencia de la bebida!—dijo caminando rápidamente por la acera, sin notar que las señoras apenas podían seguirle.—¡Eso no significa nada! es decir, he bebido como un bruto, pero no se trata de eso; no es el vino el que me emborracha. En cuanto os vi, recibí como un gran golpe en la cabeza.... No hagáis caso; digo necedades, soy indigno de vosotras.... soy en el más alto grado indigno de vosotras. En cuanto os deje en vuestra casa iré al canal, que está á dos pasos de aquí, me echare un par de cubos de agua por la cabeza y todo desaparecerá.... ¡Si supierais cuánto os quiero á las dos!.... ¡No os riáis ni os encolericéis!... ¡Enfadaos con todo el mundo, pero no conmigo! Soy un amigo de Rodia y de consiguiente, vuestro. Lo quiero.... Presentía esto.... hace un momento.... Pero no, no lo presentía por completo, pues que vosotras caisteis, por decirlo así, del cielo. Mas yo no dormiré en toda la noche.... ¡Y este Zosimof temiendo que se vuelva loco!.... He aquí el motivo por el cual no sé le ha de irritar!

—¿Qué decís?—exclamó la madre.

—¿Es posible que el doctor haya dicho eso?—preguntó con asombro Advotia Romanovna.

—Lo dijo, pero se engaña. Hasta había dado á Rodia un medicamento, unos polvos.... Pero entonces

llegasteis.... ¡Así no hubierais llegado hasta mañana! Hemos obrado bien retirándonos. Dentro de una hora, el mismo Zosimof vendrá á informaros de su salud. El no está borracho, y yo he dejado de estarlo. Pero ¿por qué me acaloré tanto? ¡Porque los malditos me hicieron discutir! Había jurado no tomar parte en sus discusiones.... ¡Dicen tales necedades!.... Por poco me pego con ellos! ¿Lo creeríais? Son partidarios de la impersonalidad completa; para ellos, el supremo progreso es parecerse lo menos posible á sí mismos. ¡Nos agradó á los rusos el vivir con arreglo á las ideas de otros y de ellas nos hallamos saturados! ¿Es cierto esto? ¿Es verdad lo que digo?—gritó Razumikin estrechando las manos de ambas señoras.

—¡Oh Dios mío!... ¡no sé!—dijo la pobre Pulqueria Alexandrovna.

—Sí.... sí.... aún cuando no esté de acuerdo con vos en todos los puntos—añadió seriamente Advotia Romanovna.

Apenas pronunciadas estas palabras, dejó escapar una exclamación de dolor, producido por un enérgico apretón de Razumikin.

—¿Sí? ¿Decís "sí"? Pues bien, después de esto sois.... sois....—dijo el joven lleno de alegría,—sois un manantial de bondad, de pureza, de razón.... y de perfección. ¡Dadme la mano!... ¡Dádmela, y vos la vuestra! ¡Quiero besarlas aquí mismo, en seguida, de rodillas!

Y se arrodilló en mitad de la acera, que, por fortuna, en aquel momento estaba desierta.

—Basta, os lo ruego. ¿Qué hacéis?—exclamó Pulqueria Alejandrovna, alarmadísima.

—¡Levantaos, levantaos!—dijo Dunia, que reía, pero que no se hallaba exenta de cierta inquietud.

—¡No, si no me dáis vuestras manos!.... Bueno, ahora si me levanto. ¡En marcha! Soy un desgraciado imbécil, indigno de vosotras, y borracho en este momento.... me avergüenzo de mí mismo.... Soy indigno de amaros; inclinarse, prosternarse ante vosotras es un deber en todo aquel que no sea un bruto completo. Por esto me he prosternado.... He aquí vuestro domicilio. Nada más que por esto, vuestro hijo obró bien despidiendo de mal modo á Pedro Petrovitch. ¿Cómo se atrevió á buscaros albergue en semejante casa? ¡Esto es escandaloso! ¿Sabéis qué clase de gente vive aquí? ¡Y sois su prometida! ¿Sí? Pues bien, declaro, una vez visto esto, que vuestro futuro es un 'mal hombre.'"

—Oíd, señor Razumikin, olvidáis.....—comenzó Pulqueria Alejandrovna.

—Sí sí, tenéis razón, olvidé algo; razón por la cual me avergüenzo.....—se excusó el estudiante.—Pero no podéis censurarme por mis palabras. Hablé así porque soy franco, no porque..... ¡Hum! ¡Sería innoble! En una palabra, no por..... ¡Hum! ¡No me atrevó á decirlo!..... Pero no hace mucho, cuando fué á visitar á Rodia, todos comprendimos que aquel sujeto no pertenece á nuestro mundo. Ea, basta, todo está perdonado. ¿Verdad que me perdonáis? ¡En marcha, pues! Conozco este corredor; he venido antes... Sin ir más lejos, aquí, en el número 3, hubo no hace

mucho un escándalo..... ¿En qué número vivís? ¿Ocho? Bueno será que os encerréis por dentro, que no abráis á nadie. Antes de un cuarto de hora os traeré noticias, y, media hora después, me veréis volver con Zosimof. ¡Adiós!

—¿Nos pasará alguna cosa, Dunetehka?—preguntó ansiosamente Pulqueria Alejandrovna, cuando se halló á solas con su hija.

—Tranquilizaos, mamá—respondió Dunia.—El mismo Dios nos ha procurado á este caballero; aun cuando acaba de salir de una orgía, se puede contar con él, os lo aseguro. Y todo lo que ha hecho por mi hermano.....

—¡Ah, Dunetehka! ¡Dios sabe si volverá! ¿Y cómo pude resolverme á separarme de Rodia?.... ¡No esperaba encontrarle así! ¡Qué acogida nos hizo! Se diría que nuestra llegada es para él una contrariedad.....

En sus ojos brillaban las lágrimas.

—No, no, mamá. No le visteis bien, llorabais continuamente. Le ha castigado mucho su grave enfermedad; he ahí todo.

—¡Ah! ¡esa enfermedad! ¿Qué resultará de todo esto? ¡Y cómo te habló, Dunia!—agregó la madre, tratando tímidamente de leer en los ojos de su hija, y ya casi consolada porque Dunia defendía á su hermano y, de consiguiente, porque le había perdonado.—Sé muy bien que mañana tendrá otra opinión—prosiguió, queriendo informarse hasta el fin.

—Y yo sé positivamente que mañana dirá lo mismo.....—replicó Advotia Romanovna.

La cuestión era tan delicada, que Pulqueria Alexandrovna no se atrevió á seguir la conversación.

Dunia abrazó á su madre, que, sin decir nada, la estrechó fuertemente contra su pecho. En seguida sentóse y esperó, entre angustias crueles, la llegada de Razumikin. Miraba con timidez á su hija, que, pensativa y con los brazos cruzados, se paseaba á lo largo del aposento.

Razumikin, ebrio y enamorado súbitamente de Advotia Romanovna, manifestóse ridículo. Sin embargo, contemplando á la joven, sobre todo entonces que, soñadora y triste, se paseaba cruzada de brazos por el aposento, muchos hubieran excusado al joven, hasta sin invocar en su favor la circunstancia atenuante de embriaguez, porque la hermana de Rascolnikof era hermosísima.

Razumikin nunca había visto nada por el estilo; era ardiente, sincero, honrado, algo sencillo, fuerte, y se hallaba entonces acalorado por el vino: en tales condiciones, los resultados se explican perfectamente. Además, la casualidad hizo que conociera á Dunia en un momento en que la ternura, la alegría de volver á ver á Rodia había transfigurado la fisonomía de la joven. La vió soberbia de indignación ante las órdenes de su hermano, y no pudo contenerse.

Por otra parte, había dicho verdad cuando, en sus explicaciones de borracho, dijera que la patrona de Rascolnikof tendría celos, no sólo de Advotia Romanovna, sino hasta de Pulqueria Alexandrovna, pues, aun cuando ésta tuviera cuarenta y tres años, aún conservaba reliquias de su antigua hermosura; para de-

cirlo todo de una vez, era el retrato de su hija Dunetchka. Tenía el alma tierna, pero su sensibilidad no era exagerada; naturalmente tímida y dispuesta á ceder, sabía detenerse en la vía de las concesiones, en cuanto á honradez; sus principios y sus más queridas convicciones, la imponían tal deber.

Veinte minutos después de la separación de Razumikin, dos ligeros golpes resonaron en la puerta; el joven regresaba.

—¡No entraré, no tengo tiempo!—se apresuró á decir cuando le abrieron.—Duerme como un bendito, su sueño es lo más tranquilo del mundo, ¡y Dios quiera que duerma así diez horas! Nastasia está junto á él: tiene orden de permanecer allí hasta que yo vuelva. Ahora voy en busca de Zosimof; vendrá á daros cuenta y en seguida os acostaréis, pues veo que estáis rendidas de fatiga.

Dichas estas palabras, se marchó.

—¡Qué joven tan sencillo y tan fiel!—exclamó alegremente Pulqueria Alexandrovna.

—¡Parece de un excelente natural!—agregó con cierto calor Advotia Romanovna.

Y otra vez volvió á pasearse.

Una hora después se oyó nuevo rumor de pasos, y por segunda vez llamaron á la puerta. Eran Zosimof y Razumikin.

El primero tranquilizó á las dos señoras, ordenó que se acostaran, y ambos amigos se despidieron y se marcharon.

—¡Qué encantadora joven es Advotia Romanovna!—

dijo con el acento más sincero Zosimof, cuando se hallaron en la calle.

—¿Encantadora? ¿Encantadora dijiste?—rugió Razumikin.

Y lanzándose sobre el doctor, le cogió por el cuello.

—¿Si te atreves!..... ¿Entiendes? ¿entiendes?—gritó empujándole hacia la pared.—¿Has comprendido?

—Pero, ¡déjame, demonio de borracho!—dijo Zosimof, tratando de esquivarle.

Luego, cuando Razumikin le hubo soltado, le miró fijamente y prorrumpió en una carcajada. El estudiante estaba en pie ante él, con los brazos colgando y el rostro amoratado.

—Naturalmente, soy un burro—dijo con aire sombrío.—Pero tú eres otro que tal.

—No, amigo mío, yo no. Yo no pienso necedades.

Continuaron su camino sin decir nada, y sólo cuando llegaron cerca de casa del enfermo, Razumikin, muy preocupado, rompió el silencio.

—Escucha—dijo á Zosimof.—Eres un muchacho excelente; pero tienes una rica colección de vicios; eres, sobre todo, un voluptuoso, un innoble sibarita. Te gustan las comodidades, engordas, de nada te privas. Digo que esto es innoble, porque conduce á la grosería. ¡Afeeminado como eres, no comprendo cómo puedes ser un buen médico, y hasta un médico honorable y celoso! acuesta en colchones de pluma y se levanta á media noche para atender á un enfermo! Dentro de tres años, por mucho que á tu puerta llamen, no abandonarás la

cama. Mas no se trata de esto. Oye lo que pensaba decirte. Yo voy á acostarme en la cocina, y tú pasarás la noche en la alcoba de la patrona (¡trabajo me costó el consentimiento!). Ello será motivo para que afirmes tu amistad con ella. ¡No es lo que te piensas! Aquí, amigo mío, no hay sombra de eso.....

—¿Pero si no pienso nada!

—Es una criatura honesta, callada, de una castidad á toda prueba, y tan sensible, tan tierna!..... ¡Desembarázame de ella, te lo suplico por todos los santos.....! Será muy conveniente..... Por ahora, me basta..... ¡con ser reemplazado!

Zosimof se echó á reír.

—Se ve que no escaseaste la bebida. No sabes lo que dices. Pero ¿por qué he de hacerle la corte?

—Os convenís el uno al otro maravillosamente. No pienso en tí por primera vez..... Y puesto que á ella vendrás á parar, ¿qué te importa que sea más pronto ó más tarde? Encontrarás en ella el puerto, el refugio, el fin de tus agitaciones: buena comida, trato superior: estarás como en la gloria, y sin embargo, vivirás con ella; doble ventaja. Pero basta de charla, es hora de acostarse. Suelo despertarme por la noche; en este caso iré á ver cómo sigue Rodión. No te inquietes si me oyes andar. Si te parece, también puedes molestarte, aunque sea una sola vez; y si notaras algo extraordinario, despiértame en seguida. Aunque me figuro que no será preciso. ®

II

A las siete dadas del día siguiente, Razumikin despertó con impresiones que, hasta entonces, jamás habían turbado su existencia. Recordó todos los incidentes de la noche, y comprendió que había experimentado una emoción nunca sentida. Comprendía también que el sueño que cruzara por su mente, era irrealizable de todo punto. La quimera le pareció hasta absurda, y se avergonzó de pensar en ella. De consiguiente, apresuróse á pasar á otras cuestiones más prácticas que aquella.

Le desolaba sobre todo el haberse mostrado la víspera como un grosero rematado. No sólo le habían visto ebrio, sino que además, abusando de la ventaja que su posición de bienhechor le daba sobre una joven obligada á recurrir á él, había vilipendiado, por un sentimiento de necios y súbitos celos, al pretendiente de aquella joven, sin saber las relaciones que existían entre ella y él, ni quién era el tal pretendiente.

El joven, avergonzado por esto y por el sueño que abrigara, recordó haber dicho la víspera que la patrona le amaba y que tendría celos de Advotia Romanovna.....

Tal recuerdo vino á calmar su confusión. Aquello era demasiado. Descargó un puñetazo sobre la hornilla de la cocina, se hizo daño en la mano y rompió un ladrillo.

—Sin duda—murmuró—que todo esto está hecho,

que es imposible borrarlo. Inútil, por tanto, cavilar. Me presentaré á ellas sin decir nada, enmendaré el yerro y..... no me excusaré, no diré nada..... Ya es demasiado tarde.

Sin embargo, dedicó un cuidado especial á su vestido. Sólo tenía un traje; quizá hubiera conservado el de la víspera, aun cuando hubiese tenido muchos, "á fin de no aparentar que lo hacía expresamente." Pero el desaseo hubiera sido de mal gusto; en consecuencia, cepilló su ropa exterior; en cuanto á la interior, Razumikin nunca iba sucio.

Encontrando jabón en la cocina, se lavó cuidadosamente. Pensó en afeitarse, pero se dijo bruscamente:

—¡No, seguiré tal como estoy! Quizá se figurarían que me afeito para... ¡Nunca!

Tales monólogos fueron interrumpidos por la llegada de Zosimof.

Después de pasar la noche en las habitaciones de Prascovia Pavlovna, el doctor había ido á dar una vuelta por su casa, y entonces trataba de visitar á Rascolnikof.

Razumikin le dijo que el enfermo dormía como una marmota. Zosimof prohibió que se le despertara, y prometió volver entre diez y once.

—¡Con tal que esté en casa!...—agregó.—Cuando se tiene un cliente tan aficionado á las fugas, nada se puede decir. ¿Ha de ir él á verlas, ó vendrán ellas aquí?

—Presumo que vendrán—respondió Razumikin, comprendiendo la razón de la pregunta.—Indudable es que tendrán necesidad de hablar de cosas de familia.

Yo me marcharé. Tú, en tu calidad de médico, tienes naturalmente, más derechos que yo.

—No soy un confesor. Por otra parte, algo más que escuchar sus secretos tengo que hacer; me iré también.

Una cosa me inquieta—añadió Razumikin, frunciendo el ceño.—Ayer estaba borracho, y cuando acompañaba á Rodión, no pude poner freno á mi lengua; entre otras necedades, le dije que temías en él una predisposición á la locura... Pégame si quieres; pero “inter nos,” ¿qué opinión tienes respecto de él?

—¿Qué quieres que te diga? Tú mismo me le representaste como un monomaniaco... Y ayer le alborotamos el cerebro, ¿qué digo le alborotamos? tú fuiste quien lo hizo, con aquellos relatos acerca del pintor. ¡Linda conversación, delante de un hombre cuyo desequilibrio proviene de ese asunto! Si entonces hubiera yo conocido con todos sus detalles la escena de la comisaría; si hubiera sabido que había sido víctima de un canalla, á la primera palabra te hubiera hecho callar. Estos monomaniacos hacen un océano de una gota de agua; las ilusiones de su imaginación les parecen realidades... La mitad de la cosa me fué ayer revelada por lo que Zametof refirió en tu casa. A propósito: el tal Zametof es un muchacho encantador; sólo que... ¡hum! No debió decir lo que dijo. ¡Es un charlatán terrible!

—Pero ¿á quién se lo dijo? ¡A ti y a mí!

—Y á Porfirio.

—¡Bueno! ¿Y qué importa que también le oyera Porfirio?

—Pero... ahora que pienso. ¿Tienes alguna influencia con la madre y la hermana? No estará de más que les digas que sean circunspectas con el enfermo...

—¡Se lo diré! —le interrumpió con aire de contrariedad Razumikin.

—Hasta la vista. De mi parte, da las gracias por su hospitalidad á Prascovia Pavlovna. Se ha encerrado en su cuarto; al pasar la he gritado ¡buenos días! y no me ha respondido. Sin embargo, sé que se ha levantado á las siete; por el corredor he visto que la llevaban de la cocina el desayuno... Ni aun se ha dignado admitirme en su presencia.....

A las nueve en punto, Razumikin llegaba á la casa Bakaleyef.

Las señoras esperábanle hacía tiempo con febril impaciencia. Se habían levantado antes de las siete. El joven entró sombrío como por la noche, saludó sin gracia, y en seguida se lamentó amargamente por haberse presentado á ellas de aquel modo. Pulqueria Alejandrovna salió corriendo á su encuentro, le estrechó la mano y poco faltó para que se la besara. Razumikin miró tímidamente á Advotia Romanovna; pero en lugar del aire burlón, del desdén involuntario y mal disimulado que esperaba encontrar, vió en aquel rostro tal expresión de agradecimiento y de afectuosa simpatía, que su confusión no reconoció límites. Con seguridad hubiera preferido que le recibieran con reproches. Por dicha, había un motivo de conversación, y lo abordó rápidamente.

Al saber que su hijo aún no estaba despierto, pero que el estado del enfermo nada dejaba que desear, Pul-

quería Alejandróvna declaró que lo celebraba, pues tenía necesidad de conferenciar con Razumikin.

La madre y la hija preguntaron al visitante si había tomado el té, y como respondiera negativamente, le invitaron á tomarle en su compañía, pues esperaban su llegada para ponerse á la mesa.

Avotia Romanovna tiró al punto del cordón de la campanilla. Apareció un astroso criado. Se le ordenó que llevara té, y fué servido de modo tan inconveniente y tan poco limpio, que ambas señoras se sintieron avergonzadas. Razumikin echó pestes contra semejante servicio; mas pensando en Lugin, calló, perdió su presencia de ánimo y se sintió feliz al salir de aquella situación, gracias á las preguntas que Pulquería Alejandrovna hizo llover sobre él.

Interrogado sin cesar, habló cerca de una hora, refiriendo cuanto sabía concerniente á la vida de Rascolnikof. Terminó con el relato circunstanciado de la enfermedad de su amigo, pasando por alto lo que consideró que no era preciso decir; la escena de la oficina y sus consecuencias, por ejemplo.

Ellas le escuchaban ávidamente; pero aunque creía haberles dado todos los detalles capaces de interesarlas, la curiosidad de madre é hija no estaba aún satisfecha.

—Decidme, decidme: ¿qué pensáis?... ¡Ah, perdón! Todavía no sé vuestro nombre—dijo vivamente Pulquería Alejandrovna.

—Demetrio Prokofitch.

—Pues bien, Demetrio Prokofitch, me gustaría saber..... cómo..... en general..... mira las cosas,

ó, para expresarme de mejor modo, qué es lo que le agrada y qué le desagrada. ¿Está siempre tan irritable? ¿Cuáles son sus ideas, sus sueños, si queréis? ¿Bajo qué influencia se encuentra en este momento?

—¿Qué os diría yo? Conozco á Rodión hace diez y ocho meses: es lúgubre, sombrío, orgulloso y altivo. En estos últimos tiempos (pero quizá esta disposición existiera en él de antiguo) se ha tornado receloso é hipocondriaco. Es bueno y generoso. No le gusta revelar sus sentimientos, y le cuesta menos burlarse de las personas que mostrarse expansivo. En ocasiones no es del todo melancólico, sino frío é insensible hasta la inhumanidad. Se diría que hay en él dos caracteres opuestos que se manifiestan turnando. En ciertos instantes, su taciturnidad es extremada. ¡Todo le fastidia, todo el mundo le molesta, y permanece tumbado y ocioso! No es burlón, y no porque su espíritu carezca de causticidad, sino porque desdena la burla como pasatiempo frívolo. No escucha hasta el fin lo que se le dice. Nunca le interesan las cosas que en ocasiones preocupan á todo el mundo. Tiene elevada opinión de sí mismo, en lo cual, á mi entender, no va descaminado. ¿Qué más os diré? Me parece que vuestra llegada ejercerá sobre él una acción de las más saludables.

—¡Ah, Dios lo quiera!—exclamó Pulquería Alejandrovna, inquietísima por aquellas revelaciones referentes á su Rodia.

Por último, Razumikin se atrevió á mirar con más libertad á Advotia Romanovna. Con frecuencia la había examinado cuando hablaba, pero de soslayo y apartando en seguida los ojos. La joven, por su parte, tan

pronto iba á sentarse junto á la mesa y escuchaba atentamente, como se levantaba y, según costumbre, empezaba á pasear á lo largo del aposento, con los brazos cruzados, los labios contraídos y haciendo de vez en cuando, y sin interrumpir su paseo, alguna pregunta. Tenía también la costumbre de no escuchar hasta el fin lo que se le decía.

Por diversos indicios, Razumikin reconoció pronto que las señoras eran muy pobres. Si Advotia Romanovna hubiera estado vestida como una reina, probablemente no le hubiera intimidado en manera alguna; pero por lo mismo que iba pobremente vestida, le infundía gran temor y meditaba con extremo cuidado cada una de sus expresiones, cada uno de sus gestos, lo que, naturalmente, aumentaba el embarazo de un hombre ya poco seguro de sí mismo.

—Habéis dado muchos curiosos detalles sobre el carácter de mi hermano, y..... los habéis dado imparcialmente. Así me place. Pensaba que le admirabais—observó sonriendo Advotia Romanovna.—Creo que ha de mediar alguna mujer en su existencia—prosiguió, pensativa.

—No diría tanto, pero es posible que tengáis razón; sólo que.....

—¿Qué?

—El no ama á nadie; probablemente no amará nunca—afirmó Razumikin.

—¿Es decir que es incapaz de amar?

—¿Sabéis, Advotia Romanovna, que os parecéis terriblemente á vuestro hermano?..... casi me atreve-

ría á decir que bajo todos los aspectos—dijo aturdidamente nuestro joven.

Luego recordó súbitamente la opinión que concluía del dar respecto á Rascolnikof; se turbó y se puso encarnado como un cangrejo.

Advotia Romanovna no pudo menos de sonreír al contemplarle.

—Ambos os podríais engañar respecto á Rodia.—sentó Pulqueria Alejandrovna, algo picada.—No hable del presente, Dunia. Lo que Pedro Pétrovitch escribe en esa carta..... y lo que tú y yo imaginamos, puede no ser verdad, mas no podríais imaginaros, Demetrio Prokofitch, cuán fantástico es y caprichoso. Hasta cuando contaba sólo quince años, su carácter era para mí una continua sorpresa. Hoy lo creo capaz de hacer algo que ningún otro hombre podría imaginar. Sin ir más lejos. ¿sabéis que hace diez y ocho meses por poco me quita la vida, con motivo del casamiento con aquella..... con la hija de la señora Zarnitzin, su patrona?

—¿Conocéis los detalles de esa historia?—preguntó Advotia Romanovna.

—¿Creéis—prosiguió animada la madre—que hubiera hecho caso de mis súplicas, de mis lágrimas, que mi enfermedad, el temor de verme morir ó nuestra miseria le hubieran conmovido? No, lo más tranquilamente del mundo hubiera llevado á cabo el proyecto, sin detenerse ante consideración ninguna. Y sin embargo, ¿es posible que no nos ame?

—El nunca dijo nada respecto á eso—respondió con reserva Razumikin.—Supe algo de ello por la señora

Zarnitzin, que tampoco es muy charlatana, y lo que supe no deja de ser bastante extraño.

—¿Qué es lo que supisteis?—preguntaron á una ambas señoras.

—Oh, nada de particular ni de interés, hablando con verdad! Todo se reduce á que dicho matrimonio, que era asunto convenido y que iba á efectuarse al morir la futura, desagradaba en extremo á la señora Zarnitzin. Por otra parte, suponen que la joven no era hermosa, ó; por mejor decir, que era fea, y además, según dicen, enfermiza, y. antipática. Sin embargo, parece ser que tenía buenas cualidades. Con seguridad que las tendría; de otro modo no se comprende.

—Convencida estoy de que era joven de mérito—observó lacónicamente Advotia Romanovna.

—Dios me lo perdone: yo me alegro de su muerte; y, sin embargo, no sé para cuál de los dos hubiera sido más funesto el matrimonio—concluyó la madre.

Luego, tímidamente, tras muchas vacilaciones y mirando á su hija, visiblemente contrariada, interrogó nuevamente á Razumikin respecto á la escena desarrollada la víspera entre Rodia y el futuro de su hermana.

Tal incidente parecía inquietarla sobramanera y producirla verdadero espanto.

El joven relató detalladamente el altercado de que fuera testigo, agregando su opinión. Acusó abiertamente á Rascolnikof de haber insultado á Pedro Petrovitch, y no invocó la enfermedad para disuipar aquella acción deliberada de su amigo.

—Antes de caer enfermo había pensado hacerlo—concluyó.

—Lo mismo que yo creía—dijo Pulqueria Alexandrovna con la consternación pintada en el rostro.

Pero quedó sorprendida al notar que Razumikin había hablado de Pedro Petrovich en términos los más lisonjeros y hasta con una especie de estimación, cosa que chocó igualmente á Advotia Romanovna.

—¿Ese es vuestro parecer respecto á Pedro Petrovitch?—no pudo menos de preguntar Pulqueria Alexandrovna.

—No puedo abrigar otro, tratándose del futuro esposo de vuestra hija—respondió en tono firme y caloroso Razumikin.

—Y no me hace hablar como hablo una cortesía trivial; digo esto porque. porque. ¡Basta que se trate del hombre á quien Advotia Romanovna honró con su elección! Si ayer me expresé respecto á él en términos injuriosos, fué porque ayer me hallaba abominablemente borracho y, además, loco. ¡Loco, sí! Había perdido el juicio, estaba completamente extraviado: hoy me avergüenzo de ello.

Se ruborizó y guardó silencio. Las mejillas de Advotia Romanovna se colorearon, pero no dijo palabra: callaba desde que se empezó á hablar de Lugin.

—Oídme, Demetrio Prokofitch. . . . ¿Seré franca por completo con el señor Demetrio Prokofitch?—preguntó á Dunia.

—Desde luego, mamá—respondió de un modo categórico Advotia Romanovna.

—Se trata de lo siguiente—apresuróse á decir la ma-

dre, cual si la quitaran una montaña de encima del pecho, al permitirle comunicar su pena.—Esta mañana, de madrugada, recibimos una carta de Pedro Petrovitch, respuesta á la que ayer le escribimos para notificarle nuestra llegada. El debía salir á recibirnos á la estación, como estaba convenido. En su lugar, en la estación nos encontramos con un criado, quien nos acompañó hasta esta casa y nos anunció para esta mañana la visita de Pedro. Y he aquí que, en vez de venir, Pedro Petrovitch nos dirige estas líneas. Mejor es que vos mismo las leáis. Contienen un extremo que me inquieta extraordinariamente. En seguida veréis cuál es. y me daréis francamente vuestra opinión. Conocéis mejor que nadie el carácter de Rodia, y mejor que nadie podéis aconsejarnos. Os prevengo que Dunetchka ha decidido la cosa inmediatamente; mas yo no sé todavía qué partido tomar, y. os esperaba.

Razumikin desdobló el pliego, fechado la víspera, y leyó:

“Tengo el honor de participaros, Pulqueria Alexandrovna, que causas imprevistas me impidieron esperaros en la estación, por lo cual me reemplazó un criado de confianza. Los asuntos del Senado me privarán del honor de veros mañana por la mañana: por otra parte, no quiero estorbar vuestra íntima entrevista con vuestro hijo, y de Advotia Romanovna con su hermano. A las ocho en punto de la noche de mañana, tendré el honor de pasar á veros. Encarecidamente os ruego que evitéis en esta entrevista la presencia de Rodion Romanovitch, pues me insultó del modo más grosero en la visita que ayer le hice. Independientemente de esto,

deseo tener con vos una explicación personal sobre un punto que quizá interpretemos de un modo distinto. De antemano tengo el honor de preveniros que si, no obstante mi deseo, formalmente expresado, encuentro en vuestra casa á Rodion Romanovitch, me veré precisado á retirarme inmediatamente, y á nadie sino á vos podréis quejaros.

“Os escribo esto en vista de que Romanovitch, que parecía tan enfermo cuando yo le visité, recobró la salud dos horas después, y puede, por consiguiente, ir á vuestra casa. Ayer, efectivamente, le vi con mis propios ojos en casa de un borracho á quien acababa de apiastar un carruaje, y so pretexto de pagar los funerales, dió veinticinco rublos á la hija del difunto, joven de mala conducta. Ello me sorprendió mucho, pues sé á costa de qué trabajos habíais encontrado esta suma.

“Ruego saludéis muy cortésmente á la honrada Advotia Romanovna, y consintáis que me repita, con respetuosa fidelidad, vuestro más afectísimo servidor,

P. LUGIN.”

—¿Qué hacer ahora, Demetrio Prokofitch?—preguntó Pulqueria Alexandrovna casi con lágrimas en los ojos.—¿Cómo decir á Rodia que no venga? ¿Y qué sucederá si mi hijo sabe que la persona á quien me ha prohibido recibir habla conmigo? ¿Qué sucederá si aquí se encuentran?

—Obrad como piense Advotia Romanovna—respondió tranquilamente y sin la menor vacilación Razumikin.

—¡Ah Dios mío! ella dice..... ¡qué sé yo lo que dice! ¡No me explica sus propósitos! Según dice, es preferible, indispensable, mejor dicho, que Rodia venga esta noche á las ocho y que se encuentre aquí con Pedro Petrovitch..... Yo preferiría no enseñarle la carta y valernos de algún medio para impedir que venga..... Pensaba conseguirlo con vuestra ayuda..... Tampoco veo de qué borracho muerto y de qué joven se trata en estas líneas; ni puedo comprender que haya dado á dicha persona el último dinero..... que.....

—Que representa para vos tantos sacrificios, mamá—concluyó la joven.

—Ayer no se hallaba en su estado normal—dijo Razumikin con aire pensativo.—Si supierais á qué pasatiempo se entregó ayer en un "traktir!" Por otra parte, obró divinamente. ¡Hun!..... En efecto, ayer me habló de un muerto y de una joven; mas no le comprendí palabra..... Verdad que ayer también estaba yo.....

—Lo mejor, mamá, es ir á su casa; en seguida veremos qué hay que hacer. Por otra parte, es hora..... ¡Dios mío! ¡Las diez dadas!—exclamó Advotia Romanovna mirando un soberbio reloj de oro esmaltado que llevaba pendiente del cuello por medio de una fina cadena de Venecia y que contrastaba singularmente con el conjunto de su tocado.

—Un regalo del prometido—pensó Razumikin.

—Sí, es hora de echar á andar..... Quizá sea tarde.....—dijo Pulqueria Alejandrovna precipitada.—Va á pensar que le guardamos rencor por su aco-

gida de ayer; porque así se explicaría nuestro retraso. ¡Ah, Dios mío!

Mientras hablaba poníase el sombrero y el abrigo. Dunetchka preparábase también para salir. Sus guantes estaban además de roídos, agujereados, como lo notó Razumikin: sin embargo, aquella pobreza daba á las señoras un aspecto particular de dignidad, como se advierte en todas las mujeres que saben llevar vestidos humildes.

—¡Dios mío!—repitió Pulqueria Alejandrovna.—¡Nunca hubiera creído que llegaría á temer de tal modo una entrevista con mi Rodia!..... ¡Tengo miedo, Demetrio Prokofitch!—añadió, mirando tímidamente al joven.

—No temáis, mamá—dijo Dunia abrazando á su madre.—Yo tengo confianza.

—¡Ah, sí!..... yo también, y, sin embargo, no he dormido en toda la noche—agregó la pobre mujer.

Los tres salieron de la casa.

—¡Sabes, Dunetchka, que esta mañana, de madrugada, empezaba á quedarme dormida cuando de pronto vi en sueños á la difunta Marfa Petrovna?..... Estaba vestida de blanco..... ¡Ay, santo Dios! ¿no sabéis Demetrio Prokofitch, que ha muerto Marfa Petrovna?

—No, no lo sabía. ¿Y qué Marfa Petrovna es ésa?

—Murió de repente. Y figuraos que.....

—Espera, mamá—interrumpió Dunia: si todavía no sabe de qué Marfa Petrovna estáis hablando....

—¡Ah! ¿no la conocíais? Pensaba que os lo había dicho. Dispensad, Demetrio Prokofitch, ¡tengo la ca-

beza tan trastornada desde hace tres días! Os considero como nuestra providencia; me hallaba persuadida de que conocíais todos nuestros asuntos. Os miro como á un pariente..... ¡No os enfadé lo que digo!..... ¡Pero, Dios mío! ¿qué tenéis en la mano? ¿Estáis herido?

—Sí, me he herido—murmuró Razumikin rebotando dicha.

—En ocasiones soy muy expansiva, por lo que Dunia me reprende..... Pero, ¡Dios mío, en qué tugurio vive! ¡Con tal de que esté despierto!..... ¡Y esa mujer, su patrona, llama á aquello una alcoba! Decís que no le gusta abrir su corazón. Es posible, pues, que le fastidie con mis..... debilidades..... ¿No podríais darme algún consejo, Demetrio Prokofitch? ¿Cómo deberé conducirme en su presencia? Estoy completamente desorientada.

—No le hagáis muchas preguntas, si queréis que no arrugue el entrecejo; sobre todo, procurad no hablarle mucho de su salud: no le gusta.

—¡Ah, Demetrio Prokofitch! ¡Qué penosa es, en ocasiones, la posición de una madre! Pero mirad qué escalera..... ¡Qué horrible!

—Mamá, estáis pálida; calmaos, querida mía—dijo Dunetchka acariciándola.—¿A qué atormentarte así, cuando para él debe ser una dicha el vernos?—añadió con resplandor en los ojos.

—Esperad, iré delante para saber si está despierto.

Razumikin hizo lo que dijo, y las señoras continuaron subiendo poco á poco la escalera.

Cuando llegaron al cuarto piso, echaron de ver que la

puerta de casa de la patrona estaba entreabierta, y que por la estrecha rendija las observaban dos ojos negros y penetrantes. Cuando las miradas se encontraron, la puerta se cerró súbitamente y con tal estrépito, que poco faltó para que Pulqueria Alejandrovna, sobresaltada, dejara escapar un grito.

III

—¡Sigue bien, sigue bien!—exclamó alegremente Zosimof al ver entrar á las señoras.

El doctor había llegado hacia diez minutos, y ocupaba en el diván el mismo sitio de la vispera.

Rascólnikof, sentado en el otro extremo, se hallaba completamente vestido; hasta se había tomado el trabajo de lavarse y de peinarse, cosas que no hacía con frecuencia.

Aun cuando con la llegada de Razumikin y de las dos señoras se llenó el aposento, Nastasia supo encontrar sitio para permanecer y escuchar lo que se hablara.

Efectivamente, Rascólnikof se hallaba bien, con relación á la vispera, sobre todo; pero estaba muy pálido y veíasele sumido en tristes reflexiones.

Cuando Pulqueria Alejandrovna entró con su hija, Zosimof notó, con sorpresa, la impresión que se manifestaba en la fisonomía del enfermo. No era alegría, sino una especie de estoicismo resignado; el joven parecía recurrir á toda su energía para soportar una tor-

tura de que no podía librarse. Cuando empezara la conversación, el médico observó que cada palabra parecía abrir una herida en el alma de su amigo; pero, á la vez, le admiró ver á éste completamente dueño de sí mismo; el monomaniaco furioso de la víspera sabía dominarse hasta cierto punto y disimular sus impresiones.

—Si, yo mismo veo que ahora estoy casi curado—dijo Rascolnikof, abrazando á su madre y á su hermana, con una cordialidad que inundó de alegría el rostro de Pulqueria Alexandrovna.

—Hasta admiración he sentido al encontrarle tan bien—dijo Zosimof.—Si este alivio continúa, de aquí á tres ó cuatro días estará perfectamente, como se hallaba hace un mes ó dos. ó quizá tres. Porque esta enfermedad se preparaba hacía tiempo. Confesad ahora que vos tuvisteis la culpa de que empezara—terminó el doctor con una contenida sonrisa, que indicaba su temor de irritar al enfermo.

—Es posible—respondió friamente Rascolnikof.

—Ahora que se puede hablar con vos—siguió Zosimof,—quisiera convenceros de que es necesario suprimir las causas primitivas á que se debe el desarrollo de vuestra enfermedad; si hacéis esto, os curaréis; si no, el mal siempre irá en aumento. Ignoro cuáles son estas causas primitivas; pero vos debéis conocerlas. Sois hombre inteligente, y con seguridad que las habréis notado. Opino que vuestra salud empezó á alterarse cuando dejasteis de ir á la Universidad. No podéis estar sin ocupación; os sería, pues, muy útil, á mi entender, el ejercicio de un trabajo cualquiera; bas-

taría que os propusieseis un fin y que le persiguierais con tenacidad.

—Si sí, tenéis razón. Volveré lo antes posible á la Universidad, y entonces todo irá divinamente.

El doctor había dado aquellos sabios consejos, en parte para producir efecto ante las señoras. Cuando concluyó y miró á su cliente, notando que el rostro de éste sólo expresaba una franca burla, quedó algo desconcertado. Pronto se consoló de tal decepción. Pulqueria Alexandrovna se apresuró á darle las gracias, declarándose muy agradecida por la visita de la noche anterior.

—¡Cómo! ¿Fué á veros anoche?—preguntó Rascolnikof inquietamente.—¿Luego no descansasteis después de un viaje tan fastidioso?

—¡Oh, todavía no eran las dos! Dunia y yo no nos acostamos nunca antes.

—No sé como agradeceréoslo—continuó Rascolnikof, que, bruscamente, frunció el entrecejo é inclinó la cabeza.—Dejando aparte cuestiones de dinero, perdonadme que aluda á él—dijo á Zosimof;—no sé por qué he podido merecer de vuestra parte tanto interés. No lo comprendo. y. hasta diría que me pesa esta bondad, por lo mismo que resulta incomprensible para mí; ya veis que soy franco.

—No os preocupéis—dijo Zosimof haciendo que reía.—¡No olvidéis que sois mi primer cliente! Nosotros los doctores, cuando debutamos, cobramos afecto á los primeros enfermos que visitamos, como si fueran nuestros hijos; algunos hasta se enamoran en su noviciado.

—Y no hablemos de éste. . . . —agregó Rascolnikof señalando á Razumikin. —No hice otra cosa que insultarle y molestarle.

—¡Qué tonterías dice! ¡Por lo que veo—gritó Razumikin.— hoy estás sentimental!

De ser más perspicaz hubiera notado que, muy lejos de hallarse sentimental, su amigo se encontraba en muy diferente disposición de ánimo. Advotla Romanovna fué la única que no se engañó; llena de inquietud examinaba atentamente á su hermano.

—De vos, mamá, casi no me atrevo á hablar—siguió Rascolnikof, que parecía recitar una lección por la mañana aprendida.— Sólo hoy puedo imaginar cuánto debisteis sufrir ayer esperando mi vuelta.

Dichas estas palabras, sonrió y tendió bruscamente la mano hacia su hermana.

Tal ademán no fué acompañado de palabra alguna; pero la sonrisa del joven expresó una emoción verdadera, sin mezcla de fingimiento.

Alegre y agradecida, Dunia estrechó con fuerza la mano del enfermo. Era aquélla la primera muestra de atención que de él recibía desde la escena de la víspera. Testigo de la reconciliación muda de los hermanos, Pulqueria Alexandrovna tornóse radiante.

Razumikin se agitó vivamente en su silla.

—¡Le quería sólo por eso!—murmuró, en su tendencia á exagerarlo todo.— ¡Qué arranques tiene!

—¡Y qué bien ha hecho!—pensó aparte la madre.— ¡Qué nobles impulsos! Ese acto sencillito de tender la mano á su hermana, mirándola con cariño, ¿no era el

modo más franco y delicado de poner fin á la escena de la víspera?

—¡Ah, Rodia!—dijo, apresurándose á responder á la observación de Rascolnikof.— ¡No puedes figurarte hasta qué punto fuimos desgraciadas tú hermana y yo! Ahora que acabó todo, que todos somos felices, puedo decírtelo! ¡Figúrate lo que pasaría por nosotras cuando se nos dijo que estabas enfermo!

—Sí, sí. todo eso es penosísimo.—murmuró él.

Pero dijo aquellas palabras con aire tan distraído, por no decir tan indiferente, que Dunetchka le miró con sorpresa.

—¿Qué es lo que aún tenía que decirnos?—continuó, haciendo esfuerzos para acordarse.— ¡Ah, sí! Os ruego, mamá, y á ti también, Dunia, que no creáis que he rehusado ir á veros, que haya esperado vuestra visita.

—Pero, ¿por qué dices eso, Rodia?—exclamó Pulqueria Alexandrovna, esta vez no menos admirada que su hija.

—Se diría que nos responde por simple cortesía—pensaba Dunetchka.— hace las paces y pide perdón como si cumplierse con una formalidad, como si repitiese una lección.

—Apenas despierto, traté de ir á vuestra casa; pero no tenía ropa que ponerme; ayer debí decir á Nastasia que lavara esa sangre. Hasta hace poco he tenido que esperar para vestirme.

—¡Sangre! ¿Qué sangre?—Preguntó alarmada Pulqueria Alexandrovna.

—Nada. . . . no os asustéis. Ayer, cuando deliraba, tropecé en la calle con un hombre que acababa de ser aplastado, y. . . .

—¿Cuándo delirabas? ¡Pero si de todo te acuerdas! —interrumpiéndole Razumikin.

—Verdad—respondió cuidadoso Rascolnikof.—De todo me acuerdo hasta en los menores detalles; pero me pasa algo extraño: no logro explicarme por qué hice tal cosa, por qué dije cuál otra, por qué fui á tal otra.

—Ese es un fenómeno conocidísimo—observó Zosimof.—El acto es á veces ejecutado con una rapidez y con una habilidad extraordinarias; pero la causa de que nace se altera en el alienado y depende de diversos impulsos morbosos.

La palabra "alienado" produjo frío; Zosimof la había dejado escapar inconscientemente, entregado por completo al placer de perorar sobre su tema favorito.

Rascolnikof, absorto en una especie de contemplación, pareció no haber oído las palabras del doctor. Una extraña sonrisa flotaba sobre sus labios pálidos.

—Bueno, pero ¿y ese hombre aplastado? Te pregunté hace poco—se apresuró á decir Razumikin.

—¿Qué?—preguntó Rascolnikof, como si saliera de un sueño.—¡Ah, sí!.. Pues me manché de sangre ayudando á transportarle á su casa. . . . A propósito, mamá; ayer hice una cosa imperdonable; ni que hubiera perdido el juicio. A su viuda, para el entierro, le dí todo el dinero que me enviásteis. La pobre mujer es muy digna de compasión. . . . está tísica. . . . queda con tres hijos. . . . y no tiene medios para alimentarlos. . . . también

deja una hija. . . . Quizá hubieseis obrado como yo ante aquella miseria. Por otra parte, reconozco que ningún derecho tenia para obrar de aquella manera, sabiendo, sobre todo, el trabajo que os costara procurarme aquel dinero.

—Deja eso, Rodia. Convencida estoy de que cuanto haces está bien hecho—respondió la madre.

—No estéis tan convencida—replicó él sonriendo.

La conversación se suspendió por algunos momentos. Palabras, silencio, reconciliación, perdones, tenían algo de forzado, como lo notaban todos los presentes.

—¿Sabes, Rodia, que ha muerto Marfa Petrovna?—dijo de repente Pulqueria Alejandrovna.

—¿Qué Marfa Petrovna?

—¡Ah, Dios mío! ¡Pues Marfa Petrovna Svidrigaylof! ¡Te hablé tanto de ella en mi última carta!

—¡Ah-a-ah! Sí, me acuerdo. . . . ¿Ha muerto?—dijo estremeciéndose, como hombre que despierta.—¿Es posible que haya muerto? ¿De qué?

—¡Ha muerto de repente!—apresuróse á responder Pulqueria Alejandrovna, animada á proseguir por la curiosidad que su hijo mostraba.—Murió el día mismo en que te escribí. Aquel hombre temible la mató, según se cree. ¿Se dice que la golpeó despiadadamente!

—¿Ocurrían semejantes escenas entre ellos?—preguntó Rascolnikof á su hermana.

—No; por el contrario, él siempre se le mostraba paciente, hasta cortés. Daba pruebas de gran indulgencia en muchas ocasiones. Esto duró siete años. Pero de pronto perdió la paciencia.

—Entonces, si tuvo paciencia por espacio de siete

años, no es un hombre tan malo. Diríase que le excusas, Dumetchka.

La joven frunció el ceño.

—¡Sí sí; es un hombre terrible! ¡No puedo concebir otro que lo fuera más!—respondió, casi estremeciéndose.

Y tornóse pensativa.

—Tuvieron aquella escena por la mañana—continuó Pulqueria Alejandrovna.—Inego ella dió orden de que engancharan, porque deseaba ir á la ciudad después de comer, como solía en tales ocasiones. Comió, según se dice, con mucho apetito...

—¡Molida á golpes y todo?

—Eso era ya costumbre. Al levantarse de la mesa fué á bañarse, á fin de estar antes pronta para la marcha... Se curaba por medio de la hidroterapia; hay un manantial en su casa, y todos los días se bañaba. En cuanto entró en el agua se apoderó de ella la apoplejía.

—¡Eso no es admirable!—observó Zosimof.

—Había sido maltratada cruelmente por su esposo.

—Pero ¿qué importa eso?—murmuró Advotia Romanovna.

—¡Hum!... Por otra parte, mamá, no veo á propósito de qué contáis tales tonterías—dijo Rascolnikof con súbita contrariedad.

—Pero, hijo mío, si no sé de qué hablar...—confesó sencillamente Pulqueria Alejandrovna.

—Parece que las dos me tenéis miedo—prosiguió él, sonriendo amargamente.

—No te equivocas—replicó Dunia, que fijó en él

una mirada severa.—Cuando subíamos, mamá se per-signó. Tan asustada estaba.

Las facciones del joven se alteraron, como si de pronto fuera presa de una convulsión.

—¿Qué estás diciendo, Dunia? No te enfades, Rodia, te lo suplico... Y tú, Dumetchka, ¿cómo puedes hablar así?—dijo excusándose, toda confusa, Pulqueria Alejandrovna.—Lo cierto es que en el tren no dejé de pensar en la dicha de volverte á ver, de conversar contigo... ¡Me prometía tal dicha, que ni aun me di cuenta de lo pesado del viaje! ¡Y ahora soy tan feliz, tan feliz á tu lado, Rodia!...

—¡Basta, mamá!—murmuró él con agitación.

Y sin mirar á su madre, la estrechó la mano.

—Tiempo tenemos de hablar—dijo á la vez.

Pronunciadas estas palabras, turbóse y palideció; de nuevo sentía un frío mortal en el fondo de su alma; reconocía que acababa de incurrir en una horrible falsedad, ya que en lo sucesivo no le sería posible hablar francamente ni con su madre ni con nadie. Por el momento, la impresión de aquella idea fué tan viva, que olvidando la presencia de sus huéspedes, el joven se levantó y encaminóse hacia la puerta.

—¿Qué haces?—gritó Razumikin asiéndole de un brazo.

Rascolnikof volvió á sentarse, y paseó su mirada en derredor. Todos le miraban estupefactos.

—¡Pero qué fastidiosos sois todos!—exclamó súbitamente.—¡Vamos, decid algo! ¿Por qué permanecer mudos? ¡Hablad! Las personas no se reúnen para callar. ¡Vaya, hablemos!

—¡Dios sea loado! Pensaba que tendría otro acceso como el de ayer—dijo Pulqueria Alexandrovna, que se había santiguado.

—¿Qué tienes, Rodia?—preguntó inquietamente Advotia Romanovna.

—Nada, se me había ocurrido una necedad—respondió.

Y se echó a reír.

—¡Vaya, menos mal si era una necedad! Yo temía...—murmuró Zosimof, levantándose.—Es preciso que os deje; trataré de veros otra vez...

Saludó y salió.

—¡Qué buen hombre!—observó Pulqueria Alexandrovna.

—Sí, es un buen hombre, un hombre de mérito, instruido, inteligente...—dijo Rascolnikof, que pronunció aquellas palabras con animación desusada.—No recuerdo en qué sitio le vi antes de estar enfermo... Creo haberle visto en alguna parte... ¡Otra persona excelente!—agregó, mostrando con un movimiento de cabeza á Razumikin.—Pero ¿á dónde vas?

El aludido acababa, en efecto, de ponerse en pie.

—Debo marcharme también... tengo que hacer...—dijo.

—¡Nada tienes que hacer! Te marchas porque Zosimof se ha despedido. No te vayas... ¿Qué hora es? ¿Las doce? ¡Qué gran reloj tienes, Dunetchka! ¿Por qué seguís calladas? ¡Sólo hablo yo!...

—Es un regalo de María Petrovna—balbuceó Dunia.

—Y ha costado muy caro—agregó Pulqueria Alexandrovna.

—Creía que te provendría de Lugin.

—No, aún no le dió nada á Dunetchka.

—¡Ah! ¿Recordáis, mamá, que estuve enamorado y quise casarme?—dijo Rascolnikof á su madre, ya asustada por el aspecto imprevisto que tomaba la conversación y por el tono con que su hijo la hablaba.

—Sí, amigo mío—respondió Pulqueria Alexandrovna, cambiando una mirada con Dunia y con Razumikin.

—¡Hum! ¡sí! Mas ¿qué os diré? Tampoco yo me acuerdo mucho de todo aquello. Mi prometida era una joven enfermiza. Le gustaba hacer limosnas, y siempre estaba pensando entrar en un convento; cierto día la vi derramar lágrimas hablando de esto; sí... me acuerdo... me acuerdo de ello muy bien. Era más bien fea que hermosa. Hablando con verdad, no sé por qué me enamoré de ella; es posible que la quisiera porque siempre estaba enferma... Si además hubiera sido coja ó jorobada, con seguridad que la hubiese amado más. (Sonrió pensativamente.) Aquello no tuvo importancia... fué una locura efímera.

—No, no era solamente una locura pasajera—observó Dunetchka con convicción.

Rascolnikof miró fijamente á su hermana; pero ó no oyó, ó no comprendió las palabras de la joven. Luego, con aire melancólico, se levantó, abrazó á su madre y volvió á sentarse.

—¿Todavía la amas?—murmuró con voz conmovida Pulqueria Alexandrovna.

—¿Que si la amo todavía? ¡Ah, sí!... ¡Habláis de ella! No. Todo aquello lo veo hoy muy lejos de mí...

Pero hace mucho tiempo... Me produce, por otra parte, idéntica impresión cuanto me rodea.

Y contempló atentamente á las dos señoras.

—Por ejemplo: estáis aquí... pues bien, á mí se me figura que os halláis de mí á una distancia de mil "verstas"... ¡Pero el diablo sabe por qué hablamos de esto; ¿A qué preguntarme?—agregó encolerizado.

Luego, silenciosamente, se puso á roerse las uñas y volvió á abismarse.

—¡Qué mal aposento el tuyo, Rodia! Parece una tumba—dijo bruscamente Pulqueria Alejandrovna, queriendo interrumpir un penoso silencio.—Estoy segura de que esta habitación es en parte causa de tu tristeza.

—¿Esta habitación?—repitió él con aire distraído.—Sí, mucho ha contribuido... También pensé yo eso... ¡Si supierais, mamá, qué extraña idea habéis tenido!—agregó con sonrisa enigmática.

Rascolnikof apenas podía soportar la presencia de aquella madre y de aquella hermana, de las que había vivido separado por espacio de tres años, pero con las cuales estimaba imposible toda conversación. Sin embargo, había un asunto entre todos que no sufría demora. Al levantarse, no hacía mucho, se decía que debía decidirse de repente á una ú otra cosa. Feliz se consideró en aquel momento, al encontrar en tal asunto el medio de salir de su embarazo.

—He aquí lo que tengo que decirte, Dunia—comenzó en tono lleno de acritud.—Naturalmente, me excuso por lo ayer acaecido; pero creo deber más recordarte que mantengo los términos de mi dilema: ó Lugin, ó

yo. Seré un infame, pero tú no debes serlo. Basta con que uno lo sea. Si te casas con Lugin, al punto dejaré de considerarte como hermana mía.

—¡Rodia, Rodia! ¡Vuelves á hablar como ayer!—exclamó Pulqueria Alejandrovna, toda desolada.—¿Por qué te juzgas infame? ¡No puedo soportar eso! Ayer tenías ese lenguaje, y...

—Hermano mío—manifestó Dunia en tono que no cedía en sequedad y acritud al de Rascolnikof.—el desacuerdo que nos separa proviene de un error en que estáis. Reflexioné esta noche, y he descubierto en qué consiste. Supones que me sacrifico, y te engañas. Me caso por mi propia voluntad, porque mi situación personal es difícil. Sin duda que después me agradará ser útil á los míos; pero no es ese el motivo principal de mi resolución...

—¡Miente!—pensaba Rascolnikof, que de rabia se mordía las uñas.—¡Orgullosa! ¡No quiere confesar que intenta ser mi bienhechora! ¡Qué arrogancia! ¡Oh, qué caracteres más bajos! Su amor se parece al odio... ¡Cuánto la detesto!

—En una palabra—continuó Dunetchka,—me caso con Pedro Petrovitch, porque entre dos males quiero el menor. Tengo intención de cumplir lealmente cuanto él espera de mí. No le engaño, por tanto. ¿Qué quiere decir tu sonrisa de hace poco?

Se sonrió, y en sus ojos brilló un relámpago de cólera.

—¿Lo cumplirá todo?—preguntó él sonriendo amargamente.

—Hasta ciertos límites. Veo lo que quiere en el

modo con que Pedro Petrovitch pidió mi mano. Probable es que la opinión que de sí tiene sea demasiado presuntuosa; pero confío en que también sabrá apreciarme... ¿Por qué vuelves á reír?

—¿Y por qué tú te ruborizas otra vez? ¡Mientes, hermana! ¡No puedes apreciar á Lugin! Le he visto, he hablado con él. Te casas por interés, cometes una bajeza, y mucho me agrada ver que, por lo menos, te avergüenzas!

—No es verdad, no miento!—exclamó la joven perdiendo su sangre fría.—No me casaré sin estar segura de que él me aprecia, de que me estima; no me casaré sin hallarme plenamente convencida de que á mi vez podré apreciarle. Por fortuna tengo medios para asegurarme de modo perentorio, hoy mismo. ¡Este matrimonio no es una bajeza, como tú dices! Pero aun cuando tuvieras razón, aun cuando realmente estuviera decidida á cometer una bajeza, ¿no sería cruel hablarle de tal manera? ¿Por qué exigir de mí un heroísmo que quizá tú no tengas? ¡Eso es tiranía, violencia! Si perjudico á alguien, será á mí misma... ¡Todavía no maté á nadie!... ¿Por qué me miras así? ¿Por qué palidaces? ¿Qué tienes? ¡Rodia, querido Rodia!...

—¡Dios mío! ¡Se desmayó! ¡Tú tienes la culpa!—exclamó Pulqueria Alexandrovna.

—No, esto no es nada: una tontería... No me he desmayado... Siempre estáis pensando en desmayos... ¡Hum!... ¿Qué iba á decir? ¡Ah! ¿Cómo te convencerás hoy mismo de que podrás apreciar á Lugin y de

que él... te aprecia? Porque eso ¿verdad? es lo que decías hace poco, si no comprendí mal.

—Mamá, enseñad á mi hermano la carta de Pedro Petrovitch—dijo Dunetchka.

Pulqueria Alexandrovna le alargó el papel con mano temblorosa. Rascolnikof leyó atentamente, y por dos veces, la carta que conocemos. Todos esperaban un estallido. La madre, sobre todo, estaba inquietísima.

Después de pensar un instante, el joven devolvió la carta.

—No comprendo nada—exclamó, sin dirigirse á ninguno en particular.—Perora, es abogado, tiene buena charla; pero escribe como un hombre iletrado.

Tales palabras causaron general estupefacción; no era esto lo que esperaban.

—Pedro Petrovitch no oculta que recibió poca instrucción, y le enorgullece ser hijo de sus obras—dijo la hermana, un poco ofendida por el tono que adoptara Rascolnikof.

—Buena, tiene razón para enorgullecerse; no digo lo contrario. Pareces enfadada, hermana mía, porque he creído oportuno hacer una frívola observación respecto á esa carta. Tú crees que insisto en semejantes pequeñeces para atormentarte. Lejos de eso; en lo concerniente á su estilo, hice una observación que en el presente caso no tiene la más mínima importancia. La frase: "No podréis quejaros sino á vos misma," no deja nada que desear desde el punto de vista de la claridad. Además, anuncia su propósito de retirarse inmediatamente, si me encuentra en vuestra casa. Esta amenaza quiere decir que si no le obedecéis, os plan-

tará á las dos, después de haceros venir á San Petersburgo. Bueno, ¿y qué piensas? Viniendo de Lugin, ¿estas palabras pueden ofender tanto como si estuvieran escritas por éste—y mostró á Razumikin,—por Zosimof ó por cualquiera otro?

—No—respondió Dunetchka.—He comprendido bien que ha revelado con demasiada sencillez su pensamiento, y que quizá no es suficientemente hábil en el manejo de la pluma. . . Tu observación es muy severa, hermano mío. No la esperaba.

—Teniendo en cuenta que escribe como un hombre de negocios, no podía expresarse de otro modo, y quizá no sea culpable, á pesar de haberse mostrado tan grosero. Por otra parte, debó desencantarte un poco; contiene una calumnia contra mí, una calumnia bastante vil. Ayer di algún dinero á una viuda tísica y desgraciada, no, como él escribe, “so pretexto de pagar los funerales,” sino para los funerales; y entregué esta suma á la viuda, no á la hija del difunto, “joven, según él, de mala conducta,” á quien, por otra parte, vi ayer por vez primera. En todo esto no veo deseos sino de rebajarme á vuestros ojos y de indisponerme con vosotras. Aquí también emplea el estilo jurídico, es decir, que revela claramente su objeto y le persigue sin adornarse con forma alguna. Es inteligente; mas para conducirse con corrección, la inteligencia no basta. Todo esto pinta al hombre, y. . . . no creo que te aprecie mucho. Dicho sea esto para tu edificación, porque sinceramente ansío tu felicidad.

Dunetchka no respondió; su resolución estaba ya tomada; no esperaba otra cosa que la noche.

—¿Qué decides, Rodia?—preguntó Pulqueria Alejandrovna.—Desea que no vayas á casa esta noche, y declara que se marchará. . . si allí te ve. Por esto te pregunto qué piensas hacer.

—Nada tengo que decidir. A vos y á Dunia os toca ver si esta exigencia de Pedro Petrovitch tiene algo de ofensiva para vosotras. Yo haré lo que gustéis—dijo fríaente.

—Dunetchka ha resuelto ya la cuestión, y yo opino como ella.

—A mi entender, es indispensable que asistas á la entrevista, Rodia, y te suplico encarecidamente que vayas—dijo Dunia.—¿Irás?

—Sí.

—Os ruego que vayáis también—continuó la joven dirigiéndose á Razumikin.—Mamá invitó igualmente á Demetrio Prokofitch.

—Tienes razón, Dunetchka. Que todo se haga con arreglo á tu deseo—añadió Pulqueria Alejandrovna.—Por mi parte, esto me place; no me gusta fingir ni mentir; es preferible una franca explicación. . . ¡Pedro Petrovitch es ahora libre de enfadarse, si le conviene!

IV

La puerta se abrió sin ruido en aquel instante, y una joven entró en el aposento, paseando miradas tímidas en derredor.

tará á las dos, después de haceros venir á San Petersburgo. Bueno, ¿y qué piensas? Viniendo de Lugin, ¿estas palabras pueden ofender tanto como si estuvieran escritas por éste—y mostró á Razumikin,—por Zosimof ó por cualquiera otro?

—No—respondió Dunetchka.—He comprendido bien que ha revelado con demasiada sencillez su pensamiento, y que quizá no es suficientemente hábil en el manejo de la pluma... Tu observación es muy severa, hermano mío. No la esperaba.

—Teniendo en cuenta que escribe como un hombre de negocios, no podía expresarse de otro modo, y quizá no sea culpable, á pesar de haberse mostrado tan grosero. Por otra parte, debó desencantarte un poco; contiene una calumnia contra mí, una calumnia bastante vil. Ayer di algún dinero á una viuda tísica y desgraciada, no, como él escribe, "so pretexto de pagar los funerales," sino para los funerales; y entregué esta suma á la viuda, no á la hija del difunto, "joven, según él, de mala conducta," á quien, por otra parte, vi ayer por vez primera. En todo esto no veo deseos sino de rebajarme á vuestros ojos y de indisponerme con vosotras. Aquí también emplea el estilo jurídico, es decir, que revela claramente su objeto y le persigue sin adornarse con forma alguna. Es inteligente; mas para conducirse con corrección, la inteligencia no basta. Todo esto pinta al hombre, y... no creo que te aprecie mucho. Dicho sea esto para tu edificación, porque sinceramente ansío tu felicidad.

Dunetchka no respondió; su resolución estaba ya tomada; no esperaba otra cosa que la noche.

—¿Qué decides, Rodia?—preguntó Pulqueria Alejandrovna.—Desea que no vayas á casa esta noche, y declara que se marchará... si allí te ve. Por esto te pregunto qué piensas hacer.

—Nada tengo que decidir. A vos y á Dunia os toca ver si esta exigencia de Pedro Petrovitch tiene algo de ofensiva para vosotras. Yo haré lo que gustéis—dijo fríamente.

—Dunetchka ha resuelto ya la cuestión, y yo opino como ella.

—A mi entender, es indispensable que asistas á la entrevista, Rodia, y te suplico encarecidamente que vayas—dijo Dunia.—¿Irás?

—Sí.

—Os ruego que vayáis también—continuó la joven dirigiéndose á Razumikin.—Mamá invitó igualmente á Demetrio Prokofitch.

—Tienes razón, Dunetchka. Que todo se haga con arreglo á tu deseo—añadió Pulqueria Alejandrovna.—Por mi parte, esto me place; no me gusta fingir ni mentir; es preferible una franca explicación... ¡Pedro Petrovitch es ahora libre de enfadarse, si le conviene!

La puerta se abrió sin ruido en aquel instante, y una joven entró en el aposento, paseando miradas tímidas en derredor.

Su aparición causó general sorpresa, y todos los ojos se fijaron en ella con curiosidad.

Rascólnikof no la reconoció al pronto. Era Sofía Semenovna Marmeladof. Habíala visto la víspera por vez primera, mas en medio de circunstancias y en un traje que dejaron imagen distinta en su memoria. Entonces era una joven modestamente vestida, de modales convenientes y reservados, de fisonomía temerosa. Al ver á aquellas personas, que no esperaba encontrar allí, su confusión fué extremada, y hasta dió un paso para retirarse.

—¡Ah! ¿sois vos?—dijo Rascólnikof en el colmo de la sorpresa, turbándose á su vez.

Pensó que la carta de Lugin, leída por su madre y por su hermana, encerraba una alusión á cierta "joven de mala conducta." Concluía de protestar contra la calumnia de Lugin y de declarar que la víspera había visto por vez primera á la joven. ¡X he aquí que ella misma iba á su casa! Recordó también que había dejado pasar sin protestas las palabras "de mala conducta." Todos aquellos pensamientos atravesaron confundidamente su cerebro. Pero observando con más detenimiento á la pobre criatura, la vió tan aplastada por la vergüenza, que de repente se apiadó de ella. En el momento en que, espantada, ella iba á abandonar el aposento, una especie de revolución se operó en él.

—No os esperaba—se apresuró á decir, invitándola con la mirada á que se quedase.—Hacedme el favor de tomar asiento. Venís, sin duda alguna, de parte de Catalina Ivanovna... Permitid, ahí no; tomad, sentaos aquí...

Al llegar Sonia, Razumikin, sentado muy cerca de la puerta, en una de las tres sillas que se veían en el aposento, habíase alzado para dejar paso á la joven. El primer movimiento de Rascólnikof fué invitar á ésta última á que se sentara en el diván; pero recordando el carácter íntimo de aquel mueble, varió de opinión y mostró á Sonia la silla de Razumikin.

—Tú siéntate aquí—dijo á su amigo, mostrándole el sofá.

Sonia le obedeció casi temblando de espanto y mirando tímidamente á las dos señoras. Visible era que ella misma no comprendía cómo tenía la audacia de sentarse á su lado. Aquel pensamiento le causaba tal emoción, que se levantó bruscamente, y toda turbada, se dirigió á Rascólnikof:

—He... venido por un minuto. Perdonadme que os haya molestado—dijo en voz temblorosa.—No teniendo nadie más á quien mandar, Catalina Ivanovna me envía... Os ruega que asistáis mañana á las exequias fúnebres... y que en seguida vayáis á casa... á comer algo... Espera que le honréis con vuestro asentimiento...

Después de tales palabras, penosamente articuladas, Sonia guardó silencio.

—Cierto que trataré... haré lo posible...—balbuceó á su vez Rascólnikof, que también se había levantado.—Tened la bondad de sentaros—agregó bruscamente.—Os lo ruego... ¿Tenéis prisa?... Quisiera hablar con vos; hacedme el favor de concederme dos minutos...

Con el gesto la invitaba á sentarse; Sonia obede-

ció; ella volvió á mirar tímidamente á las señoras, y bajó de pronto la vista.

Las facciones de Rascolnikof se contrajeron, su pálido rostro volvióse carmesí, sus ojos despidieron llamas.

—Mamá—dijo en voz vibrante,—es Sonia Semenovna Marmeladof, la hija del desgraciado á quien ayer aplastó un coche y de quien ya os hablé...

Pulqueria Alexandrovna miró á Sonia y guiño ligeramente los ojos. No obstante el temor que experimentaba ante su hijo, no pudo impedirse esta satisfacción. Dunetchka se volvió hacia la pobre joven y la examinó con aire serio. Oyéndose nombrar por Rascolnikof, Sonia levantó la cabeza; pero su embarazo aumentó.

—Quería preguntaros—se apresuró á decir el joven—qué ha ocurrido hoy en vuestra casa.... ¿No os ha molestado la policía?

—No, nada ha habido.... La causa de la muerte era evidentísima; se nos ha dejado tranquilas; sólo que los inquilinos se han enfadado.

—¿Por qué?

—Dicen que el cuerpo lleva mucho tiempo en la casa.... Como hace calor, huele.... De manera que hoy, á la hora de las vísperas, será trasladado á la capilla del cementerio, donde quedará hasta mañana.... Catalina Ivanovna no quería esto, mas por fin ha tenido que comprender que no podía obrarse de otro modo....

—¿Luego la conducción del cadáver se verifica hoy?

6/11/65

—Catalina Ivanovna espera que le honréis asistiendo mañana á las exequias, y que en seguida iréis á su casa á tomar parte en la comida fúnebre.

—¿Da una comida?

—Sí, una colación; me ha encargado que os dé en su nombre las gracias por el socorro con que ayer la favorecisteis.... Sin vos no hubiera podido pagar los gastos de entierro.

Un temblor súbito agitó los labios y la barba de la joven; pero ésta hizose dueña de su emoción, y volvió á fijar la vista en el suelo.

—¿Es posible que Catalina Ivanovna salga de apuros con medios tan exigüos? ¿Y aun piensa dar una colación?....—preguntó Rascolnikof.

—El féretro será sencillísimo.... todo se hará con modestia.... de modo que no será caro.... No hace mucho que Catalina Ivanovna y yo arreglamos cuentas.... Includos todos los gastos, aún quedará para una ligera comida.... cosa de que Catalina Ivanovna no quiere prescindir. Nada puede decirse en contra.... Para ella es un consuelo.... Sabéis cómo es....

—Comprendo, comprendo.... sin duda.... ¿Miráis mi aposento? Dice mamá que se parece á una tumba.

—¡Os despojasteis ayer de todo para dárnoslo á nosotros!—respondió Sonia con sorda y rápida voz, bajando otra vez la vista.

Sus labios y su barba comenzaron de nuevo á agitarse. Desde que llegara había quedado sorprendida ante la pobreza que reinaba en la habitación, y aque-

llas palabras se le escaparon espontáneamente. Hubo un silencio. Los ojos de Dunetchka se aclararon, y la misma Pulqueria Alexandrovna miró á Sonia con aire un poco afable.

—Rodia — dijo levantándose, — queda convenido que comemos juntos. Vámonos, Dunia. Pero debías salir, Rodia; te sentaría bien un paseo; luego descansarías, y en seguida irías á casa. . . . Temo que te hayas fatigado. . . .

—Sí, sí; iré— se apresuró él á responder, alzándose igualmente.—Por otra parte, he de hacer algo. . . .

—¡Cómo! ¡No vayáis á comer separados!—empezó á gritar Razumikin.—¡Tú no puedes hacer eso!

—No, no; iré ciertamente, ciertamente. . . . Pero tú, quédate un minuto más aquí. . . . ¿No le necesitáis, mamá? ¿No os privo de él?

—¡Oh! ¡no, no! Vos también, Demetrio Prokofitch, ¿queréis ser bastante bueno para ir á comer con nosotros?

—Os ruego que vayáis—agregó Dunia.

Razumikin se inclinó, radiante. Extraño embarazo se apoderó por un momento de todos.

—Adiós, Rodia; es decir, hasta la vista; no me gusta decir "adiós." Adiós, Nastasia. . . . ¡Vaya! ¡he aquí que vuelvo á decirlo! . . .

Pulqueria Alexandrovna tenía intención de saludar á Sonia; mas no obstante su buena voluntad, no pudo resolverse á ello, y salió precipitadamente de la habitación.

Advotia Romanovna, por su parte, saludó á la joven con toda ceremonia. La infeliz se inclinó con temeroso

apresuramiento, y en su rostro se vió una dolorosa impresión, cual si la cortesía de Dunia hubiérala afectado penosamente.

—¡Adiós, Dunetchka!—gritó Rascolnikof cuando se hallaron en el vestíbulo.—Dame la mano.

—Ya te la di antes. ¿Acaso lo has olvidado?—respondió Dunia, volviéndose hacia él con aire afable, no obstante sentirse embarazada.

—Bien, vuélvemela á dar.

Y estrechó con fuerza los dedos de su hermana. Dunetchka le sonrió, ruborizándose; luego se apresuró á apartar la mano, y siguió á su madre. Esta era igualmente feliz, sin que sepamos decir por qué.

—¡Vaya, he aquí que todo está bien!—dijo el joven volviendo al lado de Sonia, que había quedado sola en el aposento, y mirándola con aire sereno.—¡Que el Señor procure paz á los muertos, que deje vivir á los vivos! ¿Verdad?

Sonia notó con sorpresa que el rostro de Rascolnikof se había aclarado de pronto. Durante algunos instantes miróla él en silencio; recordaba cuanto Marmeladof habíale contado respecto á la joven. . . .

—He aquí el asunto de que tengo que hablarle—dijo Rascolnikof á Razumikin, llevándole junto á la ventana.

—¿Diré á Catalina Ivanovna que iréis? . . .

Al pronunciar estas palabras, Sonia se disponía á despedirse.

—Al momento soy con vos, Sonia Semenovna. No tenemos secretos, no nos molestáis. . . . Quisiera decir dos palabras más. . . .

Y dirigiéndose de pronto á Razumikin:

—¿Conoces á ese...?—dijo.—¿Cómo le llaman?...
¿Conoces á Porfirio Petrovitch?

—¿Si le conozco? ¡Es pariente mío! ¿Qué le quieres?—respondió Razumikin, muy intrigado por aquella entrada en materia.

—¿No dijisteis ayer que era... juez instructor en... ese asunto... en el asunto relativo á la vieja?

—Sí... Y ¿qué más?—siguió preguntando Razumikin, que abrió cuanto pudo los ojos.

—Interroga, según deciais, á las personas que tienen objetos en casa de la anciana. Y yo habia empenado algo allí, lo cual vale la pena de ser tenido en cuenta. Se trata de una sortija que me diera mi hermana al partir para San Petersburgo, y un reloj de plata que perteneció á mi padre. Vale todo cinco ó seis rublos, mas para mí tiene á la vez otro valor: el del recuerdo. Y no quiero perder esas joyas. ¿Cómo he de arreglármelas para que mi deseo sea atendido? ¿Yendo á prestar declaración? ¿Yendo á casa del juez?

—¡Yendo á casa de Porfirio!—gritó Razumikin, presa de agitación extraordinaria.—¡Oh, qué contento estoy! ¡Porque podemos ir en seguida, pues él vive á dos pasos de aquí!

—Sea... partamos...

—¡Cuánto celebrará conocerte! Varias veces le he hablado de ti... Ayer mismo... Pero ¡partamos! ¿Conque conocías á la vieja? ¡Todo se explica admirablemente!... ¡Ah, sí! Sofía Ivanovna...

—Sofía Semenovna—rectificó Rascolnikof.—Sofía

Semenovna, el señor es mi amigo, Razumikin, un buen hombre.

—Si vais á salir...—comenzó Sonia, á quien la presentación habia tornado más confusa, y que no se atrevía á mirar á Razumikin.

—¡Bueno, partamos!—decidió Rascolnikof.—Pasaré por vuestra casa hoy mismo, Sofía Semenovna. Bastará para ello que me digáis dónde vivís.

Pronunció estas palabras, no precisamente con aire embarazado, pero sí con cierta precipitación y esquivando las miradas de la joven. Esta dió las señas de su casa, no sin ruborizarse. Los tres salieron juntos.

—¿No cierras la puerta?—preguntó Razumikin cuando bajaban la escalera.

—Nunca... Por otra parte, dos años hace que ni aun tiene cerradura—dijo lentamente Rascolnikof.—¡Felices ¿verdad? las personas que no tienen nada que guardar bajo llave!—añadió luego alegremente, dirigiéndose á Sonia.

Se detuvieron en el umbral de la puerta de entrada á la casa.

—¿Vais hacia la derecha, Sofía Semenovna? A propósito: ¿cómo habéis descubierto mi aposento?

Se veía que lo que decía no era lo que habia querido decir; no cesaba de mirar con claros y dulces ojos á la joven.

—Vos disteis vuestras señas á Poletchka.

—¿A qué Poletchka? ¡Ah, sí!... Aquella niña... ¿Es hermana vuestra? ¿Y le di las señas de mi habitación?

—¿Acaso lo habiais ya olvidado?

—No...; recuerdo que, en efecto...

—Había oído hablar de vos al difunto.... Sólo que no conocía entonces vuestro nombre.... que tampoco él conocía.... Hoy, al saber cómo os llamabais, vine aquí, preguntando: ¿Vive en esta casa el señor Rascolnikof? Ignoraba que habitarais en una casa de huéspedes.... Adiós; diré á Catalina Ivanovna....

Feliz al poderse marchar, Sonia se alejó con paso rápido y baja la vista. Deseaba volver cuanto antes la primera esquina, para esquivarse á la mirada de ambos jóvenes y reflexionar sin testigos acerca de los incidentes de la víspera.

Nunca había experimentado semejante sensación. Todo un mundo desconocido surgía confusamente en su alma. Recordó súbitamente que Rascolnikof había, espontáneamente, manifestando la intención de ir á verla á su casa. ¿Quizás fuera por la mañana, inmediatamente acaso!

—¿Que no venga hoy!—murmuró toda angustiada.

—¿Señor! En mi casa.... en aquel aposento.... Verá.... ¡Oh Señor!

Estaba demasiado preocupada para notar que desde que se separara de los jóvenes, era seguida por un desconocido, el cual, pasando junto á ellos, al oír á Sonia decir: "Vive en esta casa el señor Rascolnikof?" habíase estremecido, habíala mirado y había pensado al momento:

—He visto este rostro en alguna parte.

Después de lo cual, diciéndose que para él era nece-

sario saber dónde la joven habitaba, habíase puesto á seguirla.

Hasta que no entró en el portal de la casa en que vivía, Sonia no se dió cuenta de que un hombre seguía todos sus pasos. Cuando llegó al tercer piso, se internó en un corredor y llamó en el número 9, sobre cuya puerta se leían estas palabras, escritas con tiza:

KAPERNAUMOF, SASTRE

—¡Bah!—murmuró el desconocido, al parecer sorprendido por la coincidencia.

Y llamó en el número 8.

—¿Vivís en casa de Kapernaumof?—preguntó riendo á Sonia.—Me ha arreglado un chaleco. Yo vivo aquí, en la habitación que perteneciera á la señora Resslerich. ¡Qué casualidad!

Sonia le miró detenidamente.

—Somos vecinos—continuó él en tono jovial.—No estoy en San Petersburgo sino desde anteayer. Vaya, ¡hasta que tenga el placer de volver á veros!

Sonia no respondió. Se abrió la puerta, y la joven entró vivamente en su casa. Estaba intimidada, avergonzada....

—No sabía—decía mientras tanto Razumikin á su amigo Rodia,—no sabía que tú también hubieras empuñado algo en casa de la vieja. Y.... y.... ¿hace de eso mucho tiempo?

—¿Cuándo fué—dijo Rascolnikof, tratando de reunir sus recuerdos.—Fué, según creo, la antevíspera de su muerte. Por otra parte, no se trata para mí de sacar

esos objetos—se apresuró á agregar, como si la cuestión le hubiera preocupado vivamente.—No tengo más que un rublo, gracias á las locuras que cometiera ayer bajo la influencia de aquel maldito delirio.

Acentuó de un modo especial la palabra “delirio.”

—Entonces.... ¡sí, sí!—se apresuró á decir Razumikin, respondiendo á su pensamiento.—Con tal objeto, tú.... La cosa me había llenado de sorpresa.... porque cuando delirabas no hablabas más que de sortijas y cadenas de reloj.... ¡Sí, sí! Ahora todo se explica.

—Ha tenido la idea, bien claro se ve—pensó Rascolnikof.—Este hombre se haría crucificar por mí, y es feliz pudiendo “explicarse” por qué hablaba de sortijas en mi delirio. Mi modo de expresarme ha debido acabar con todas sus sospechas.... Pero ¿le encontraremos?—preguntó en voz alta.

—Cierto que le encontraremos—respondió sin vacilar Razumikin.—Famoso mozo como verás. Algo torpe, es cierto, lo cual no quiere decir que carezca de tae-
to. No; es torpe desde otro punto de vista. Está lejos de ser bruto, pues hasta resulta inteligente; sólo que su inteligencia es particular.... Es incrédulo, escéptico, cínico.... le gusta confundir á las gentes....

Además, permanece fiel á las antiguas costumbres; es decir, que no admite sino las pruebas materiales.... Pero sabe su oficio. El año pasado desembrolló una causa de asesinato en la que no se veía ningún indicio. Tiene infinitos deseos de conocerte.

—¿Por qué razón?

—¡Oh, no es que....! En estos últimos tiempos,

mientras tú has estado enfermo, hemos tenido ocasión de hablar de ti. Cuando se enteró de que eras estudiante de derecho y que te habías visto obligado á abandonar la Universidad, dijo: “¡Lástima grande!” De lo cual he deducido.... es decir, no me he fundado sólo en eso, sino también en otras muchas cosas.... Ayer, Zametof.... Oye, Rodia: cuando ayer te llevé á tu casa, estaba ebrio y hablaba á tontas y á locas; mal me sabría que tomaras demasiado en serio lo que te dije....

—¿Qué me dijiste? ¿Que me consideran loco? Acaso tengan razón—respondió Rascolnikof con falsa sonrisa.

Se callaron. Razumikin estaba contentísimo, cosa que Rascolnikof veía con ira. Lo que su amigo acababa de decirle respecto al juez de instrucción no dejaba de inquietarle.

—Es esa casa gris—dijo Razumikin.

—Lo esencial es saber—pensaba Rascolnikof—si Porfirio está enterado de mi visita de ayer á casa de aquella bruja y de la pregunta que hiciera respecto á la sangre. Es necesario que yo sepa al punto á qué atenerme acerca de eso; de otro modo, aun cuando haya de perderme, tendré el corazón descubierto.

—¿Sabes una cosa?—preguntó bruscamente á Razumikin, con una traviesa sonrisa.—Me parece, amigo mío, que á ti te ocurre algo extraordinario. ¿Me equivoco?

—¿Qué? ¡Nada de eso!—respondió Razumikin como ofendido.

—No me engaño, amigo. No hace mucho estabas to-

do encarnado. Y te ruborizaste sobremanera cuando se te invitó á comer.

—¡Eso es absurdo! ¿Por qué dices eso?

—¡De veras! ¡Tienes timideces de colegial! ¡Diablo, te ruborizas nuevamente!

—¡Eres insoportable!

—Pero ¿por qué esa confusión, Romeo? Déjame obrar, que hoy contaré yo eso en alguna parte... ¡Ja, ja! ¡Cómo van á divertirse mi mamá... y otra persona!

—Escucha, escucha... Te hablo seriamente. Todo eso es... ¡Después, después, diablo!...—balbuceó, lleno de espanto, Razumikin.—¿Qué les contarás? Amigo mío, yo... ¡Oh, qué cochino eres!

—¡Una verdadera rosa primavera! ¡Y si supieras qué bien te sienta! Un Romeo de dos "arquinas" y doce "verchoks." Te habrás lavado hoy... Hasta te has limpiado las uñas. ¿Cuándo lo has hecho? Creo, ¡Dios me perdone! que hasta te has perfumado. ¡Baja la cabeza, quiero olerte!

—¡Cochino!

Rascalnikof estalló, en sonora carcajada. Y esta hilaridad, que parecía incapaz de dominar, duraba aún cuando los jóvenes llegaron á casa de Porfirio Petrovitch. Desde la habitación podía oírse su risa, cosa que pensó Rascalnikof.

—¡Si dices una palabra, te apabullo!—murmuró Razumikin lleno de cólera, y asiendo por los hombros á su amigo.

V

Rascalnikof entró en casa del juez de instrucción con la fisonomía de un hombre que ha hecho todo lo posible por parecer serio, pero que no lo consigue sino con gran trabajo. Detrás de él avanzaba torpemente Razumikin, rojo como una amapola y las facciones alteradas por la cólera y la vergüenza. Su rostro, su figura toda, justificaban suficientemente la hilaridad de su compañero. Porfirio Petrovitch, de pie en medio del aposento, interrogaba con la mirada á los visitantes.

Rascalnikof se inclinó ante el amo de la casa, cambió un apretón de manos con él y pareció hacer un violento esfuerzo para ahogar sus ganas de reír mientras decía su nombre y calidades. Mas apenas había recobrado su presencia de ánimo y balbuceado algunas palabras, cuando, en mitad de la presentación, tropezando sus ojos con el rostro de Razumikin, estalló en recia carcajada.

Razumikin prestó, á su pesar, un gran servicio á su amigo, porque aquella "loca risa" le encolerizó de una manera, que concluyó por dar á toda aquella escena cierta apariencia de alegría franca y natural.

—¡Oh! ¡el taimado!—aulló, con violento movimiento del brazo, brusco ademán que hizo que un mueble rodara por el suelo.

—Pero ¿por qué deterioráis de ese modo el mobili-

do encarnado. Y te ruborizaste sobremanera cuando se te invitó á comer.

—¡Eso es absurdo! ¿Por qué dices eso?

—¡De veras! ¡Tienes timideces de colegial! ¡Diablo, te ruborizas nuevamente!

—¡Eres insoportable!

—Pero ¿por qué esa confusión, Romeo? Déjame obrar, que hoy contaré yo eso en alguna parte... ¡Ja, ja! ¡Cómo van á divertirse mi mamá... y otra persona!

—Escucha, escucha... Te hablo seriamente. Todo eso es... ¡Después, después, diablo!...—balbuceó, lleno de espanto, Razumikin.—¿Qué les contarás? Amigo mío, yo... ¡Oh, qué cochino eres!

—¡Una verdadera rosa primavera! ¡Y si supieras qué bien te sienta! Un Romeo de dos "arquinas" y doce "verchoks." Te habrás lavado hoy... Hasta te has limpiado las uñas. ¿Cuándo lo has hecho? Creo, ¡Dios me perdone! que hasta te has perfumado. ¡Baja la cabeza, quiero olerte!

—¡Cochino!

Rascalnikof estalló, en sonora carcajada. Y esta hilaridad, que parecía incapaz de dominar, duraba aún cuando los jóvenes llegaron á casa de Porfirio Petrovitch. Desde la habitación podía oírse su risa, cosa que pensó Rascalnikof.

—¡Si dices una palabra, te apabullo!—murmuró Razumikin lleno de cólera, y asiendo por los hombros á su amigo.

V

Rascalnikof entró en casa del juez de instrucción con la fisonomía de un hombre que ha hecho todo lo posible por parecer serio, pero que no lo consigue sino con gran trabajo. Detrás de él avanzaba torpemente Razumikin, rojo como una amapola y las facciones alteradas por la cólera y la vergüenza. Su rostro, su figura toda, justificaban suficientemente la hilaridad de su compañero. Porfirio Petrovitch, de pie en medio del aposento, interrogaba con la mirada á los visitantes.

Rascalnikof se inclinó ante el amo de la casa, cambió un apretón de manos con él y pareció hacer un violento esfuerzo para ahogar sus ganas de reír mientras decía su nombre y calidades. Mas apenas había recobrado su presencia de ánimo y balbuceado algunas palabras, cuando, en mitad de la presentación, tropezando sus ojos con el rostro de Razumikin, estalló en recia carcajada.

Razumikin prestó, á su pesar, un gran servicio á su amigo, porque aquella "loca risa" le encolerizó de una manera, que concluyó por dar á toda aquella escena cierta apariencia de alegría franca y natural.

—¡Oh! ¡el taimado!—aulló, con violento movimiento del brazo, brusco ademán que hizo que un mueble rodara por el suelo.

—Pero ¿por qué deterioráis de ese modo el mobi-

liario, caballeros? ¡Estáis perjudicando al Estado!—exclamó alegremente Porfirio Petrovitch.

Rascolnikof reía de tal modo, que durante algunos momentos olvidó su mano en la del juez de instrucción; mas como hubiera sido poco natural dejarla permanecer allí más tiempo, la retiró cuando creyó llegado el instante de hacerlo, para que resultara verosímil el papel que representaba. En cuanto á Razumikin, estaba más confuso que nunca, y después de contemplar con aire sombrío las consecuencias de su acaloramiento, se dirigió hacia la ventana, y allí, volviendo la espalda á los demás personajes, púsose á mirar sin, por otra parte, ver nada.

Porfirio Petrovitch reía por conveniencia, pero era evidente que esperaba explicaciones. En un rincón, sentado en una silla, estaba Zametof. Al ver á los visitantes se había levantado á medias y esbozado una sonrisa; luego, la escena parecía no distraerle, y observaba á Rascolnikof con curiosidad particular. Este último no esperaba encontrar allí al agente de policía, cuya presencia le causó una sorpresa desagradable.

—He ahí una cosa más que considerar—pensó.

—Ruégoo que me dispenséis—dijo en alta voz y con fingido embarazo.

—¡Nada de eso! ¡Si, por el contrario, me habéis causado el mayor placer! ¡Habéis entrado de un modo tan agradable!... Pero ¿qué significa eso? ¿Ni aun quiere decir buenos días?—añadió Porfirio Petrovitch, mostrando con un gesto á Razumikin.

—A decir verdad, no sé por qué se ha enfadado conmigo. Por el camino le he dicho que se asemejaba á

Romeo, y.... se lo he probado. No ha habido más.

—¡Cochino!—gritó Razumikin sin volver la cara.

—Ha debido haber motivos muy serios para que él tomara por tan tremenda una ligera broma—hizo observar, riendo, Porfirio Petrovitch.

—¡A un lado las tontunas! ¡Y al asunto!—exclamó de pronto Razumikin.—Te presento á mi amigo Rodion Romanovitch Rascolnikof, que ha oído hablar de ti y desea conocerte. Además, tiene un pequeño asunto que tratar contigo. ¡Cómo! ¡Zametof! ¿Por qué casualidad estáis aquí? ¿Os conocéis? ¿Desde cuándo?

—¿Que quiere decir esto ahora?—se preguntó con inquietud Rascolnikof.

La pregunta de Razumikin pareció disgustar algo á Zametof; sin embargo, supo disimular.

—Ayer, en tu propia casa, nos conocimos—dijo con aire indiferente.

—Entonces, la mano de Dios lo ha hecho todo. Figúrate, Porfirio, que la semana pasada tenía el mayor deseo de serte presentado.

En cuanto supo que Rascolnikof tenía “un pequeño asunto” que tratar con él, Porfirio Petrovitch le invitó á senarse en el sofá; sentóse á su vez en el otro extremo, y se puso á su disposición inmediatamente.

Ordinariamente, sentímonos algo incómodos cuando un hombre á quien apenas conocemos manifiesta deseos de oírnos; nuestro embarazo es mayor aun cuando el objeto de que hemos de hablar es, á nuestros ojos, poco digno de atención tan extremada.

Sin embargo, Rascolnikof, en algunas palabras cor-

tas y precisas, expuso claramente su asunto; hasta pudo, mientras lo hacía, observar cómodamente á Porfirio Petrovitch, quien, por su parte, no apartaba la vista del joven.

Razumikin, sentado frente á ellos, escuchaba con impaciencia, mirando alternativamente á su amigo y al juez, lo que colmaba la medida.

—¡El imbécil!—apostrofábale interiormente Rascolnikof.

—Es necesario hacer una declaración á la policía—respondió con el aire más indiferente Porfirio Petrovitch.—Expondréis cómo, informado de tal suceso, es decir, del asesinato, deseáis hacer saber al juez de instrucción encargado de éste asunto que dichos objetos os pertenecen, y que deseáis desempeñarlos.... ó.... pero, por otra parte, se os escribirá.

—Por desgracia—agregó Rascolnikof fingiendo confusión.—estoy muy lejos de ser rico actualmente... mis medios no me permiten ni aun desempeñar esas pequeñeces.... Quisiera limitarme á declarar que los objetos son míos, y que cuando tenga dinero....

—Eso no importa—interrumpióle Porfirio Petrovitch, que acogió friamente esta explicación.—Por otra parte, si queréis, podéis escribirme directamente, declarando que enterado de tal cosa, deseáis hacerme saber que tales objetos os pertenecen y que....

—¿Puedo escribir eso en papel sencillo?—interrumpió Rascolnikof, afectando siempre no ver sino la parte pecuniaria de la cuestión.

—¡Oh! ¡en cualquier papel!

Porfirio pronunció estas palabras con aire franca-

mente burlón, guiñando un ojo á Rascolnikof. Por lo menos, el joven hubiera jurado que aquel guiño de ojos se dirigía á él y dejaba adivinar el demonio sabe qué oculto pensamiento. Probable era, después de todo, que se engañase, porque aquello duró apenas un segundo.

—¡Sabe!—pensó instantáneamente.

—Perdonadme que os haya molestado por tan poca cosa—agregó, bastante desconcertado.—Esos objetos valen en junto cinco rublos; pero su procedencia me los hace particularmente queridos, y confieso que sentí cierta inquietud al saber....

—¡Por eso te conmoviste tanto ayer, cuando me oíste decir que Porfirio interrogaba á los propietarios de los objetos empeñados!—hizo notar, con intención evidente, Razumikin.

Aquello era demasiado. Rascolnikof no pudo contenerse, y clavó en el charlatán una mirada llena de cólera. En seguida comprendió que había cometido una imprudencia, y apresuróse á remediarla, explicando que, hallándose allí su madre, temía que ésta ó su hermana le preguntaran, por ejemplo, por el reloj, que había pertenecido á su padre, y....

—¡Ah! ¿Vuestra madre ha venido á veros?—preguntó Porfirio Petrovitch interrumpiendo á Razumikin, el cual se esforzaba para probar que su amigo no le había comprendido.

—Sí—respondió Rascolnikof.

—¿Cuándo ha llegado?

—Ayer tarde.

El juez de instrucción guardó silencio; parecía meditar.

—Vuestros objetos no podían perderse de ningún modo—agregó en tono frío y tranquilo.—Hace mucho tiempo que esperaba vuestra visita.

Rascólnikof se estremeció; el juez de instrucción pareció no haberlo notado.

—¿Cómo! ¿Esperabas su visita? ¿Sabías que había empeñado algo en casa de la vieja?—preguntó Razumikin.

Sin responderle, Porfirio Petrovitch se dirigió á Rascólnikof.

—Vuestros objetos, una sortija y un reloj, estaban envueltos en un trozo de papel, en el que se leía vuestro nombre, escrito con lapiz, y junto á él la indicación del día en que habían sido empeñados los objetos.

—¿Qué memoria tenéis—dijo Rascólnikof, con aire de contrariedad.

Se esforzaba, especialmente, por mirar tranquilamente al juez de instrucción; sin embargo, no pudo menos de agregar bruscamente:

—He hecho esta observación, porque siendo muchos los propietarios de objetos empeñados, debe costar un gran esfuerzo de memoria acordarse de todos y cada uno... y...

—¿Débil idiota! ¿Qué necesidad tenías de agregar eso?—concluyó para sí.

—Es que casi todos se han dado ya á conocer; vos erais el único que aún no habíais venido—respondió Porfirio, con expresión casi imperceptible de burla.

—No me encontraba muy bien.

—Lo he oído decir. Hasta se me ha dicho que habéis sufrido mucho. Aun ahora estáis pálido....

—Nada de eso; por el contrario.... encuéntrome muy bien—replicó Rascólnikof en tono brutal y violento.

Sentía arder en su interior una cólera que no podía dominar.

—En mi acaloramiento, voy á cometer una necedad—pensaba.—Mas ¿por qué me exasperan ellos?

—¿No se encontraba muy bien! ¡Vaya un eufonismo!—exclamó Razumikin.—La verdad es que hasta ayer ha estado casi siempre sin conocimiento..... ¿Creerías, Porfirio, que ayer, pudiendo apenas tenerse sobre sus piernas, aprovechó el momento en que Zosimof y yo acabábamos de separarnos de él, para vestirse, salir á escondidas de casa y marcharse, Dios sabe á dónde, hasta las doce de la noche... todo en completo estado de delirio? ¿Puedes figurarte cosa semejante?

—“¿En completo estado de delirio?”—dijo Porfirio, con el movimiento de cabeza propio de los aldeanos rusos.

—¿Eso es absurdo! ¡No le creáis! Por otra parte, no tengo necesidad de deciros esto. Vuestra opinión está ya formada—dejó escapar Rascólnikof, impulsado por la cólera.

Pero Porfirio Petrovitch pareció no oír tan extrañas palabras.

—¿Cómo hubieras salido, á no ser en estado de delirio?—agregó, acalorándose, Razumikin.—¿Por qué saliste? ¿Con qué objeto? Y sobre todo, ¿á qué atri-

buir esa idea de salir de casa á escondidas? Convén, pues, en que no estabas en tu cabal juicio. Ahora que el peligro ya pasó, puedo decírtelo sin rodeos.

—Me habían fastidiado extremadamente—dijo Rascolnikof, dirigiéndose al juez de instrucción con una sonrisa que se asemejaba á un desafío,—y queriendo desembarazarme de ellos, salí para alquilar una habitación en la que no pudieran descubrirme; había tomado, con tal objeto, cierta cantidad. El señor Zametof, quien me vió con el dinero en la mano, puede decir si ayer yo estaba bueno ó deliraba. Sed, pues, juez en nuestra disputa.

Con mucho gusto hubiera estrangulado en aquel momento al agente, el cual le irritaba con su mutismo y la expresión equívoca de su mirada.

—En mi entender, hablabais con sensatez y hasta con gran agudeza; sólo que estabais en exceso irritado—declaró secamente Zametof.

—Y hoy—añadió Porfirio Petrovitch,—Nikodim Fomitch me ha dicho que ayer, á hora muy avanzada de la noche, os encontró en casa de un funcionario que había sido aplastado por un coche....

—¡Lo cual viene en apoyo de lo que digo!—agregó Razumikin.—¿No te condujiste como un loco en casa de ese funcionario? ¿Te despojaste de todos tus tesoros para pagar el entierro! Admito que, deseoso ayudar á la viuda, le dieras quince rublos, hasta veinte; pero guardando algo para ti. Y en lugar de eso, largaste todo tu caudal, los veinticinco rublos que poseías.

—También puede ser que haya encontrado un tesoro

sin que tú lo sepas. Ayer me dió todo el día por ser generoso.... El señor Zametof, que me está oyendo, sabe que he encontrado un tesoro..... Dispensadme que os haya fastidiado durante media hora con una charla tan ociosa—prosiguió, tembloroso los labios, dirigiéndose á Porfirio.—Estáis cansado, ¿verdad?

—¿Qué decís? ¡Al contrario! ¡Si supierais hasta qué punto me interesáis!..... ¡Os encuentro tan curioso para visto y escuchado!.... Confieso que ceblebro en el alma el haber, al fin, recibido vuestra visita....

—¡Pero hombre, danos té! Sentimos seco el gazarate!—gritó Razumikin.

—Excelente idea; pero antes del té, ¿no tomaríais algo más sólido?

—¡Anda por ello!

Porfirio Petrovitch salió para pedir té.

Toda clase de ideas confundíanse en el cerebro de Rascolnikof, el cual estaba muy excitado.

—Ni aun se dan el trabajo de fingir; van derechos á su objeto. Si Porfirio Petrovitch no me conocía, por qué habló de mí á Nicodim Fomitch? ¿No quieren ni ocultar que me siguen como los perros á la res! ¡Me escupen descaradamente al rostro!—se decía, temblando de rabia.—Pues bien, obrad francamente; no juguéis conmigo como el gato con el ratón. Eso es descortesía, Porfirio Petrovitch, y puede no convenirme permitir eso.... Me levantaré, os arrojaré la verdad al rostro, y veréis cómo os desprecio.

Respiró haciendo un esfuerzo.

—Pero ¿y si todo eso no fuera sino una ilusión? Tratemos de desempeñar nuestro feo papel, y no vayamos á perdernos, como un estornino, con nuestra ciega cólera. ¿Es que les atribuyo intenciones que no tienen? Sus palabras no tienen en sí nada de extraordinario; son cosas que se ocurren al pronto; pero pueden tener un doble sentido. ¿Por qué Porfirio Petrovitch dijo sencillamente “en su casa,” hablando de la vieja? ¿Por qué Zametof hizo observar que yo hablé con mucha agudeza? ¿O todo es ilusión mía, ó saben!... Hasta insolente me parece el tal Zametof. Habrá reflexionado desde ayer. ¡Con razón sospechaba yo que cambiaría de opinión! ¡Se encuentra aquí como en su casa, y es la primera vez que pisa estos umbrales! Porfirio no le trata como á extraño; se sienta de espaldas á él. Estos sujetos se han hecho amigos, ¡y con seguridad que yo soy el motivo de sus relaciones! ¡Seguro estoy de que hablaban de mí cuando llegamos!... ¿Están enterados de mi visita á casa de la vieja? ¡Mucha prisa tengo por saberlo!... Porfirio ha parecido no oírme cuando dije que iba en busca de una habitación para alquilar.... Pero hice bien hablando como hablara; ¡quizá sirva esto más adelante!... En cuanto al delirio, el juez de instrucción no ha hecho ningún cálculo.... ¡Está perfectamente enterado respecto á la manera cómo yo empleé la velada. ¡Ignoraba la llegada de mi madre! ¡Y la hechicera que había apuntado con lápiz la fecha del empeño!... No, no; la seguridad que afectáis no me engaña; hasta ahora no tenéis hechos, ¡os fundáis en vagas conjeturas! La visita que yo hiciera á la casa

de la vieja no prueba nada, se explica perfectamente, teniendo en cuenta el delirio.... Pero ¿saben que yo he ido allá? ¡Es necesario que yo me entere de esto! ¿A qué he venido yo aquí? Bueno, ahora me enfado, y he aquí lo que es preciso temer. ¡Ah, qué fácilmente me irrito! Después de todo, quizá sea preferible que así sea; estoy dentro de mi papel de enfermo.... Me va á hacer perder el juicio. ¿A qué vine yo aquí?

Todas estas ideas atravesaron su cerebro con la rapidez del relámpago.

Al cabo de un instante volvió Porfirio Petrovitch. Parecía de buen humor.

—Ayer, al salir de tu casa, amigo mío—continuó, dirigiéndose á Razumikin, con una jovialidad que hasta entonces no había mostrado,—estaba verdaderamente pesado; mas todo pasó ya. Pero fué el caso que os abandoné á lo mejor. ¿De quién fué la victoria?

—De ninguno de ellos, naturalmente. Cada cual defendió su vieja tesis. Figúrate, Rodia, que la discusión versaba sobre esta cuestión social nada nueva—manifestó distraídamente Razumikin.

—Pero el caso es que no estaba formulada de ese modo—hizo observar Porfirio.

—En efecto....—reconoció Razumikin, que se había aturrullado, según costumbre. Escucha, Rodia, y di cuál es tu opinión, si quieres. Los socialistas comenzaron por exponer su teoría. Sabido es en qué consiste; el crimen no es otra cosa que una protesta contra un orden social mal organizado; no admiten que los actos criminales obedezcan á otra causa; para ellos, el hom-

bre es empujado al crimen por la influencia irresistible del medio. He ahí precisamente su frase favorita.

—A propósito de crimen y de medio—dijo Porfirio dirigiéndose á Rascolnikof,—recuerdo un trabajo vuestro que me interesó vivamente; hablo de vuestro artículo: "Acercas del crimen".... No puedo precisar cuál era el verdadero título de este artículo, que tuve el placer de leer, hace dos meses, en la "Palabra Periódica."

—¿Mi artículo en la "Palabra Periódica?"—preguntó con sorpresa Rascolnikof.—En efecto, hace seis meses, al abandonar la Universidad, escribí un artículo acerca de un libro; pero lo llevé á la "Palabra Hebdomadaria," y no á la "Palabra Periódica."

—Y en ésta se publicó también.

—Por aquel entonces, la "Palabra Hebdomadaria" cesó de publicarse; he ahí por qué mi trabajo no salió en ella.

—Efectivamente; pero al cesar de publicarse, la "Palabra Hebdomadaria" convirtiéndose en la "Palabra Periódica." He ahí explicado por qué vuestro artículo salió hace dos meses en éste último periódico. ¿No lo sabíais?

Rascolnikof lo ignoraba.

—Pues podéis ir á cobrarle.

—¿Y cómo supisteis que el artículo era mío? Lo firmé con una inicial.

—Lo supe, no hace mucho tiempo, casualmente. El redactor jefe, que es amigo mío, me lo dijo.... El artículo me había interesado vivamente.

—Examinaba, si mal no recuerdo, el estado psico-

lógico del culpable en el momento de cometer el crimen.

—Sí, y os proponíais demostrar que el criminal, en el momento de ejecutar su acto punible, es siempre un enfermo. Punto de vista originalísimo.... que no es, sin embargo, la parte que más me interesó de vuestro trabajo; lo que me llamó la atención, fué un pensamiento que se hallaba al final del artículo, y que, por desgracia, os limitasteis á indicar someramente.... En una palabra, si os acordáis, dabais á entender que hay en el mundo hombres que pueden, ó por mejor decir, que tienen derecho absoluto á cometer toda clase de acciones culpables y criminales; hombres para los cuales, hasta cierto punto, no existe la ley.

Rascolnikof sonrió al oír esta pérfida interpretación de su pensamiento.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿El derecho al crimen? ¿No quiso más bien decir que el criminal es empujado al crimen por la influencia irresistible del medio?—preguntó Razumikin con cierta inquietud.

—No, no; no se trata de eso—respondió Porfirio.—En el artículo en cuestión, los hombres están divididos en "ordinarios" y "extraordinarios." Los primeros deben vivir, en la obediencia, y no tienen derecho á violar la ley, por ser hombres ordinarios; los segundos tienen derecho á cometer todos los crímenes y á prescindir de todas las leyes, por aquello de ser hombres extraordinarios. ¿Es eso lo que decíais, ó me engaño?

—¿Cómo! ¿Eso no puede ser!—exclamó Razumikin, estupefacto.

Rascolnikof sonrió de nuevo. Había comprendido

que se trataba de arrancarle una declaración de principios, y recordando su artículo, no vaciló en explicarle.

—No es precisamente eso—comenzó sencilla y modestamente.—Aunque confieso, por otra parte, que habéis reproducido casi exactamente mi pensamiento; si lo deseáis, diré que lo habéis interpretado con exactitud....

Pronunció estas últimas palabras con cierto placer.

—Pero no he dicho, como vos me lo hacéis decir, que las personas extraordinarias estén absolutamente obligadas á cometer toda clase de acciones criminales. Hasta me parece que la censura no hubiera dejado pasar un artículo en tal sentido concebido. He aquí todo lo que buenamente manifesté: el hombre extraordinario tiene el derecho, no oficialmente, sino por sí mismo, de autorizar á su conciencia á franquear ciertos obstáculos, en el caso de exigirlo así la realización de su idea (que en ocasiones puede ser útil á todo el género humano). Pretendéis que mi artículo no estaba claro; voy á tratar de explicároslo; quizás me engañe al pensar que tal es vuestro deseo. En mi entender, si, por ciertas circunstancias, los inventos de Keplero y de Newton no hubieran podido darse á conocer sino mediante el sacrificio de una, de diez, de ciento ó de un número mayor de vidas que hubiesen sido obstáculo á dichos inventos, Newton habría tenido derecho, más aún, hubiérase visto obligado á "suprimir" esos diez, esos cien hombres, á fin de que sus descubrimientos fuesen conocidos del mundo entero. Esto, por otra parte, no quiere decir

que Newton tuviera derecho á asesinar á su gusto á no importa quién, ó á cometer robos á diario.

En los siguientes párrafos de mi artículo insisto, bien lo recuerdo, sobre la idea de que todos los legisladores y los guías de la humanidad, empezando por los más antiguos, para continuar por Licurgo, Solón, Mahoma, Napoleón, etc., que todos, sin excepción, fueron criminales, porque al dictar nuevas leyes, violaron las antiguas, fielmente observadas por la sociedad y transmitidas por los antecesores; seguramente que tampoco retrocedían ante la efusión de sangre, en cuanto comprendían que ésta podría serles útil. Es de notar, asimismo, que casi todos estos bienhechores y guías de la especie humana fueron terriblemente sanguinarios. Por consiguiente, no sólo todos los grandes hombres, sino todos los que se elevan, por poco que sea, sobre el nivel común, que son capaces de decir algo nuevo, deben, en virtud de su propia naturaleza, deben ser necesariamente criminales, más ó menos, se entiende. De otro modo, difícil les sería salir del montón; en cuanto á quedar en él confundidos, no pueden consentir en ello, y á mi entender, su deber se lo prohíbe.

En una palabra, ya veis que hasta aquí no hay nada de nuevo en mi artículo. Esto ha sido dicho é impreso mil veces. En cuanto á mi división de las personas en ordinarias y extraordinarias, reconozco que encierra alguna arbitrariedad; pero dejo á un lado la cuestión de las cifras de que hago uso. Sólo creo que, en el fondo de mi pensamiento, es justo. Viene á decir que la Naturaleza divide los hombres en dos categorías: una

inferior, la de los hombres ordinarios, especie de materiales cuya misión única es reproducir seres á ellos semejantes; otra superior, en la que se hallan comprendidos los hombres que poseen el don ó el talento de hacer oír en su medio una palabra nueva. Las subdivisiones son, naturalmente, innumerables; pero ambas categorías ofrecen rasgos distintivos bastante marcados. A la primera pertenecen, en general, los conservadores. Los hombres ordenados, que viven en la obediencia y que la aman. En mi concepto, hasta están obligados á obedecer, porque tal es su destino y porque la cosa nada tiene de humillante para ellos. El segundo grupo se compone exclusivamente de hombres que violan la ley y tienden, según sus medios, á violarla. Sus crímenes son, naturalmente, relativos y de una gravedad variable. La mayoría reclaman la destrucción de lo que existe, en nombre de lo que debe existir. Pero si, por su idea, deben verter sangre, avanzar por entre cadáveres, pueden, en conciencia, hacer lo uno y lo otro en interés de su idea—fijaos bien en esto.—He aquí en qué sentido mi artículo les reconoce el derecho al crimen. (Recordaréis que nuestro punto de partida fué una cuestión jurídica.) Por otra parte, no hay en esto motivo para inquietarse mucho... casi nunca la masa les concede ese derecho; los decapita ó los ahorea (más ó menos), y de ese modo cumple justísimamente su misión conservadora, hasta el día, ciertamente, en que esa masa erija estatuas á los ajusticiados y las venera (más ó menos). El primer grupo es siempre el dueño del presente, el segundo lo es del porvenir. Uno conserva el mundo y multiplica

los habitantes; el otro hace el mundo moverse, y le conduce hacia el objetivo. Estos y aquéllos tienen absolutamente el mismo derecho á la existencia, y—¡viva la guerra eterna!—hasta la nueva Jerusalén, se entiende.

—Según eso, ¿creéis en la Jerusalén Nueva?

—Creo en ella.

—Y... ¿creéis en Dios?

—Creo en él.

—Y... ¿y en la resurrección de Lázaro?

—También. Pero ¿por qué me preguntáis todo eso?

—¿Creéis en ello literalmente?

—Literalmente.

—Dispensad que os haga estas preguntas, que para mí no carecen de interés. Pero permitid—volviendo á nuestro anterior motivo de conversación,—permitid que os diga que no siempre se les ejecuta; que hay algunos que, por el contrario....

—¿Triunfan y viven? ¡Oh, sí! Ocurre con algunos; y en tal caso....

—¿Ellos son los que entregan á los otros al suplicio?

—Si necesario se hace; y á decir verdad, éste es el caso más frecuente. En general, vuestra observación es justísima.

—Mil gracias. Pero decidme: ¿cómo se pueden distinguir los hombres extraordinarios de los ordinarios? ¿Tienen, desde que nacieron, ciertas señales? Creo que aquí hace falta más precisión, una limitación más aparente. Dispensad esta inquietud, natural en un hombre práctico y bien intencionado. ¿No podrían,

por ejemplo, vestir un traje especial, usar un emblema cualquiera? Porque, convenid en que si se produce una confusión, si un individuo de una categoría se figura que pertenece á otra, y se pone, según vuestra feliz expresión, á “suprimir todos los obstáculos”

—¡Oh, eso ocurre con frecuencia! Y esa observación es aún más fina que la primera.

—Gracias nuevamente.

—No hay de qué; pero pensad que el error sólo es posible en la primera categoría, es decir, en los que yo he llamado, inoportunamente quizás, hombres “ordinarios.” No obstante su tendencia innata á obedecer, muchos de ellos, á causa de un capricho de la Naturaleza, gustan de tomarse por hombres avanzados, por “destruñtores;” se creen los llamados á hacer oír una “palabra nueva” y la ilusión es en ellos sincera. Al propio tiempo, no saben convencer á los verdaderos innovadores; hasta los desprecian como á gentes atrasadas y sin alteza de miras. Pero, en mi concepto, no puede haber en eso un serio peligro, y no tenéis por qué inquietaros, porque nunca van lejos. Sin duda que en ocasiones debiera castigárseles por su extravío y volverles á su puesto; mas esto es todo, y aun para ello no es necesario molestar al verdugo: ellos mismos se aplican el correctivo, porque son gentes muy morales, que tan pronto se prestan un servicio como se zurrarán con sus propias manos. . . .

—Me habéis devuelto la tranquilidad, por esa parte al menos; pero otra cosa me inquieta; decidme: ¿hay muchas de esas gentes extraordinarias que tienen derecho á degollar á los demás?

—¡Oh, no os inquiete eso tampoco! En general, nace un número muy reducido de hombres con una idea nueva, ó sencillamente capaces de decir algo nuevo. Es evidente que la repartición de nacimientos en las diversas categorías y subdivisiones de la especie humana, debe ser estrictamente determinada por una ley de la Naturaleza. Esta ley nos es hoy desconocida, pero creo que existe y que más adelante podremos saber en qué consiste. Una enorme masa de gentes no están sobre la tierra sino para dar á luz, tras de largos y misteriosos cruzamientos de razas, un hombre que, entre mil, posea alguna independencia. Conforme aumenta el grado de ésta, no se habla más que de un hombre por cada diez mil, por cada cien mil (son éstas cifras aproximadas). Se cuenta un genio por muchos millones de individuos, y miles de millones de hombres pasan quizá por la tierra, antes de que surja una de esas inteligencias elevadas que remuevan la faz del mundo. Para concluir, diré que no he mirado dentro de la retorta en que todo esto se opera. Mas hay, y debe haber, una ley fija; el azar no puede aquí existir.

—Pero veamos, ¿bromeáis los dos?—exclamó Razumikin.—Os zarandeáis recíprocamente, ¿No es así?

Sin responderle, Rascolnikof volvió hacia él su rostro pálido y como apenado. Al mirar la triste fisonomía de su amigo, Razumikin encontró extraño el tono caústico, provocativo y descortés de Porfirio.

—Pues bien, querido, sí; en efecto, eso es serio. . . . Sin duda que tienes razón al decir que eso no es nuevo, y que se asemeja á lo que hemos leído y oído mil

veces; pero lo que hay de realmente original en todo eso, lo que en realidad no pertenece á nadie sino á ti, mucho siento decirlo, es ese derecho moral de verter sangre que concedes y que niegas, perdóname, con tanto fanatismo. . . . He ahí, por consiguiente, el pensamiento principal de tu artículo. Esta autorización moral de matar es, en mi concepto, algo muy espantoso—observó Porfirio.

—¡No; la expresión ha excedido á tu pensamiento; no es eso lo que has querido decir! Leeré tu artículo. . . . Al hablar, cualquiera se deja arrastrar. . . . ¡No puedes pensar eso! . . . Leeré.

—Nada de eso encierra mi artículo; apenas he tocado á la cuestión—dijo Rascolnikof.

—Sí, sí—añadió Porfirio.—Ahora comprendo aproximadamente vuestro modo de mirar el crimen; pero excusad si insisto aún. Cuando un joven se imagine ser un Licurgo ó un Mahoma. . . . futuro, inútil decirlo, debe empezar por suprimir todos los obstáculos que le impidan cumplir su misión. . . . Y después procurará medios. . . . ¿adivináis de qué manera?

Al oír estas palabras, Zametof resopló en su rincón. Rascolnikof no le miró siquiera.

—Obligado me veo á reconocer—respondió tranquilamente—que tales casos pueden producirse. Son un lazo que el amor propio tiende á los vanidosos y á los necios, lazo en que los jóvenes, especialmente, se dejarán coger.

—Entonces. . . .

—¿Qué?—añadió riendo Rascolnikof.—Culpa, mía no es. Eso se ve y se verá siempre. No ha mucho me

acusaba de autorizar el asesinato—prosiguió, mostrando á Razumikin.—¿Qué importa? ¿Es que la sociedad no está bastante protegida por las cárceles, los jueces de instrucción y las cadenas perpetuas? ¿A qué inquietarse, pues? ¿Búsquese al ladrón!

—¿Y si no se le encuentra?

—Peor para él.

—Sois lógico, al menos. Pero ¿qué le dirá su conciencia?

—¿Qué os importa á vos?

—Cuestión es que interesa al sentimiento humano.

—El que tiene conciencia, sufre al reconocer su yerro. Y ése es su castigo, independientemente del presidio.

—Según eso—preguntó, frunciendo el ceño, Razumikin,—los hombres de genio, los que tienen derecho á matar, ¿no deben sentir ningún sufrimiento, ni aun al verter sangre?

—¿Qué oficio hace aquí la palabra “deben?” El sufrimiento no les está permitido ni prohibido. Dueños son de sufrir, si su víctima les inspira piedad. . . . El sufrimiento delata una inteligencia amplia y un corazón noble. Los hombres verdaderamente grandes deben, en mi concepto, experimentar una inmensa tristeza en la tierra—añadió Rascolnikof, presa de súbita melancolía, que contrastaba con el tono de la anterior conversación.

Alzó los ojos, miró á los asistentes con aire soñador, sonrió y tomó su casquete.

Estaba demasiado tranquilo, comparada su actitud

con la que observara al entrar, y bien se hizo cargo de ello. Todos se levantaron.

Porfirio Petrovitch volvió de nuevo á la carga.

—Vaya, me insultéis ó no, os enfadéis ó no, como ello es más fuerte que yo, he de dirigiros una pregunta más. Me confunde verdaderamente obrar como lo hago. . . . Mas quiero comunicaros una pequeña idea que

—Oid, pues. . . . En verdad, no sé cómo explicar-me. . . . Trátase de una idea extraña, psicológica. . . . Al componer vuestro artículo, es muy probable ¡je, je! que os consideréis uno de esos hombres "extraordinarios" de que hablabais. . . . Vamos, ¿no es cierto?

—Muy posible es—respondió desdeñosamente Rascolnikof.

Razumikin hizo un movimiento.

—Si así fuese, bien para salir de apuros materiales, bien para hacer progresar á la humanidad, ¿no seríais capaz de franquear el obstáculo. . . . de matar y robar, por ejemplo?

A la vez guiñaba el ojo izquierdo y reía en silencio, completamente igual que antes.

—Si estuviera decidido á eso, indudable es que no lo diría—replicó Rascolnikof, con acento de altanero desafío.

—Mi pregunta no tenía sino un objetivo de curiosidad literaria; os la había hecho á fin de mejor penetrar el sentido de vuestro artículo. . . .

—¡Oh, qué lazo más grosero! ¡Qué hilvanada malicia!—pensó Rascolnikof, apesadumbrado.

—Permitidme que os haga observar—respondió secamente—que no me creo ni un Mahoma, ni un Napoleón, ni otro personaje semejante; por lo tanto, no puedo informaros respecto á lo que haría si estuviera en su lugar.

—¡Vaya! ¿Quién es el que aquí, en Rusia, no se cree un Napoleón?—dijo con brusca familiaridad el juez de instrucción.

Esta vez, hasta en la entonación de su voz veíase un oculto pensamiento.

—¿No sería un futuro Napoleón quien asesinó, la semana pasada, á Alena Ivanovna?—dijo de repente, desde el rincón del aposento, Zametof.

Sin contestar, Rascolnikof clavó en Porfirio una mirada fija y penetrante. Contrajéronse las facciones de Razumikin. Desde hacía mucho tiempo parecía sospechar algo. Paseó en derredor una mirada llena de irritación. Hubo un momento de silencio sombrío. Rascolnikof se dispuso á salir.

—¡Os marcháis ya!—dijo Porfirio, tendiendo la mano al joven con extremada amabilidad.—Celebro haberos conocido. Y estad tranquilo en lo que á vuestro asunto respecta. Escribid en el sentido que os he indicado. O si no, venid vos mismo á verme. . . . uno de estos días. . . . mañana, por ejemplo. Estaré aquí, sin falta, á las once. Lo arreglaremos todo. . . . Hablaremos un poco. . . . Como sois uno de los últimos que fueron "allí," tal vez os fuera posible decirnos alguna cosa. . . .—añadió con sencillez.

—¿Queréis interrogarme en toda regla?—preguntó con rudo tono Rascolnikof.

—¿Por qué no? Aun cuando no se trata de eso por el momento. No me habéis comprendido. Mirad: yo aprovecho todas las ocasiones. . . . ya he hablado con cuantos allí tenían objetos. . . . habiendo recogido útiles datos de algunos de ellos. Y como vos sois el último. . . . ¡A propósito!—exclamó con súbita alegría.

—¡Celebro acordarme de ello! ¡Y ya iba á olvidarlo otra vez! (Diciendo esto, volviase hacia Razumikin.) Me aturdiste el otro día con hablarme de aquel Nikolachka. . . . Pues bien, estoy seguro, estoy convencido de su inocencia—prosiguió, dirigiéndose de nuevo á Rascolnikof.—Pero ¿qué hacer? También ha sido preciso inquietar á Milka. . . . Pero he aquí lo que he de preguntaros: al subir la escalera. . . . permitid, ¿fué entre siete y ocho cuando entrasteis en la casa?

—Sí—respondió Rascolnikof.

Y al punto lamentó haber contestado de una manera que no debió responder.

—Pues bien, al subir la escalera, entre siete y ocho, ¿no visteis en el segundo piso, en un cuarto cuya puerta estaba abierta, ¿os acordáis? no visteis dos obreros, uno al menos? Pintaban la habitación. ¿No reparasteis en ellos? ¡Esto es para ellos importantísimo!

—¿Pintores? No, no los vi. . . .—respondió lentamente Rascolnikof, que parecía hacer memoria, y que durante un segundo tuvo en tensión todos los resortes de su espíritu, para descubrir lo antes posible el lazo que ocultaba la pregunta del juez de instrucción.—No, no los vi, ni aun podría decir si había ó no un cuarto abierto—continuó, feliz por haber apagado la me-

cha.—Pero recuerdo que en el cuarto piso, el empleado que vivía frente á Alena Ivanovna, disponiase á sacar de allí sus muebles. . . hasta me acuerdo de que en la escalera me encontré con unos soldados que bajaban un sofá. . . . pero no vi ningún pintor. . . . ni puerta alguna abierta. No, no vi nada de esto. . . .

—Pero ¿qué estás diciendo?—gritó de pronto Razumikin, que hasta entonces había escuchado pareciendo reflexionar.—Los pintores trabajaban el día mismo ¿Por qué, pues, le preguntas eso?

—¡Toma! Es verdad, he confundido las fechas—exclamó Porfirio.—¡Lléveme el diablo! ¡Este asunto me hará perder el juicio!—añadió, á modo de excusa, dirigiéndose á Rascolnikof.—Es tan importante para nosotros el saber si alguien les vió en el cuarto entre siete y ocho, que, sin reflexionar, creí poder obtener de vos este dato aclarador. ¡Había confundido los días!

—Pues necesario fuera fijarse un poquito más—refunfuñó Razumikin.

Estas palabras fueron dichas en la antesala; Porfirio acompañaba amablemente á sus visitantes hasta la puerta. Estos estaban sombríos y lúgubres cuando salieron de la casa, y dieron bastantes pasos sin hablar. Rascolnikof respiraba como un hombre que acaba de pasar por una prueba penosa.

VII

—...; No lo creo! ¡No puedo creerlo!—repetía Razumikin, que se esforzaba cuanto podía para rechazar las conclusiones de Rascolnikof.

Se hallaban ya cerca de la casa Bakaleief, donde, desde hacía mucho tiempo, les aguardaban Palqueria Alejandrovna y Dunia. En el calor de la discusión, Razumikin se detenía á cada momento en medio de la calle; estaba muy agitado, porque era la vez primera que ambos jóvenes hablaban de “aquello” de otro modo que por indirectas.

—¡No lo creas, si no quieres!—respondió Rascolnikof, con sonrisa fría é indiferente.—Tú, según tu costumbre, nada notaste; pero yo pesé cada una de mis palabras.

—Eres muy inclinado á la desconfianza. He aquí por qué en todos ves ocultos pensamientos... ¡Hum!... En efecto, reconozco que el tono de Porfirio era bastante extraño, y sobre todo, que aquel pícaro Zametof... Tienes razón.... había en él un no sé qué... pero ¿cómo explicarse esto? ¿cómo?.....

—Habrá cambiado de opinión.

—¡No, te engañas! Si tuviesen tan estúpida idea, hubiesen, por el contrario, hecho lo posible para disimularla; habrían ocultado su juego para inspirarte una falaz confianza, esperando el momento de quitarse la careta... En la hipótesis de que partes, su modo de obrar ahora sería tan torpe como insolente.

—Si existieran hechos, hechos serios ó presunciones algo fecundas, sin duda que se esforzarían para disimular sus intentos, con la esperanza de obtener algún resultado respecto á mí (por otra parte, mucho hace que habrían registrado mi domicilio). Pero no tienen pruebas, ni una sola; para ellos todo se reduce á conjeturas gratuitas, á suposiciones que no se apoyan en nada real; por eso recurren á la difamación. Quizá no es preciso ver en esto sino el despecho de Porfirio, que rabia por no tener pruebas. Quizá abriga también sus intenciones.... Parece inteligente.... Posible es que haya querido asustarme.... Tiene una psicología particular, amigo mío. Por otra parte.... ¡dejemos eso!

—¡Es odioso, odioso! ¡Te comprendo! Mas... puesto que francamente abordamos este motivo (y yo encuentro que obramos bien), no vacilaré en confesarte que hace mucho tiempo había notado en ellos tal idea. Bien entendido, que apenas se atrevían á manifestarla; flotaba en su espíritu, en el estado de duda vaga; pero es ya demasiado que la hayan podido acoger hasta bajo esa forma.

¿Y qué es lo que despertó tan abominables sospechas? ¡Si supieras lo furioso que me he puesto!..... ¿En qué se funda todo? ¡En un desmayo que, como tú, cualquiera hubiese sufrido! ¡He ahí el punto de partida de la discusión! ¡Que el diablo se los lleve! En tu lugar, Rodia, me reiría en las barbas de todos; más aún, les haría conocer mi desprecio á salivazos. He ahí cómo acabaría con ellos. ¡Valor! ¡Escúpeles! ¡Esto es vergonzoso!

—¡Sin embargo, ha hablado con cierta convicción! —pensó Rascolnikof.

—¿Escupirles? Muy bueno para dicho. ¡Y mañana otro interrogatorio!—respondió tristemente.—¡Sería necesario que me rebajase hasta dar explicaciones! Ya me arrepiento de la conversación que en “traktir” tuve ayer con Zametof....

—¡Que el diablo se los lleve! ¡Yo mismo iré á casa de Porfirio! ¡Es pariente mío! Aprovecharé la visita para hacerle hablar; ¡será necesario que me confiese por completo! En cuanto á Zametof....

—Por fin mordió el anzuelo—pensó Rascolnikof.

—¡Espera!—gritó Razumikin, asiendo de repente por el hombro á su amigo.—¡Espera! ¡Divagabas demasiado! ¡Lo he pensado, y estoy convencido de que desvarías! ¿Dónde ves un ardid? ¿Dices que la pregunta relativa á los pintores ocultaba un lazo? Reflexiona un poco. Si tú hubieras hecho “aquello,” ¿habrías sido lo suficientemente necio, para decir que habías visto cómo los pintores trabajaban en el piso segundo? Por el contrario, aun cuando los hubieses visto, lo habrías negado. ¿Quién hace, pues, confesiones para comprometerse?

—Si yo hubiera hecho “aquello,” no hubiese negado que había visto á los pintores—replicó Rascolnikof, que parecía seguir la conversación con marcado disgusto.

—Pero ¿por qué decir cosas perjudiciales á uno mismo?

—Porque únicamente los “mujiks” y las personas bajas niegan premeditadamente. Un hombre instruí-

do, por poco inteligente que sea, confiesa, en lo posible, los hechos materiales de los cuales en vano intentaría destruir la realidad; á lo sumo, los explica de otro modo, modifica su significado ó los presenta bajo un aspecto nuevo. Según toda probabilidad, Porfirio esperaba que respondería como lo hice; creía que, para dar más verosimilitud á mis declaraciones, confesaría haber visto á los pintores, sin perjuicio de explicar en seguida el hecho en un sentido favorable á mi causa.

—Pero en seguida te hubieran respondido que la antevíspera del crimen, los pintores no habían podido estar allí; de consiguiente, que habías ido á la casa el mismo día del asesinato, entre siete y ocho. ¡Hubieras caído!

—Contaba con que no tendría tiempo de reflexionar, y que, presuroso para responder del modo más verosímil, olvidaría esta circunstancia: la imposibilidad de la presencia de los pintores en la casa, la antevíspera del crimen.

—Pero ¿cómo olvidar eso?

—¡Nada más fácil! Los puntos de detalle son el escollo de los maliciosos. Cuanto más listo es un hombre, menos sospecha el peligro de las preguntas insignificantes. Porfirio sabe esto bien; está lejos de ser tan bruto como crees....

—¡Entonces es un pícaro!

Rascolnikof no pudo menos de reír. Pero en el mismo instante, le admiró haber dado la última explicación con verdadero placer, él que, hasta entonces, no había sostenido la conversación sino á su pesar, y porque el fin propuesto se le hacía una necesidad.

—¿Es que llegarán á agradarme tales cuestiones?— pensaba.

Pero, casi al mismo tiempo, fué invadido por una súbita inquietud, que pronto se hizo intolerable. Los jóvenes estaban á la puerta de la casa Bakaleief.

—Entra tú solo—dijo bruscamente Rascolnikof.— Vuelvo en seguida.

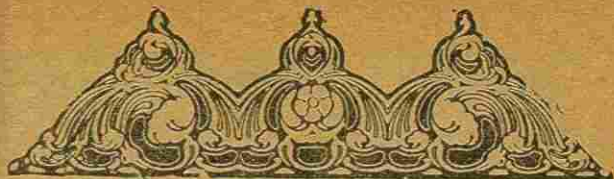
—¿A dónde vas?

—Tengo una cosa que hacer.... Estaré aquí dentro de media hora..... Las dirás que.....

—¿Te acompaño!

—¿Cómo! ¿Tú también te has propuesto perseguirme hasta que muera?

Esta exclamación fué proferida con tal acento de furia y gesto tan desesperado, que Razumikin no se atrevió á insistir. Permaneció algún tiempo á la puerta, siguiendo con mirada sombría á Rascolnikof, que se dirigía á su "perenlok." Por último, rechinando los dientes y prometiéndose estrujar á Porfirio como se estruja un limón, subió á casa de las dos señoras, para tranquilizar á Pulqueria Alexandrovna, ya inquieta á causa de su ausencia.



CUARTA PARTE

I

Quando Rascolnikof llegó ante su casa, sus sienes estaban bañadas de sudor y respiraba penosamente. Subió de cuatro en cuatro los escalones, entró en su aposento y se encerró por dentro. En seguida, lleno de terror, se dirigió á un escondite, metió en él la mano y registró con detenimiento. No encontrando nada, se levantó y exhaló un suspiro de satisfacción. Cuando subía á la casa de Bakaleief, se le había ocurrido la idea de que uno de los objetos robados podía hallarse escondido en cualquier grieta de la pared.....

Permanecía como sumido en un vago ensueño, y una sonrisa extraña erraba por sus labios. Por último, salió del aposento. Sus ideas se embrollaban. Bajó pensativo la escalera, y se detuvo en el dintel de la puerta.

—¡Mirad! ¡Aquí está!—gritó una voz fuerte.

El joven levantó la cabeza.

—¿Es que llegarán á agradarme tales cuestiones?— pensaba.

Pero, casi al mismo tiempo, fué invadido por una súbita inquietud, que pronto se hizo intolerable. Los jóvenes estaban á la puerta de la casa Bakaleief.

—Entra tú solo—dijo bruscamente Rascolnikof.— Vuelvo en seguida.

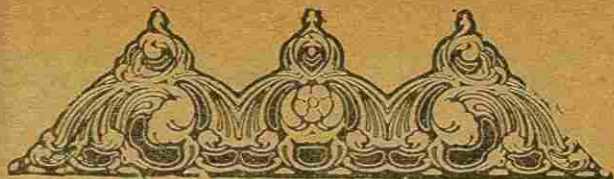
—¿A dónde vas?

—Tengo una cosa que hacer.... Estaré aquí dentro de media hora..... Las dirás que.....

—¿Te acompañó!

—¿Cómo! ¿Tú también te has propuesto perseguirme hasta que muera?

Esta exclamación fué proferida con tal acento de furia y gesto tan desesperado, que Razumikin no se atrevió á insistir. Permaneció algún tiempo á la puerta, siguiendo con mirada sombría á Rascolnikof, que se dirigía á su "perenlok." Por último, rechinando los dientes y prometiéndose estrujar á Porfirio como se estruja un limón, subió á casa de las dos señoras, para tranquilizar á Pulqueria Alexandrovna, ya inquieta á causa de su ausencia.



CUARTA PARTE

I

Quando Rascolnikof llegó ante su casa, sus sienes estaban bañadas de sudor y respiraba penosamente. Subió de cuatro en cuatro los escalones, entró en su aposento y se encerró por dentro. En seguida, lleno de terror, se dirigió á un escondite, metió en él la mano y registró con detenimiento. No encontrando nada, se levantó y exhaló un suspiro de satisfacción. Cuando subía á la casa de Bakaleief, se le había ocurrido la idea de que uno de los objetos robados podía hallarse escondido en cualquier grieta de la pared.....

Permanecía como sumido en un vago ensueño, y una sonrisa extraña erraba por sus labios. Por último, salió del aposento. Sus ideas se embrollaban. Bajó pensativo la escalera, y se detuvo en el dintel de la puerta.

—¡Mirad! ¡Aquí está!—gritó una voz fuerte.

El joven levantó la cabeza.

El portero, de pie en el umbral de su garita, mostraba á Rascolnikof á un hombre de corta estatura, aspecto burgués y que parecía haber pasado de los cincuenta.

—¿Qué hay?—preguntó Rascolnikof, aproximándose al portero.

El burgués le miró de soslayo, le examinó prolongadamente, y luego, sin proferir una palabra, volvió la espalda y se alejó.

—Pero ¿qué significa esto?—gritó Rascolnikof.

—Que ese hombre ha venido á preguntar por vos, que habéis bajado, que os he mostrado á él y que se marcha. . . . Nada más!

Rascolnikof echó á andar tras el burgués. Pronto le alcanzó, porque el desconocido iba despacio; pero, durante algún tiempo, se limitó á seguirle; por fin se colocó á su lado y le miró de reojo. El burgués lo notó al punto; le dirigió una rápida mirada, y bajó luego la vista. Por espacio de un minuto, caminaron brazo con brazo sin decirse palabra.

—¿Habéis preguntado por mí?—comenzó Rascolnikof, sin levantar la voz.

El burgués no respondió, ni siquiera miró á quien le hablaba.

Siguió un nuevo silencio.

—¿Habéis preguntado por mí. . . . me veis. . . . y calláis? ¿Qué quiere decir esto?—agregó Rascolnikof con voz entrecortada; hubiérase dicho que las palabras salían con trabajo de su boca.

El burgués miró al joven con aire siniestro.

—¡Asesino!—dijo bruscamente, y en voz baja, pero clara y distinta.

Rascolnikof iba á su lado. Sintió súbitamente que sus piernas se debilitaban, y que un escalofrío corría por su espalda; durante un segundo, su corazón tuvo una especie de colapso; luego empezó á latir con violencia extraordinaria. Anduvieron unos cien pasos el uno al lado del otro, sin pronunciar una palabra.

El burgués no miraba á su compañero.

—Pero ¿qué es lo que decís? . . . ¡Cómo! ¿Quién es un asesino?—balbuceó Rascolnikof, con voz casi ininteligible.

—¡Tú eres un asesino!—exclamó el otro, acentuando la réplica con más claridad y energía que antes.

A la vez parecía llevar en los labios una sonrisa del odio triunfante, y con fijeza miraba á Rascolnikof, cuyos ojos se habían tornado vidriosos.

El burgués tomó otra calle. Rascolnikof le dejó marchar, pero siguiéndole con la vista por espacio de algún tiempo.

Después de haber andado cincuenta pasos, el burgués se volvió para mirar al joven, que seguía clavado en el mismo sitio. La distancia no permitía verle bien; sin embargo, Rascolnikof creyó notar que aquel individuo seguía mirándole con su sonrisa de odio frío y victorioso.

Transido de terror, y temblándole las piernas, regresó como pudo á su casa. En medio de su aposento permaneció, en pie é inmóvil, por espacio de diez minutos. Luego, falto de fuerzas, se echó lánguidamente sobre el diván, exhalando un débil suspiro.

Precipitados pasos dejáronse oír al cabo de media hora, y una voz, la de Razumikin, llegó á oídos del joven. Cerró los ojos, y aparentó dormir. Razumikin abrió la puerta, y durante algunos minutos permaneció en el umbral, como si no supiera qué hacer. Por fin se resolvió; entró andando despacio en el aposento, y se acercó al diván.

—No le despiertes, déjale dormir hasta que se harte; luego comerá—dijo en voz baja Nastasia.

—Tienes razón—dijo Razumikin.

Saliéron de puntillas, y entornaron la puerta.

Transcurrió otra media hora; Rascolnikof abrió los ojos.

—¿Quién es? ¿Quién es ese hombre salido de bajo la tierra? ¿Dónde estaba, y qué ha visto? Todo lo ha visto, es indudable. ¿Dónde estaba, entonces? ¿Desde dónde vió aquella escena? ¿Cómo es que antes no ha dado señal de vida? ¿Y cómo pudo verlo? ¿Acaso es posible?... ¡Hum!...—continuó Rascolnikof, con glacial estremecimiento.—¿Y el estuche que Mikolay encontró tras de la puerta? ¿Podía esperar esto?

Se sentía desfallecer; notaba que sus fuerzas físicas le abandonaban, y experimentó un violento disgusto de sí mismo.

—Debía haber pensado en esto—se dijo con sonrisa amarga.—¿Cómo me atreví, conociéndome, previendo lo que debía ocurrir, cómo me atreví á matar? Obligado estaba á prevenir esto.... ¡Y lo sabía!—murmuraba desesperado.

A cada instante le asaltaba un pensamiento:

—¡No; las personas no están del mismo modo cons-

tituidas; el verdadero “dominador,” á quien todo le está permitido, bombardea Tolón, asuela París, “olvida” un ejército en Egipto, pierde medio millón de hombres en la campaña de Moscou, escapa por milagro en Vilna, gracias á un “quid pro quo.” Y después de su muerte, se le erigen estatuas.... Señal de que “todo” le está permitido. ¡No; tales hombres no están hechos de carne, sino forjados en bronce.

Una idea que se le ocurrió súbitamente, casi le hizo reír.

—Napoleón, las Pirámides, Waterloo..... y una vieja, viuda de un registrador, una innoble usurera... ¡Cómo se le atravesaría semejante comparación al tal Porfirio!... ¡La estética la rechaza!... ¿Acaso Napoleón se hubiera deslizado bajo la cama de una vieja?—diría él.—¡Qué simpleza!

De vez en cuando comprendía que casi deliraba, que se hallaba en un estado de febril exaltación.

—La usurera, ¡qué importa!—se decía en ocasiones.—Supongamos que aquello fué un error, ¿no se trata de esto! La vieja no fué otra cosa que un obstáculo.... Quería saltarlo lo antes posible.... ¡No fué un ser humano, sino un principio, lo que maté! ¡Maté el principio, mas no supe pasar por encima de él; quedé al otro lado!... ¡Sólo supe matar! ¿Un principio? ¿Por qué el imbécil de Razumikin atacaba no hace mucho á los socialistas? Son hombres laboriosos de negocios; “se ocupan de la dicha común....” ¡No; sólo tengo una dicha; no quiero esperar “la dicha universal.” Quiero vivir para mí mismo; de otro modo, preferible es no existir. No quiero pasar la vida

junto á una madre hambrienta, guardando mi dinero en mi bolsillo, bajo pretexto de que llegará día en que todo el mundo será feliz. “Traigo—se dice—mi piedra al edificio universal, y esto basta para que mi corazón esté tranquilo.” ¡Ja ja! ¿Por qué, pues, me habéis olvidado? Puesto que yo sólo he de vivir cierto tiempo, quiero en seguida la parte de dicha que me toca. . . . ¡Eh! Soy un gusano estético, nada más—añadió, riendo como un loco.

Y se aferró á aquella idea; experimentó un verdadero placer dándola vueltas en todos sentidos, considerándola bajo todos los aspectos.

—Sí, soy un gusano; por eso medito en primer lugar sobre la cuestión de saber si, en efecto, soy mío; durante todo un mes he molestado á la divina Providencia, tomándola por testigo de que me decidía á aquella empresa, no para procurarme satisfacciones materiales, sino persiguiendo un fin grandioso. ¡Ja, ja! Además, en la ejecución procedí con tanta justicia como era posible: entre todos los gusanos, escogí el más nocivo, y al matarle, pensaba tomar lo que necesitaba tomar para mis comienzos en la vida; ni más, ni menos (el resto, hubiera ido al monasterio al que la vieja lega su fortuna. ¡Ja, ja!) Decididamente, soy un gusano—agregó, rechinando los dientes,—porque quizá sea más vil y más innoble que el gusano que maté, y porque “presentía” que, después de matarle, me diría esto mismo! ¿Y hay nada comparable á un terror semejante? ¡Oh, bajeza, bajeza! ¡Cómo comprendo á Mahoma á caballo, blandiendo la cimitarra! ¡Alá lo quiere! ¡Obedece, “temblorosa” cria-

tura! ¡Tiene razón, tiene razón el Profeta, cuando forma un buen escuadrón en la calle y zurra indistintamente á justos y á culpables, sin dignarse dar explicaciones! ¡Obedece, temblorosa criatura, y “guárdate de tener voluntad,” porque eso no te incumbe! ¡Oh, nunca, nunca perdonaré á la vieja!

Sus cabellos estaban empapados en sudor; sus labios se agitaban, su inmovil mirada no se apartaba del techo.

—¡Madre mía, hermana mía! ¡Cuánto las amaba! ¿En qué consiste que ahora las detesto? Sí, las detesto, las odio físicamente; no puedo sufrirlas cerca de mí. . . . En cuanto me acerco á mi madre y la abrazo, recuerdo. . . . ¡Abrazarla, y pensar que si ella supiera! ¡Oh, cuánto odio á la vieja! ¡Creo que la mataría nuevamente, si resucitara! ¡Pobre Isabel! ¿Por qué la llevó allí la casualidad? Extraño es, sin embargo, que apenas piense en ella, como si no hubiera sido mi víctima. ¡Isabel! ¡Sonia! ¡Pobres, gratas criaturas de dulces ojos! ¡Queridas! ¿Por qué no lloran? ¿Por qué no gimen? Víctimas resignadas, lo sufren todo en silencio. . . . ¡Sonia, Sonia, dulce Sonia!

Perdió la conciencia de sí mismo, y, con gran sorpresa, vió que estaba en la calle, caminando, en una noche de luna, triste y preocupado. Recordaba que había salido de casa con un objeto, que tenía que hacer algo urgente; pero ¿qué? Lo había olvidado. Bruscamente se detiene, y advierte que un hombre que va por la otra acera le hace señas con la mano. Atraviesa la calle para unirse á él; pero de repente, el otro vuel-

ve la cabeza, y, como si á nadie hubiera mirado, sigue caminando con la vista clavada en el suelo.

—¿Me habré engañado?—piensa Rascolnikof.

Le sigue, sin embargo, y antes de dar diez pasos le reconoce y quédase aterrado: era el burgués de antes. Rascolnikof, cuyo corazón latía con fuerza, marchaba á alguna distancia de él; entran en un "perenlok." El hombre no volvía atrás la vista.

—¿Sabe que le sigo?—pensaba Rascolnikof.

El burgués franquea el umbral de la puerta de una gran casa. Rascolnikof se adelanta de prisa hacia la puerta, y mira hacia adentro, pensando que sería probable que el misterioso personaje le llamase. Efectivamente, cuando el burgués se halló en el patio, volvióse bruscamente y pareció que llamaba al joven con el gesto. Este se apresuró á entrar en la casa; pero al llegar al patio, no encontró ya al burgués. Presumiendo que aquel hombre tomara la primera escalera, Rascolnikof sube por ella. En efecto, dos pisos más arriba suenan pasos lentos y regulares. ¡Cosa extraña: cree reconocer aquella escalera! Este es el segundo piso... ¡El cuarto en que trabajaban los pintores! ¿Cómo no reconoció al momento la casa? Los pasos del personaje que le precedía dejaron de resonar.

—De consiguiente, se ha detenido ó entrado en alguna parte. Esta es el tercer piso. ¿Subiré más arriba? ¡Qué silencio más horrible!

Sin embargo, sigue subiendo. El ruido de sus mismos pasos le da miedo.

—¡Dios mío, qué obscuridad! El burgués ha debido ocultarse en algún rincón. ¡Ah!

La habitación estaba desierta. Rascolnikof reflexionó un instante, luego entró. La antesala se hallaba completamente vacía y muy lóbrega. El joven pasa á la sala andando de puntillas. La luz de la luna daba de lleno sobre aquella pieza, y la alumbraba por completo; los muebles no habían cambiado. Rascolnikof esperó mucho tiempo, en medio de un silencio profundo. De pronto oye un ruido seco, parecido al de una copa que se rompe; vuelve á reinar el silencio. Una mosca zumba en los vidrios de la ventana. En aquel instante mismo, en el rincón, entre el pequeño armario y la ventana, cree ver una capa de señora pendiente de la pared.

—¿Por qué está ahí esa capa?—piensa.—Antes no estaba....

Se acerca silenciosamente, sospechando que tras ella se ocultara alguien. Separando con precaución la capa, vió una silla, y sobre la silla, sentada, á la vieja. Estaba como doblada por la cintura, y con la cabeza tan baja, que no pudo ver su rostro; pero era, efectivamente, Alena Ivanovna.

—¡Tiene miedo!—se dijo Rascolnikof.

Y desatando el hacha del nudo corredizo, dió dos hachazos á la vieja. Pero, cosa extraña, los golpes no la hicieron moverse; hubierase dicho que era de madera. Estupefacto, el joven se inclinó para examinarla; pero ella bajó más la cabeza. Encorvóse hasta dar contra el suelo, la miró de arriba abajo, y viendo su rostro, quedóse aterrado: la vieja reía, sí; reía con risa silenciosa, haciendo grandes esfuerzos para no ser oída. De repente, le pareció á Rascolnikof que la puer-

ta del aposento estaba abierta, que allí también reían y cuchicheaban. La rabia apoderóse de él, y con todas sus fuerzas empezó á dar hachazos en la cabeza de la vieja; pero á cada golpe, las risas y los cuchicheos de la alcoba eran más distintos; la vieja, por su parte, se retorció de tanto reír. Quiso escapar, pero la antesala estaba llena de gente; la puerta principal se hallaba abierta. En el rellano, en la escalera, de arriba abajo, había infinidad de personas. Todos miraban, pero todos estaban ocultos y escuchaban en silencio. Su corazón se oprimió, sus pies se clavaron en el suelo. . . . Quiso gritar, y despertó.

Respiró con esfuerzo; pero creía no haber dejado de soñar, cuando de repente, en pie en el umbral de la puerta, abierta de par en par, vió que había un hombre á quien él no conocía, y que le miraba atentamente.

Rascolnikof no había tenido tiempo de abrir los ojos, cuando volvió á cerrarlos de pronto, sin moverse del diván.

—¿Es la continuación de mi ensueño?—pensó.

Y entreabrió los párpados para dirigir una mirada tímida al desconocido.

Este, siempre en el mismo sitio, no dejaba de observarle. De pronto franqueó el umbral, cerró tras sí la puerta, se acercó á la mesa, y después de esperar un minuto, tomó asiento en una silla, cerca del diván, sin hacer ruido. Mientras hacía todo esto, no había apartado la mirada de Rascolnikof. Luego dejó el sombrero en el suelo, á su lado; apoyó ambas manos en el puño del bastón, y dejó caer la barba sobre las manos,

como aquel que se dispone á esperar mucho tiempo.

Según lo que Rascolnikof había podido juzgar por una furtiva mirada, aquel hombre no era joven; parecía robusto, y usaba espesa barba, de un rubio casi albino.

Transcurrieron dos minutos. Aún se veía, pero íbase haciendo tarde. En la habitación reinaba el más profundo silencio. Ningún ruido partía de la escalera. Sólo se oía el zumbido de una mosca que, revoloteando, había tropezado con las vidrieras de la ventana. Aquello se hacía insoportable. Rascolnikof no pudo contenerse; de pronto quedó sentado en el diván.

—Vamos, hablad; ¿qué deseáis?

—Perfectamente sabía que vuestro sueño era un fingimiento—respondió el desconocido, con tranquila sonrisa.—Permitid que me presente: Arcadio Ivanovitch Svidrigailof. . . .

II

—¿Estoy bien despierto?—pensó nuevamente Rascolnikof, que miraba con semblante de desconfianza al visitante inesperado.

—¿Svidrigailof? ¡Vamos, no es posible!—dijo por fin, en voz alta, no atreviéndose á dar crédito á sus oídos.

Tal exclamación pareció no causar sorpresa ninguna al extraño.

—He venido á veros por dos razones: en primer lu-

ta del aposento estaba abierta, que allí también reían y cuchicheaban. La rabia apoderóse de él, y con todas sus fuerzas empezó á dar hachazos en la cabeza de la vieja; pero á cada golpe, las risas y los cuchicheos de la alcoba eran más distintos; la vieja, por su parte, se retorció de tanto reír. Quiso escapar, pero la antesala estaba llena de gente; la puerta principal se hallaba abierta. En el rellano, en la escalera, de arriba abajo, había infinidad de personas. Todos miraban, pero todos estaban ocultos y escuchaban en silencio. Su corazón se oprimió, sus pies se clavaron en el suelo. . . . Quiso gritar, y despertó.

Respiró con esfuerzo; pero creía no haber dejado de soñar, cuando de repente, en pie en el umbral de la puerta, abierta de par en par, vió que había un hombre á quien él no conocía, y que le miraba atentamente.

Rascolnikof no había tenido tiempo de abrir los ojos, cuando volvió á cerrarlos de pronto, sin moverse del diván.

—¿Es la continuación de mi ensueño?—pensó.

Y entreabrió los párpados para dirigir una mirada tímida al desconocido.

Este, siempre en el mismo sitio, no dejaba de observarle. De pronto franqueó el umbral, cerró tras sí la puerta, se acercó á la mesa, y después de esperar un minuto, tomó asiento en una silla, cerca del diván, sin hacer ruido. Mientras hacía todo esto, no había apartado la mirada de Rascolnikof. Luego dejó el sombrero en el suelo, á su lado; apoyó ambas manos en el puño del bastón, y dejó caer la barba sobre las manos,

como aquel que se dispone á esperar mucho tiempo.

Según lo que Rascolnikof había podido juzgar por una furtiva mirada, aquel hombre no era joven; parecía robusto, y usaba espesa barba, de un rubio casi albino.

Transcurrieron dos minutos. Aún se veía, pero íbase haciendo tarde. En la habitación reinaba el más profundo silencio. Ningún ruido partía de la escalera. Sólo se oía el zumbido de una mosca que, revoloteando, había tropezado con las vidrieras de la ventana. Aquello se hacía insoportable. Rascolnikof no pudo contenerse; de pronto quedó sentado en el diván.

—Vamos, hablad; ¿qué deseáis?

—Perfectamente sabía que vuestro sueño era un fingimiento—respondió el desconocido, con tranquila sonrisa.—Permitid que me presente: Arcadio Ivanovitch Svidrigailof. . . .

II

—¿Estoy bien despierto?—pensó nuevamente Rascolnikof, que miraba con semblante de desconfianza al visitante inesperado.

—¿Svidrigailof? ¡Vamos, no es posible!—dijo por fin, en voz alta, no atreviéndose á dar crédito á sus oídos.

Tal exclamación pareció no causar sorpresa ninguna al extraño.

—He venido á veros por dos razones: en primer lu-

gar, deseaba conoceros personalmente, por haber oído hablar de vos hace mucho tiempo y en términos muy halagüeños; en segundo lugar, porque confío en que quizá no me negaréis vuestra ayuda para una empresa que toca directamente á los intereses de vuestra hermana Adyotia Romanovna. Solo, sin recomendación de nadie, trabajo me hubiera costado ser recibido por ella, ahora que está prevenida contra mí; mas, gracias á vos, presumo que la cosa cambiará.

—Hacéis mal en contar conmigo—replicó Rascolnikof.

—¿Llegaron ayer mismo vuestra madre y vuestra hermana? Permitid que os haga esta pregunta.

Rascolnikof no respondió.

—Vinieron ayer, lo sé. Yo estoy aquí desde anteayer. Bueno; he aquí lo que respecto á esto tengo que deciros, Rodion Romanovitch. Creo superfluo justificarme; pero permitid que os lo pregunte: ¿qué hay de tan particularmente criminal—por mi parte, se entiende—en todo aquello, si las cosas se aprecian imparcialmente y sin prejuicios?

Rascolnikof seguía contemplándole en silencio.

—Me diréis ¿verdad? que perseguí en mi casa á una joven indefensa, y que “la insulté con proposiciones deshonorosas.” (¡Me adelanto á vuestra acusación!) Pero considerad solamente que soy hombre, y “nihil humanum...”. En una palabra, soy susceptible de sufrir un impulso, de enamorarme (cosa, sin duda, independiente de nuestra voluntad), y todo se explica del modo más natural. La cuestión es ésta: ¿soy un monstruo? ¿Soy una víctima? ¿Con seguridad que soy víc-

tima! Cuando al objeto de mi amor le proponía que huyera conmigo á América ó á Suiza, abrigaba respecto á ella los sentimientos más respetuosos, y pensaba en asegurar nuestra dicha común... La razón es esclava de la pasión; yo fui el perjudicado por mi mismo.

—No se trata de eso—replicó, disgustado, Rascolnikof.—Tengáis ó no razón, ello me es igualmente odioso. No quiero conoceros, y os debéis dar por despedido. ¡Salid de aquí!

—¿No hay modo de engañaros!—dijo con franca alegría.—Quise hacerme el malicioso. ¡Pero con vos no es posible serlo!

—Aún estáis intentando hacerlo.

—Bueno, ¿y qué?—agregó Svidrigaylof, riendo de todas ganas.—Guerra galana, como suele decirse; ¡la malicia está permitida!... Pero no me habéis dejado acabar: volviendo á lo que decía hace poco, nada desagradable hubiera ocurrido sin el incidente del jardín. Marfa Petrovna.....

—Se dice que vos la habéis matado—interrumpió brutalmente Rascolnikof.

—¡Ah! ¿se os habló ya de eso? Verdaderamente no tiene nada de extraño..... Nada tengo que contestar á la pregunta que me hacéis, aun cuando mi conciencia esté perfectamente tranquila sobre este particular. Y no vayáis á creer que temo las consecuencias de este asunto: las formalidades de ritual han sido practicadas del modo más minucioso; el dictamen facultativo ha probado que la difunta murió de un ataque de apoplejía, provocado por un baño que tomó después de

comer. No, no es eso lo que me inquieta. Pero muchas veces, sobre todo cuando el tren marchaba, me pregunté si no había contribuído moralmente á aquella. . . . desgracia, sea dando un disgusto á mi mujer, sea de cualquier otro modo semejante. He concluído por decirme que no era posible esto.

Rascolnikof se echó á reír.

—¿Qué es lo que os preocupa?

—¿Por qué os reís? Le di dos latigazos que no la dejaron señal. . . . No me tengáis por un cínico, os lo ruego; sé perfectamente lo que es innoble por mi parte; pero también sé que mis accesos de furia no desagradaban á Marfa Petrovna. Cuando ocurrió aquello con vuestra hermana, mi mujer pregonó el suceso por toda la ciudad. ¡Entonces fué cuando los latigazos cayeron como del cielo!

Hubo un instante en que Rascolnikof pensó en levantarse y salir, á fin de poner término á la conversación. Pero cierta curiosidad, y hasta algo de cálculo, le persuadieron á tener un poco de paciencia.

—¿Os gusta manejar el látigo?—preguntó distraído.

—No, no mucho—respondió tranquilamente Svidrigaylof.—Casi nunca tenía disputas con Marfa Petrovna. Vivíamos bien; ella estaba contenta de mí. En nuestros siete años de vida común, no me serví del látigo más que dos veces (dejo aparte un tercer caso, muy dudoso, por cierto). Fué la primera dos meses después de nuestro matrimonio, cuando acabábamos de instalarnos en el campo; la segunda y última vez, con el motivo que ha poco recordé. ¿Me habíais ya

tomado por un monstruo, por un retrógrado, por un partidario de la esclavitud? ¡Je, je!

Para Rascolnikof, aquel hombre tenía un proyecto firmemente decidido, y era un gatazo de fino olfato.

—Debéis haber pasado muchos días consecutivos sin hablar con nadie—dijo Rascolnikof.

—Algo de verdad hay en vuestra conjetura. Pero ¿verdad que os admira que tenga buen carácter?

—Hasta me parece que le tenéis demasiado bueno.

—¿Porque no me he formalizado, en vista de la grosería de vuestras preguntas? Bueno, ¿y qué? ¿Por qué me he de ofender? Como me preguntasteis, respondí—añadió Svidrigaylof, con singular expresión de bondad.—Hablando con verdad, nada me afecta—continuó, con aire pensativo.—Ahora, especialmente, nada me preocupa. . . . Por otra parte, libre sois de pensar que trato de conquistaros; tanto más cuanto que tengo algo que resolver con vuestra hermana, como ya os he dicho. Pero os confieso francamente que me fastidio mucho, sobre todo desde hace tres días, razón por la cual celebro infinito haberos encontrado. . . . No os enfadéis, Rodion Romanovitch, si os confieso que vos me parecéis muy raro. Hay en vos algo extraordinario; especialmente ahora, es decir, no en este instante, sino hace algún tiempo. . . . ¡Vaya, vaya, me calto, no frunzáis las cejas! ¡No soy tan oso como creéis!

—Quizá no lo seáis—dijo Rascolnikof.—Diré más: me parece que sois un hombre de muy buena sociedad, ó al menos, que sabéis ser "comme il faut" en ocasiones.

—No me preocupa la opinión de nadie—replicó Svidrigaylof en tono seco y ligeramente desdeñoso.— De consiguiente, ¿por qué no tomar los modales de un hombre mal educado, en un país donde son tan cómodos, y . . . y sobre todo, cuando á ello se tiene una propensión natural?—agregó riendo.

Rascolnikof le miraba de un modo sombrío.

—He oído decir que conocéis aquí á muchas personas. No sois lo que se llama un "hombre sin relaciones." Y en este supuesto, ¿qué venís á hacer á mi casa, si ningún objeto tenéis?

—Verdad es, como decís, que tengo aquí conocidos—respondió el visitante, sin contestar á la principal pregunta que se le dirigía.—Tres días hace que me paseo por las calles; he encontrado á algunos de ellos, les he reconocido y creo que me han reconocido también. Me gusta vestir convenientemente; se me tiene por rico; la abolición de la esclavitud nos ha arruinado; sin embargo . . . no es mi objeto reanudar antiguas relaciones; ya me eran insoportables hace tiempo. Estoy aquí desde anteayer, y aún no me he acordado de nadie. ¿No; preciso será que se pasen sin mi presencia! Por otra parte, ¿qué placer hay en jugar?

—¡ Ah! ¿jugáis?

—¿Qué duda cabe! Hace ocho años, éramos toda una sociedad; nos pelábamos de lo lindo. ¿Habéis notado que en Rusia las personas del mejor tono son tramposos? En aquella época, un griego de Mejin, á quien debía 70,000 rublos, me hizo prender por deudas. En esto intervino Marfa Petrovna. Entró en arreglos con mi acreedor, y mediante 30,000 rublos, que ella le dió,

obtuve mi libertad. Nos unimos en legítimo matrimonio, después del cual me llevó al campo, para esconderme como se esconde un tesoro. Tenía cinco años más que yo, y me amaba mucho. Durante siete años no me moví del pueblo. Os advierto que mientras vivió conservó el pagaré rescatado, y me hubiera hecho atrapar en cuanto hubiese yo tratado de romper el yugo. ¡Oh, á pesar de su afecto, no hubiera vacilado! Las mujeres incurren en estas contradicciones.

—Si no os hubiera tenido de tal modo sujeto, ¿la hubiérais abandonado?

—No sé qué responderos. El documento no me preocupaba mucho. No tenía deseos de ir á ninguna parte. Viendo que me fastidiaba, trató dos veces de hacerme viajar por el extranjero. Pero yo había recorrido Europa, que siempre me desagradó espantosamente. Allí, indudablemente, los grandes espectáculos de la Naturaleza despiertan vuestra admiración; pero mientras contempláis una salida de sol, el mar, la bahía de Nápoles, os sentís triste, y lo peor es que no sabéis por qué. Se está mejor aquí, donde uno acusa á los demás para justificarse á sí mismo. Quizá vaya al polo Norte, porque el vino, que era mi sólo recurso, ha concluido por cansarme. Pero se dice que mañana hay una ascensión aerostática en el jardín Iusupof. Al parecer, Berg se propone llevar á cabo un gran viaje aéreo, y admite compañeros, mediante cierta cantidad. ¿No es cierto?

—¿Tenéis ganas de ir en globo?

—No, no. . . . sí. . . . —murmuró Svidrigaylof, que parecía otra vez pensativo.

—¿Qué clase de hombre es éste?—pensó Rascolnikof.

—No, la letra de cambio no me preocupaba—continuó Svidrigaylof.—Con motivo de mi santo, Marfa Petrovna me la devolvió, agregando algún dinero, á guisa de regalo. Yo cumplía muy bien mis deberes de propietario rural; soy muy conocido en el país. Además, para no estar desocupado, encargaba libros á la ciudad. Al principio, Marfa Petrovna aprobaba mi gusto por la lectura; más adelante, llegó á temer que me fatigase la excesiva aplicación.

—Al parecer, la muerte de vuestra esposa ha dejado en vos un vacío.

—¿En mí? Quizá. Es posible. A propósito, ¿creéis en las apariciones?

—¿En qué apariciones?

—En las apariciones, en el sentido ordinario de la palabra.

—¿Y vos?

—Sí y no; no creo, pero sin embargo.....

Svidrigaylof miró á su interlocutor con aire extraño.

—Marfa Petrovna me visita—dijo.

Y su boca se torció con una sonrisa indefinible.

—¿Cómo que os visita?

—Sí, tres veces la he visto ya. La primera, el día mismo del entierro, una hora después de volver del cementerio. Era la víspera de mi viaje. La oí luego durante mi excursión; se me apareció anteayer, en la estación de Malaia Viehera; la tercera vez, hace dos

horas, en la habitación donde estoy alojado; estaba solo.

—¿Despierto?

—Completamente. Despierto la he visto las tres veces. Llega, me habla un momento y se va, siempre por la puerta. Me parece oírla andar.

—¡Ya me decía yo que debían ocurrir cosas de estas!—dijo bruscamente Rascolnikof.

Y en el instante mismo quedóse admirado de haber proferido aquellas palabras. Estaba muy agitado.

—¿De veras? ¿Pensabais eso?—preguntó, sorprendido, Svidrigaylof.—¿Es posible? Luego ¿no tenía yo razón al decir que entre nosotros había puntos de contacto?

—¡No habéis dicho semejante cosa!—replicó, indignado, Rascolnikof.

—¿No lo he dicho?

—No.

—Creo que sí. No hace mucho, cuando entré aquí y os vi echado, con los ojos cerrados y fingiendo dormir, me dije: “¡Lo mismo que yo!”

—“¡Lo mismo!” ¿Y qué significa eso? ¿A qué aludís?

—¿A qué? A nada..... no sé.....—balbuceó Svidrigaylof, algo turbado.

Ambos se miraron por espacio de un minuto.

—¡Nada significa todo eso!—agregó, encolerizado, Rascolnikof.—¿Qué es lo que os dice ella cuando os visita?

—¿Ella? Me habla de futilidades, de cosas insignificantes; y ved lo que es el hombre: esto me enfada.

Ayer, en su última aparición, la dije: "Marfa Petrovna, quiero casarme de nuevo."—"Libre sois, Arcadio Ivanovitch; mas nada os honraréis casándoos nuevamente, haciendo tan poco tiempo que enviudasteis; aun cuando acertarais en la elección, sólo os conquistarais el desprecio de las personas honradas." Dicho esto, salió; creí oír el roce de su ropa. ¿No es verdad que resulta esto gracioso?

—Dudo que digáis verdad—observó Rascolnikof.

—Yo rara vez miento—replicó Svidrigaylof, con aire pensativo, y sin parecer notar lo grosero de la observación.

—Y antes de esto, ¿no habéis tenido nunca apariciones?

—Una sola vez, hace seis años. Murió un criado mío llamado Filka; le acababan de enterrar. "¡Mi pipa, Filka!"—grité distraído.—Entró, y fué derecho al armario donde guardaba mis utensilios de fumador. "Está resentido conmigo," pensé, porque poco antes de su muerte habíamos tenido un altercado. "¿Cómo te atreves, le dije, a presentarte ante mí con un traje roto por los codos? ¡Vete, granuja!" Dió media vuelta, salió y no volvió. No dije nada á Marfa Petrovna. Mi primera intención fué mandarle decir una misa, pero al momento reflexioné que aquello hubiera sido una puerilidad.

—Id á ver á un médico.

—Vuestra observación es superflua. Ya comprendo bien que estoy enfermo, aunque, hablando con verdad, no sepa de qué; pero me figuro que estoy cinco veces mejor que vos. No os pregunté: ¿creéis que se pueden

ver fantasmas? Mi pregunta fué ésta: ¿creéis en los aparecidos?

—No, no creo—replicó vivamente, y hasta con ira, nuestro héroe.

—¿Y cómo explicáis esto?—murmuró, á modo de soliloquio, Svidrigaylof, que, con la cabeza algo inclinada, miraba á un lado.—Se os dice: "Estáis enfermo; de consiguiente, lo que os ocurre es que soñáis, que deliráis." Lo cual no es razonar con buena lógica. Admito que los fantasmas no se manifiesten más que á los enfermos; y esto precisamente prueba que es necesario estar enfermo para verlos, no que ellos existan realmente.

—¡Cierto que no existen!—agregó, violentamente, Rascolnikof.

Svidrigaylof le contempló prolongadamente.

—¿No existen? ¿Esa es vuestra opinión? Pero no podría decirse: "Las apariciones son, en alguna manera, fragmentos, trozos de otros mundos. El hombre sano naturalmente, no hay razón para que las vea, puesto que el hombre sano es, sobre todo, un ser material, y de consiguiente, para que su vida sea normal, debe vivir únicamente la vida de aquí abajo; mas en cuanto enferma, en cuanto se quebranta el orden moral, terrestre de su organización, comienza á manifestarse la posibilidad de otro mundo; á medida que se agrava su enfermedad, su contacto con el otro mundo se multiplica, hasta que la muerte le hace entrar en él por completo." Mucho tiempo ha que me hice este razonamiento, y si creéis en la vida futura, nada os impide admitirlo.

—No creo en la vida futura—dijo Rascolnikof. Svidrigaylof pensaba.

—¿Si no habrá allí arañas y otras cosas por el estilo?...—dijo de pronto.

—Está loco—pensó Rascolnikof.

—Siempre nos representamos la eternidad como una idea incomprensible, inmensa, ¡inmensa! ¿Por qué ha de ser inmensa necesariamente? En lugar de todo esto, figuraos un pequeño aposento, algo así como un gabinetito de baño, ennegrecido por el humo, con telarañas en los rincones, y he ahí toda la eternidad. Yo, al menos, de este modo la imagino muchas veces.

—¡Cómo! ¿Es posible que no tengáis una idea más consoladora y más justa de esas cosas?—exclamó Rascolnikof, con sentimiento de malestar.

—¿Más justa? ¡Quién sabe! Quizá ese punto de vista sea el verdadero; y lo sería si de mí dependiese—respondió Svidrigaylof con vaga sonrisa.

Tan siniestra respuesta hizo correr un vago estremecimiento por todos los miembros de Rascolnikof.

Svidrigaylof alzó la cabeza, miró fijamente al joven y prorrumpió en una carcajada.

—¡Es esto curioso!—exclamó.—Nos conocemos hace una hora, no nos habíamos visto, nos considerábamos enemigos, ¡y de repente nos ponemos á filosofar! ¡Cuando yo os decía que somos dos plantas del mismo sembrado!...

—Perdón—dijo el joven en tono agrío.—Hacedme el favor de explicarme sin tardanza á qué debo el honor de vuestra visita..... Tengo prisa, debo salir.

—Sea. ¿Vuestra hermana va á casarse con Lugin, Pedro Petrovitch?

—Os ruego que prescindáis de mi hermana en esta conversación. No comprendo ni aun cómo os atrevéis á nombrarla en mi presencia, si, en efecto, sois Svidrigaylof.

—¡Pero si vine á hablaros de ella! ¿Cómo no nombrarla?

—Está bien; hablad, pero pronto.

—Ese señor Lugin es pariente mío político. Seguro estoy de que tenéis formada vuestra opinión respecto de él, si es que le habéis visto ó alguna persona digna de crédito os habló de él. No es partido que convenga á Advotia Romanovna. A mi entender, vuestra hermana se sacrifica de un modo tan magnánimo como extremado; se inmola por..... su familia. Sabiendo lo que de vos se me había dicho, presumía que la ruptura de este matrimonio os agradaría, si ella pudiera corregirse sin perjuicio para los intereses de vuestra hermana. Ahora que os conozco, ninguna duda me queda sobre esto.

—Viniendo de vuestra parte, todo eso es muy sencillo..... Perdonad, quise decir muy atrevido—replicó Rascolnikof.

—¿Es decir, que me suponéis con miras interesadas? Estad tranquilo, Rodion Romanovitch. Si para mí trabajase, ocultaría mejor mi juego; no soy imbecil del todo. Voy á explicaros, con este motivo, una singularidad psicológica. No ha mucho me justificaba de haber amado á vuestra hermana, diciendo que yo había sido víctima. Pues bien, sabed que en la actua-

lidad no me inspira amor ninguno. Esto es lo que me admira, porque estaba de tal modo enamorado. . . .

—¡Caprichos de hombre desocupado y vicioso!— interrumpió Rascólnikof.

—En efecto, soy un hombre vicioso y desocupado; pero vuestra hermana posee méritos suficientes para hacer impresión hasta en un libertino como yo. En fin, aquello era humo sin fuego; ahora lo veo.

—¿Cuánto tiempo hace que lo notasteis?

—Lo sospechaba hacía ya tiempo, y me convenci definitivamente ayer, casi en el momento de mi llegada á San Petersburgo. Pero en Moscou hallábame decidido á obtener la mano de Advotia Romanovna, y á convertirme en rival de Lugin.

—Perdonad que os interrumpa; pero ¿podrías abreviar y pasar inmediatamente al objeto de vuestra visita? Os repito que tengo prisa, que tengo que hacer.

—Con mucho gusto. Decidido á emprender cierto. . . viaje, quisiera ultimar algunos asuntos. Mis hijos viven en casa de sus tíos; son ricos, y no me necesitan. Por otra parte, ¿me consideraréis capaz de ser padre? No llevo conmigo sino la suma que Marfa Petrovna me regaló el año pasado. Me basta. Perdonadme, voy á terminar. Antes de ponerme en camino, quiero concluir con el prometido de vuestra hermana. No es que le deteste precisamente; pero él fué la causa de mi última disputa con mi esposa: me enfadó cuando supe que á ella se debía la preparación de este matrimonio. Hoy me dirijo á vos para que me procuréis una entrevista con Advotia Romanovna; podéis hallaros

presente. En primer lugar, quisiera explicarla los inconvenientes que para ella resultarían de un matrimonio con Lugin, y luego la rogaría me perdonara cuanto en su perjuicio hice, y le pediría permiso para ofrecerla diez mil rublos, con lo que se vería indemnizada de una ruptura con Pedro Petrovitch, ruptura á la que, estoy cierto, ella accedería si entreviera la posibilidad.

—¡Pero vos estáis loco, positivamente loco!— exclamó Rascólnikof, más bien sorprendido que furioso. —¿Cómo os atrevéis á hablar de tal modo?

—Sabía que os asombraríais; pero os haré observar que, sin ser rico, me hallo en estado de disponer de diez mil rublos. . . . quiero decir que para nada me son necesarios. Si Advotia Romanovna no los acepta, ¿sabe Dios el uso que haré de ellos! En segundo lugar, mi conciencia está completamente tranquila; mi ofrecimiento está exento de cálculo. Lo creeréis ó no; pero al porvenir os lo demostraré, tanto á vos como á Advotia Romanovna. En resumen: fui bastante culpable para con vuestra honradísima hermana, estoy sinceramente arrepentido, y deseo vivamente, no ya reparar por medio de una compensación pecuniaria los disgustos que le ocasionara, sino prestarla un pequeño servicio, á fin de que no diga que siempre la hice daño. Si mi proposición ocultara cualquier otro pensamiento, no lo haría tan francamente, y no me limitaría á ofrecer diez mil rublos, después de haber ofrecido más hace cinco semanas. Por otra parte, quizá pronto me case con una joven, y en estas condiciones no puede sospecharse que trate de seducir á

Advotia Romanovna. Para concluir, os diré que, cuando Advotia Romanovna se case con Lugin, recibirá esta suma, pero de otro modo. Pero no os enfadéis, Rodion Romanovitch. Juzgad con calma y tranquilidad.

Svidrigaylof había pronunciado estas palabras con flemas extraordinaria.

—Os ruego que no prosigáis—dijo Rascolnikof.— Tal proposición envuelve una insolencia imperdonable.

—Nada de eso. Según vos, el hombre, en este mundo, no puede sino hacer daño á sus semejantes; en cambio, no tiene derecho á hacer el menor bien; las conveniencias sociales se oponen á ello. Esto es absurdo. Si muriese, por ejemplo, y dejara esa suma á vuestra hermana, ¿también la rehusaría?

—Es muy posible.

—No hablemos más. Sea como quiera, os ruego comunicuéis mi petición á Advotia Romanovna.

—No haré tal.

—En tal caso, Rodion Romanovitch, preciso será que procure una entrevista con ella, lo que no producirá otro efecto que inquietarla.

—Y si le comunico vuestra petición, ¿no trataréis de verla en persona?

—Hablando con verdad, no sé qué deciros. Mucho desearía entrevistarme una vez con ella.

—No lo esperéis.

—Tanto peor. Por otra parte, no me conocéis. Quizá lleguemos á ser amigos.

—¿Lo creéis?

—¿Por qué no?—dijo, sonriendo, Svidrigaylof, que se levantó y tomó el sombrero.—No es que quiera imponerme á vos; al venir aquí. . . . no pensaba. . . .

—Permitidme una pregunta: ¿pensáis ponerlo pronto en camino?

—¿Para qué viaje?

—Para el de que hablabais no hace mucho.

—¿Os he hablado de un viaje? ¡Ah, sí, es verdad! . . . ¡Si supierais, sin embargo, qué cuestión acabáis de suscitar!—agregó, sonriendo secamente.—Quizá me case en vez de hacer tal viaje. Tratan de prepararme un matrimonio.

—¿Aquí?

—Sí.

—No habéis perdido el tiempo, desde que llegasteis á San Petersburgo.

—Vaya, hasta la vista. . . ¡Ah, sí! ¡Ya no me acordaba! Decid á vuestra hermana que María Petrovna le ha legado tres mil rublos, y que de aquí á dos ó tres semanas podrá posesionarse de la herencia.

—¿Es cierto lo que decís?

—Sí. Decídselo. Vaya, servidor. Vivo no muy lejos de aquí.

Cuando salía, Svidrigaylof se cruzó en el umbral de la puerta con Razumikin.

III

Eran cerca de las ocho; los dos jóvenes partieron en seguida, deseando llegar á la casa Bakaleief antes que Lugin.

—¿Quién es aquel que salía de tu casa cuando yo entraba?—preguntó Razumikin, una vez en la calle.

—Era Sydrigaylof, el propietario en cuya casa mi hermana había sido institutriz, y que tuvo que abandonar porque él le hacía la corte; Marfa Petrovna, la mujer de este caballero, la puso en la calle. Más adelante, dicha Marfa Petrovna pidió perdón á Dunia, y días pasados murió súbitamente. De ella es de quien mi madre hablaba hace poco. No sé por qué, me asusta mucho este hombre. Es muy extraño, y tiene un propósito firmemente decidido. . . . Se diría que sabe algo. . . . Llegó aquí después de haber enterrado á su esposa. . . . Hay que defender á Dunia de este hombre. . . . Esto es lo que quería decirte. ¿Comprendes?

—¿Defenderla! ¿Qué es lo que él puede contra Advotia Romanovna? Vaya, te doy las gracias, Rodia, por haberme dicho eso. . . . ¡La protegeremos, está tranquilo! . . . ¿Dónde vive él?

—Lo ignoro.

—¿Por qué no se lo preguntaste? ¡Ha sido lástima! Pero yo le encontraré.

—¿Le viste?—preguntó Rascolnikof, tras breve silencio.

—Sí, le vi divinamente.

—¿Estás seguro?—insistió Rascolnikof.

—Sin duda; recuerdo su cara, y entre mil la reconocería; soy buen fisonomista.

De nuevo callaron.

—¡Hum! . . . ya sabes. . . pensaba. . . siempre me parece que quizá sea víctima de una ilusión—balbuceó Rascolnikof.

—¿A propósito de qué? No te comprendo bien.

—Te lo diré—prosiguió nuestro héroe, con un gesto que quería ser una sonrisa.—Creéis todos que estoy loco. . . . Pues bien, no hace mucho se me ocurrió la idea de que acaso tengáis razón, y sólo habré visto un espectro.

—¿Qué idea!

—¿Quién sabe? Acaso esté loco, y es posible que todos los sucesos de estos días no hayan tenido lugar sino en mi imaginación.

—¡Otra vez te han trastornado el juicio! . . . ¿Qué habéis hablado? ¿A qué vino aquí?

Rascolnikof no contestó. Razumikin reflexionó un instante.

—Vamos, oýeme un momento—dijo.—Antes pasé por aquí, y dormías. He comido, y al momento he ido á visitar á Porfirio. Zametof estaba en su casa. He querido empezar, y en mi "debut" no he sido feliz. Nunca podía entrar en materia. Ellos aparentaban no comprenderme, y no mostraban, por otra parte, mucha inquietud. Apretando fuertemente los puños, amenacé á Porfirio con hacerle añicos, le escupí y me marché. Con Zametof no cambié ni una palabra. Criticábame mucho por mi estúpida conducta, cuando, de repente, me consoló una idea. Conforme bajaba la escalera, me

dijo: ¿vale la pena de que tú y yo nos preocupemos de esta suerte? Otra cosa sería si algún peligro te amenazase. Pero, en resumen, ¿qué tienes tú que temer? No eres culpable, luego no te pueden molestar. Hasta nos podremos burlar de ellos más tarde.

—Justo—respondió Rascolnikof.—Pero ¿qué dirás mañana?—pensó.

¡Cosa extraña! Hasta entonces, ni una sola vez se había preguntado: ¿qué pensará Razumikin, al saber que soy culpable?

Miró fijamente á su amigo, al asaltarle aquella idea. El relato de la visita á Porfirio le había interesado poco; otros asuntos le preocupaban en aquel momento.

En el corredor encontraron á Lugin; había llegado á las ocho en punto; pero había perdido el tiempo buscando el número; de manera que los tres entraron á un tiempo, sin mirarse ni saludarse. Los dos jóvenes entraron los primeros; Pedro Petrovitch, siempre fiel guardador de las conveniencias, se detuvo un momento en la antesala para quitarse el abrigo. Pulqueria Alejandrovna se adelantó en seguida hacia él; Dunia y Rascolnikof se dieron los buenos días.

Tomaron todos asiento en silencio, que se prolongó hasta algunos momentos después de estar ante la mesa, sobre la cual se veía el samovar.

—¿Vuestro viaje ha sido feliz?—preguntó Lugin, por pura conveniencia, á Pulqueria Alejandrovna.

—Sí, gracias á Dios, Pedro Petrovitch.

—Lo celebro mucho. Y Advotia Romanovna, ¿tampoco se ha fatigado?

—Yo soy fuerte y joven, y no me fatigo; pero á mamá, este viaje le ha sido muy penoso—respondió Dunia.

—¿Qué queréis? Nuestros caminos nacionales son muy largos, Rusia es grande. Aunque muy otro fué mi deseo, ayer no pude ir á recibirlos. Supongo, sin embargo, que no hallaríais ningún obstáculo.

—¡Oh, perdonadme, Pedro Petrovitch! Nos vimos muy apuradas—se apresuró á responder Pulqueria Alejandrovna.—Y si Dios no nos hubiese enviado á Demetrio Prokofitch, hablando con verdad, no sabemos qué hubiera sido de nosotras. Permitid que os presente á nuestro salvador: Demetrio Prokofitch Razumikin—agregó.

—Ya tuve el gusto. ayer.—balbuceó Lugin, dirigiendo al aludido una mirada oblicua y malévola.

Luego frunció el ceño y calló.

Pedro Petrovitch era una de aquellas personas que se esfuerzan por mostrarse amables, pero que, bajo la influencia de la menor contrariedad, pierden súbitamente la posesión de sí mismos, hasta el punto de parecerse más bien á sacas de harina que despejados caballeros.

Volvió á reinar el silencio. Rascolnikof se encerraba en un mutismo obstinado; Advotia Romanovna juzgaba que todavía no debía hablar; Razumikin nada tenía que decir; Pulqueria Alejandrovna se vió, pues, en la dolorosa necesidad de reanudar la conversación.

—¿Sabéis que ha muerto María Petrovna?—dijo, apelando á su supremo recurso en tales casos.

—¿Cómo no? En seguida lo supe, y hasta puedo daros la noticia de que después del entierro de su mujer, Arcadio Ivanovitch Svidrigaylof vino á San Petersburgo.

—¿Está aquí?—preguntó, alarmada, Dunia, cambiando una mirada con su madre.

—Y debe suponerse que no ha venido sin intención; lo precipitado de su partida, y el conjunto de anteriores circunstancias, lo hacen, al menos, suponer.

—¿Señor! ¿Será posible que venga tras de Dunetchka?—exclamó Pulqueria Alejandrovna.

—Creo que no debéis tener miedo, desde el momento en que os propongáis evitar toda relación con él. Estoy, por mi parte, ojo avizor, y pronto sabré dónde pára.....

—¡Ah, Pedro Petrovitch, no podéis figuraros hasta qué punto me asustáis!—agregó Pulqueria Alejandrovna.—Sólo le vi dos veces, y siempre me pareció terrible, ¡terrible! Segura estoy de que es el causante de la muerte de Marfa Petrovna.

—Los datos que llegaron á mis oídos no me autorizan para abrigar esa sospecha. Sin embargo, no niego que sus malos procedimientos quizá apresuraran, hasta cierto punto, el curso natural de las cosas. En cuanto á la conducta, y, en general, á la característica moral del personaje, estoy de acuerdo con vos. Hace ocho años era un jugador, un perdido..... Además, al enamorarse de él, Marfa Petrovna, después de pagar sus deudas, cortó de raíz un asunto criminal que pudo dar en Siberia con el tal Svidrigaylof. Se trataba de un asesinato, cometido en condiciones espantosas;

y, por decirlo así, fantásticas. He aquí lo que es el tal hombre, si descabais saberlo.

—¡Dios mío!—exclamó Pulqueria Alejandrovna.

Rascólnikof escuchaba atentamente.

—¿Habláis, como decís, según verídicos informes?—preguntó en severo tono Pulqueria Alejandrovna.

—Me limito á repetir lo que sé de boca de la misma esposa de este sujeto. Es preciso notar que, desde el punto de vista jurídico, el asunto está muy obscuro. Por entonces vivía aquí—y creo que aún vive—cierta Resslerich, una extranjera que era prestamista y ejercía, además, otros varios oficios. Relaciones tan íntimas como misteriosas existían entre aquella mujer y el señor Svidrigaylof. Con la extranjera habitaba una parienta lejana, una sobrina, creo, joven de quince años ó catorce, que era sordomuda. La Resslerich no podía sufrir á aquella muchacha, y le regateaba el pan, pegándola inhumanamente. Cierta día, la infeliz criatura fué encontrada muerta, estrangulada, en el granero. La información de rigor llegó á hacer constar el suicidio, y todo parecía terminado, cuando la policía recibió aviso de que la joven había sido... violada por el señor Svidrigaylof. Hablando con verdad, el hecho aparecía obscuro. La denuncia procedía de otra alemana, mujer de mala conducta, cuyo testimonio no podía ser de gran peso. En resumen, no hubo procesamiento. Marfa Petrovna intervino en el asunto, derramó el dinero y consiguió que terminaran las indagaciones. Mas no por eso dejaron de correr los más insistentes rumores respecto al señor Svidrigaylof. Mientras estabais en su casa, Advotia Romanovna, sin duda

se os contaría la historia de su criado Felipe, muerto á consecuencia de sus malos tratos. Ocurrió esto hace seis años; aún existía la esclavitud.

—Yo oí decir, por el contrario, que el tal Felipe se había ahorcado.

—Sí; pero fué impulsado, ó hablando propiamente, obligado á suicidarse, para huir de las brutalidades continuas y de las vejaciones sistemáticas de su amo.

—Ignoraba eso—agregó secamente Dunia;—pero he oído referir, con tal motivo, una historia muy extraña: aquel Felipe era, á lo que parece, un hipocóndriaco, una especie de criado filósofo; sus compañeros aseguraban que las lecturas le habían trastornado el juicio; según ellos, se había ahorcado, no para huir de los golpes, sino de las burlas del señor Svidrigaylof. Siempre observé que éste trataba humanamente á sus criados, que le querían, aun cuando le imputasen la muerte de Felipe.

—Veo, Advotia Romanovna, que tendéis á justificarle—agregó Lugin, con sonrisa agridulce.—El hecho es que es hombre hábil para insinuarse en el corazón de las mujeres; la pobre Marfa Petrovna es una prueba. He querido advertiros, previendo las tentativas que no dejará de renovar. En cuanto á mí, firmemente convencido estoy de que tal hombre acabará en la prisión y en la insolvencia.

—Os ruego, Pedro Petrovitch, que no se hable más del señor Svidrigaylof—dijo Dunia.—Me desagrada.

—Fué á verme no hace mucho—exclamó brusca-

mente Rascolnikof, que hasta entonces no había pronunciado una palabra.

Todos se volvieron hacia él con sorpresa. El mismo señor Lugin pareció curioso.

—Hace media hora, cuando dormía, entró, me despertó y me dió su nombre—prosiguió Rascolnikof.—Estaba alegre y satisfecho; espera que trabaremos amistad. Entre otras cosas, solicita vivamente una entrevista contigo, Dunia, y me ha rogado interceda por él á este fin. Tiene una proposición que hacerte; yo sé en qué consiste. Por otra parte, me ha asegurado formalmente que Marfa Petrovna te deja tres mil rublos, y que podrás disponer de esta suma dentro de poco.

—¡Dios sea loado!—exclamó, persignándose, Pulqueria Alexandrovna.—¡Ruega por ella, Dunia!

—El hecho es cierto—no pudo menos de afirmar Pedro Petrovitch.

—Bueno, ¿qué más?—preguntó Dunetehka.

—Me ha dicho también que él no era rico, que toda la fortuna pasa á sus hijos. Me ha dado á entender que vive cerca de mi casa. ¿Dónde? Lo ignoro; no se lo he preguntado.

—¿Qué quiere proponer á Dunia?—preguntó inquietamente Pulqueria Alexandrovna.—¿Te lo dijo?

—Sí.

—¿Y qué?

—Lo diré más tarde.

Rascolnikof se puso á tomar su té.

Pedro Petrovitch miró la hora.

—Un asunto urgente me obliga á despedirme de vosotros. Así no seré un estorbo á vuestra conversa-

ción—añadió en tono de enojo, y poniéndose en pie al pronunciar tales palabras.

—Quedaos, Pedro Petrovitch—dijo Dunia.—Teniais intención de consagrarme la noche. Además, vos mismo nos habéis escrito que deseabais tener una explicación con mamá.

—Cierto, Advotia Romanovna—agregó, en el mismo tono, Pedro Petrovitch, el cual volvió á sentarse, conservando el sombrero en la mano.—Deseaba, en efecto, tener una explicación con vuestra madre y con vos, respecto á algunos puntos de extremada gravedad. Pero como vuestro hermano no puede explicar en mi presencia ciertas proposiciones del señor Svidrigaylof, yo tampoco quiero, ni puedo, explicarme... ante terceros... respecto á asuntos de extremada importancia. Por otra parte, en términos los más formales, había expresado un deseo que no se ha tomado en consideración...

La fisonomía de Lugin habíase tornado dura y alta-

—Nos rogasteis, en efecto, que mi hermano estuviera ausente; y si no se ha accedido á vuestra petición, culpa mía fué—respondió Dunia.—Nos escribisteis que habíais sido insultado por mi hermano; á mi entender, entre vosotros no ha de existir el menor desacuerdo, y es necesario que en seguida os reconciliéis. Si Rodia os ha ofendido realmente, es necesario que se excuse, y se exsuará.

Oyendo aquellas palabras, Pedro Petrovitch sintióse menos dispuesto que nunca á hacer concesiones.

—No obstante mi mejor voluntad, Advotia Roma-

novna, resulta imposible olvidar ciertos insultos. En todo hay un límite que es peligroso traspasar, porque una vez franqueado, es imposible el retroceso.

—¡Dominad esa vana susceptibilidad, Pedro Petrovitch!—interrumpió Dunia con voz conmovida.—Sed el hombre inteligente y noble que siempre conocí, que siempre quiero ver en vos. Os hice una promesa: soy vuestra futura mujer; fíaos en mí en este asunto, y creed que puedo juzgar con imparcialidad. El papel de árbitro que me atribuyo en este momento, no es menos imprevisto para mi hermano que para vos. Cuando hoy, después de darle á leer vuestra carta, le rogué presenciara nuestra entrevista, no le hice conocer mis intenciones. Comprended que si rehusáis la reconciliación, me veré precisada á optar por uno de vosotros, con exclusión del contrario. Y no quiero, ni debo, engañarme en la elección. Quiero saber, de una parte, si en Rodia tengo un hermano; de la otra, si vos sois un marido que me ama y me aprecia.

—Advotia Romanovna—replicó, incomodado, Lugin,—vuestro lenguaje se presta á muchas interpretaciones. Diré más: lo encuentro ofensivo, teniendo en cuenta la situación que ocupó respecto á vos. Sin hablar de lo que para mí hay de molesto en ser comparado con un... joven orgulloso, parecéis admitir como posible la ruptura del matrimonio entre nosotros convenido. Decís que debéis elegir entre vuestro hermano y yo; en esto sólo mostráis lo poco que yo valgo para vos. No puedo admitir eso, dadas nuestras relaciones y nuestros recíprocos compromisos.

—¡Cómo!—exclamó Dunia, cuya frente se cubrió de

rubor.—Pongo vuestro interés en contrapeso con cuanto hasta la fecha más he querido en la vida, ¡y os quejáis de que os tenga en poco!

Rascolnikof sonrió. Razumikin hizo un gesto; pero la contestación de la joven no calmó á Lugin, que á cada instante tornábase más arrogante é intratable.

—El amor al esposo, al futuro compañero de la vida, debe ser superior al fraternal!—declaró sentenciosamente.—Y en todo caso, no puede ser comparado á él. Aún cuando haya dicho hace poco que no quería ni podía explicarme en su presencia sobre el principal objeto de mi visita, hay un punto, para mí muy importante, que desearía poner en claro ahora mismo con vuestra honorable madre. Vuestro hijo—continuó, dirigiéndose á Pulqueria Alexandrovna,—ayer, en presencia del señor Razumikin, me ofendió por la manera de alterar una frase por mí pronunciada, cuando tomé café en vuestra casa. Había dicho que, á mi entender, una joven pobre y ya probada por la desgracia, ofrecía al marido más garantías de moralidad y de dicha que otra criada en la abundancia. Vuestro hijo, con deliberado propósito, dió un sentido absurdo á mis palabras, atribuyéndome intenciones odiosas, y presumo que para hacerlo se basó en una carta vuestra. Gran satisfacción sería para mí que me probarais que me equivocó. Decidme exactamente en qué términos reprodujisteis mi pensamiento, al escribir á Rodion Romanovitch.

—No lo recuerdo—contestó con embarazo Pulqueria Alexandrovna.—Lo expresé como lo comprendie-

ra. Ignoro cómo Rodiá ha repetido tal frase. Posible es que haya alterado los términos.

—No pudo hacerlo sino inspirándose en lo que vos le escribierais.

—Pedro Petrovitch—replicó Pulqueria Alexandrovna con dignidad,—la prueba de que Dunia y yo interpretamos vuestras palabras del mejor modo, está en que aquí nos hallamos.

—¡Muy bien, mamá!—aprobó la joven.

—¡Luego yo soy el culpable!—dijo, ofendido, Lugin.

—Siempre acusáis á Rodion. Y vos mismo, en vuestra última carta, le habíais atribuido un hecho falso—prosiguió Pulqueria Alexandrovna, notablemente confortada por la aprobación de su hija.

—No creo haber escrito nada falso.

—Según vuestra carta—declaró Rascolnikof, sin volverse hacia Lugin,—el dinero que ayer dí á la viuda de un hombre aplastado por un coche, se lo entregué á su hija (que entonces me veía por vez primera). Habéis escrito esto con la intención de indisponerme con mi familia, y, para mejor conseguirlo, calificasteis del modo más innoble la conducta de una joven á quien no conocéis. Eso es una vil difamación.

—Perdonadme, caballero—replicó Lugin, tembloroso de cólera.—Si en mi carta me extendí respecto á lo que os concierne, fué únicamente porque vuestra madre y vuestra hermana me habían rogado que las dijera cómo os encontraba y qué impresión recibía de vos. Por otra parte, os desafío á que señaléis una falsedad en el párrafo á que aludís. ¿Negaréis que mal-

gastasteis vuestro dinero, y, en cuanto á la infeliz familia de que se trata, osaríais garantizar la honradez de todos sus individuos?

—Mi opinión es que, con toda vuestra moralidad, no valéis lo que el dedo meñique de la pobre joven contra quien lanzáis la piedra.

—De consiguiente, ¿no vacilaríais en relacionarla con vuestra madre y con vuestra hermana?

—Lo hice ya, si deseáis saberlo. La he invitado para que hoy venga á sentarse junto á ellas.

—¡Rodia!—exclamó Pulqueria Alexandrovna.

Dunetshka se ruborizó; Razumikin frunció el ceño; Lugin sonrió de modo despectivo.

—Juzgad vos misma, Advotia Romanovna, si el arreglo es posible. Espero que sea asunto concluído, y que de él no se volverá nunca á tratar. Me retiro, para no ser más tiempo un estorbo en vuestra reunión de familia; por otra parte, creo que tenéis algunos secretos que comunicaros (se levantó y tomó el sombrero). Pero permitidme deciros, antes de marcharme, que deseo no verme expuesto en lo sucesivo á altercados semejantes. A vos, Pulqueria Alexandrovna, os hago especialmente esta petición, tanto más cuanto que mi carta iba á vos dirigida.

Pulqueria Alexandrovna sintióse algo picada.

—¡Luego os creéis nuestro amo, Pedro Petrovitch! Dunia os dice el motivo por el cual vuestro deseo no ha sido satisfecho; sólo tenía buenas intenciones. Pero, en verdad, me escribís con un estilo demasiado imperioso. ¿Hemos de considerar cualquier deseo vuestro como una orden? Os diré, por el contrario, que ahora,

sobre todo, debéis tratarnos con miramiento y con respeto, porque nuestra confianza en vos nos trajo aquí, y de consiguiente, nos tenéis á vuestra disposición.

—Eso no es cierto, Pulqueria Alexandrovna, sobre todo desde el instante en que habéis tenido noticia de la herencia de Marfa Petrovna. Esos tres mil rublos llegan muy oportunamente, á juzgar por el nuevo tono que conmigo usáis—agregó Lugin.

—¡Tal observación haría suponer que especulasteis con nuestra miseria!—exclamó, irritada, Dunia.

—Pero ya no puedo especular con ella, y sobre todo, no quiero impedir que escuchéis las proposiciones secretas de Arcadio Ivanovitch. Por lo que veo, estas proposiciones tienen para vos un significado importante, hasta muy agradable quizá.

—¡Dios mío!—exclamó Pulqueria Alexandrovna.

Razumikin se agitó impaciente en la silla.

—¿No te da vergüenza, hermana mía?—preguntó Rascolnikof.

—Sí, Rodia, contestó la joven.

—¡Pedro Petrovitch, marchaos!—dijo, pálida de cólera, á Lugin.

Este último no esperaba semejante desenlace. Había contado mucho con su fuerza y con la impotencia de sus víctimas, y no podía dar crédito á sus oídos.

—Advotia Romanovna—dijole, con los labios temblorosos,—me marcho, pero tened por seguro que nunca volveré. ¡Reflexionad! ¡Sólo tengo una palabra!

—¡Qué impertinencia!—exclamó Dunia, saltando de su silla.—¡Pero si no quiero que volváis!

—¡Cómo!—gritó Lugin, tanto más desconcertado

cuanto que hasta el último instante había creído imposible la ruptura.—Bien, sea; pero sabed, Advotia Romanovna, que podría protestar.....

—¿Con qué derecho habláis de esa manera?—dijo con vehemencia Pulqueria Alexandrovna.—¿De qué podéis protestar? ¿Cuáles son vuestros derechos? ¡Sí! ¡Iba á entregarle mi Dunia á un hombre como vos! ¡Idos! ¡Dejadnos en paz! La culpa ha sido nuestra, por consentir en lo que es deshonesto; y sobre todo, yo.....

—Sin embargo, Pulqueria Alexandrovna—replicó, exasperado, Pedro Petrovitch,—me comprometisteis dándome una palabra que ahora retiráis..... y, en fin..... esto me ha ocasionado gastos.....

Esta última repriminación era tan propia del carácter de Lugin, que Rascolnikof, no obstante la furia que sentía, rompió á reír á carcajadas. Mas no ocurrió lo propio á Pulqueria Alexandrovna.

—¿Gastos?—replicó vivamente.—¿Aludis, acaso, á la maleta que nos enviasteis? Porque los billetes para el viaje los obtuvisteis gratuitamente. ¡Dios mío! ¡Prendéis que os estamos obligadas! ¡Qué modo de alterar las cosas! Nosotros somos los que merecemos gracias, Pedro Petrovitch, no vos.

—¡Basta, mamá! ¡Basta, os lo ruego!—dijo Dunetebka.—¡Pedro Petrovitch, hacedme el favor de marcharos!

—Me marchó. Pero una última palabra—respondió, casi fuera de sí.—Vuestra mamá parece haber olvidado completamente que pedí vuestra mano en ocasión en que corrían ciertos rumores respecto á vos. Al de-

safiar á la opinión pública, al restaurar vuestra reputación, tenía motivos para esperar vuestro agradecimiento; hasta era de razón que contara con él..... Veo, por el contrario, que mi conducta no ha sido tomada en consideración, y que quizá obré mal despreciando la opinión pública.....

—Pero ¿es que queréis que os rompa la cabeza?—exclamó Razumikin, que se había puesto en pie para castigar al insolente.

—¡Sois un hombre ruin y malo!—dijo Advotia Romanovna.

—¡Ni una palabra! ¡ni un gesto!—dijo vivamente Rascolnikof, deteniendo á Razumikin.

Luego se acercó al otro, y hablándole casi al oído:

—¡Hacedme el favor de marcharos!—le dijo en voz baja, pero perfectamente distinta.—¡Y no hablemos más! De lo contrario.....

Pedro Petrovitch, con el rostro contraído por la cólera, le miró durante algunos segundos; en seguida giró sobre sus talones, y desapareció, llevando en el corazón un odio mortal hacia Rascolnikof, á quien imputaba su desgracia.

¡Cosa notable! Iba bajando la escalera, y aún se imaginaba que no estaba perdido todo irremediablemente, y que un acuerdo con las señoras no sería del todo imposible.

Durante cinco minutos, estuvieron todos alegres; su satisfacción se traducía en risas. Sólo Dunetchka palidecía de cuando en cuando, y fruncía el entrecejo al recordar la anterior escena. Pero el más regocijado de todos era Razumikin. Su alegría, que aún no se atrevía a manifestar abiertamente, se revelaba á pesar suyo en el temblor febril de todo su cuerpo. Desde ahora debía dar su vida por las señoras, consagrarse á su servicio. . . . Repasaba, sin embargo, sus pensamientos, temiendo dar curso á su imaginación. En cuanto á Rascolnikof, inmóvil y serio, no tomaba parte en la alegría general; hubiérase dicho que su espíritu estaba en otra parte. Después de insistir para que se rompiera con Lugin, parecía ser la persona á quien aquella ruptura, ya consumada, interesara menos. Dunia no pudo menos de pensar si seguiría enfadado con ella, y Pulqueria Alejandrovna le miraba con inquietud.

—¿Qué es lo que te dijo Svidrigaylof?—preguntó la joven, acercándose á su hermano.

—¡Ah, sí!—apoyó vivamente Pulqueria Alejandrovna.

Rascolnikof alzó la cabeza.

—Quiere regalarte diez mil rublos y desea verte una sola vez en mi presencia.

—¡Verla! ¡Jamás!—exclamó Pulqueria Alejandrovna.—¿Y cómo se atreve á ofrecerla dinero?

Rascolnikof refirió (muý secamente) su entrevista con Svidrigaylof.

Dunia quedó en extremo sorprendida cuando supo en qué consistían las proposiciones de Svidrigaylof. Quedó pensativa.

—¡Sin duda tiene algún horrible proyecto!—se dijo, estremeciéndose.

Rascolnikof notó aquella agitación.

—Creo que tendré ocasión de verle alguna vez más—dijo á su hermana.

—¡Buscaremos su pista! ¡Le encontraré!—gritó enérgicamente Razumikin.—¡No le perderé de vista! Rodia me ha autorizado para ello. El mismo me dijo no hace mucho: “Vela por mi hermana.” ¿Consentís en ello, Advotia Romanovna?

Dunia sonrió y tendió la mano al joven; pero su rostro seguía expresando temor.

Pulqueria Alejandrovna la miró tímidamente; por otra parte, los tres mil rublos la habían tranquilizado en gran manera.

Un cuarto de hora después, se hablaba con animación. Rascolnikof, aunque silencioso, prestaba atento oído á lo que se decía. Usaba de la palabra Razumikin.

—¿Por qué os habéis de marchar?—decía.—Aquí estáis todos juntos y os necesitáis unos á otros. Aceptadme también como amigo, como consocio, y os aseguro que emprenderemos algo provechoso. Escuchad; voy á explicaros mi proyecto con todos sus detalles. Yo tengo un tío (ya os lo presentaré) que es un anciano gentil y respetable; este tío posee mil rublos de los

que no sabe qué hacer, pues cobra una pensión. Dos años hace que no cesa de ofrecerme esta suma al 6 por 100 de interés. Le adivino la intención: es una astucia suya para ayudarme. El año pasado no necesitaba dinero; pero este año esperaba la llegada del viejo, para aceptar su reiterado ofrecimiento. A los mil rublos de mi tío agregaréis mil de los vuestros, y ya tenemos formada la sociedad. ¿Qué negocio emprendemos?

Y desarrolló su proyecto. Según él, la mayoría de nuestros libreros y editores hacían malos negocios por no conocer su oficio; pero con buenas obras, se podía ganar dinero. Rascolnikof y él tenían en el cerebro algunas.

—Claro que habrá que trabajar mucho; pero trabajaremos; todos pondremos manos á la obra. Empezaremos modestamente, y poco á poco iremos arriba.

Brillaban los ojos de Dunia.

—Me gusta lo que proponéis, Demetrio Prokofitch dijo.

—Yo, naturalmente, nada comprendo—agregó Pulqueria Alejandrovna.—Esa puede ser buena idea; Dios sabe. Lo que no cabe duda es que tenemos necesidad de permanecer aquí.... por algún tiempo—concluyó, mirando á su hijo.

—¿Qué te parece, hermano?—preguntó Dunia.

—El proyecto es excelente—respondió Rascolnikof.

—Podéis tener confianza en la capacidad de Razumikin. Sabe lo que se hace.... Por otra parte, aún hay tiempo de volver á hablar de eso.

—¡Hurra!—gritó Razumikin.—Ahora, escuchad.

Hay aquí, en esta misma casa, un cuarto separado e independiente del local en que se encuentran estas habitaciones; no cuesta caro, y está amueblado: tres piecitas. Os aconsejo que lo alquiléis. Estaréis allí muy bien, tanto más cuanto que podréis vivir juntos, conservando á Rodia á vuestro lado.... Pero ¿á dónde vas, Rodia?

—¿Cómo! ¿Te marchas ya?—preguntó inquietamente Pulqueria Alejandrovna.

—¡Ahora!—gritó Razumikin.

Dunia miró á su hermano con sorpresa y desconfianza. Se disponía á salir.

—¡Diríase que teméis una separación eterna! ¡Vaya, no me enterréis en vida!—dijo con aire extraño.

Sonreía, ¡pero con qué sonrisa!

—Después de todo, ¿quién sabe? quizá sea la última vez que nos veamos—agregó bruscamente.

Semejantes palabras salieron espontáneamente de sus labios.

—Pero ¿qué tienes?—dijo ansiosamente la madre.

—¿A dónde vas, Rodia?—preguntó Dunia, que en la pregunta puso una entonación particular.

—Necesito salir—respondió él.

Su voz era vacilante, pero su pálido rostro expresaba una decisión enérgica.

—Quería deciros.... cuando vine.... mamá, y á ti, Dunia, que lo mejor es separarnos por algún tiempo. No me siento bien, necesito descanso..... Volveré más adelante; volveré cuando.... sea posible. Conservaré vuestro recuerdo, y siempre os amaré.... ¡Dejadme! ¡Dejadme solo! Era ya mi inten-

ción. Y mi propósito es irrevocable. Ocurrarme lo que me ocurra, perdido ó no, quiero estar solo. ¡Olvidadme completamente! Es lo mejor. ¡No pidáis noticias mías! Cuando sea preciso, vendré á veros. ú os llamaré. ¡Quizá se arregle todo! Pero mientras tanto, si me amáis, renunciad á verme. ¡Os aborreceré, de lo contrario! Lo conozco. ¡Adiós!

—Dios mío!—gimió Pulqueria Alejandrovna.

Un espanto terrible se había apoderado de las señoras y de Razumikin.

—¡Rodia, Rodia! ¡Reconcíliate con nosotros, seamos amigos como antes!—exclamó la pobre madre.

Rascólnikof se dirigió lentamente hacia la puerta. Antes de llegar á ella, se acercó á él Dumetshka.

—Hermano mío! ¿por qué obras de esa manera con nuestra madre?—murmuró la joven, con ojos llenos de indignación.

Su hermano hizo un esfuerzo para mirarla.

—Esto no es nada, volveré—balbuceó á media voz, como hombre que no tiene conciencia de lo que dice.

Y salió del aposento.

—Egoísta, corazón de piedra, hombre sin piedad!—vociferó Dunia.

—No es un egoísta, es un a-lie-na-do! ¡Os digo que está loco! ¿Es posible que no lo veáis? Vosotras sois las despiadadas—murmuró vivamente Razumikin, inclinándose hacia el oído de la joven, cuya mano estrechó con fuerza.

—¡Vuelvo en seguida!—gritó á Pulqueria Alejandrovna, que estaba casi desfallecida.

Y se lanzó fuera del aposento.

Rascólnikof le esperaba en el corredor.

—Sabía que me seguirías—le dijo.—Permanece al lado de ellas, y no las abandones. Hazlas compañía hasta mañana. y siempre. Yo. quizá vuelva. si hay medio. ¡Adiós!

Iba á alejarse sin dar la mano á Razumikin.

—Pero ¿á dónde vas?—balbuceó éste último, estupefacto.—¿Qué tienes? ¿Por qué obras de ese modo.

Rascólnikof volvió á detenerse.

—De una vez para siempre, te ruego que no me preguntes; ¡nada tengo que contestarte!. ¡No vayas á verme! Quizá vuelva por aquí. Déjame; pero á ellas. “no las abandones.” ¿Me comprendes?

El corredor estaba obscuro; se hallaban cerca de una lámpara. Ambos se miraron en silencio por espacio de un minuto. Razumikin recordó toda su vida en aquel solo minuto. La mirada fija y ardiente de Rascólnikof, parecía querer penetrar hasta el fondo de su alma. De repente, Razumikin se estremeció y tornóse pálido como un cadáver. La horrible verdad concluía de aparecérsesele.

—¿Comprendes ahora?—dijo súbitamente Rascólnikof, cuyas facciones se habían alterado horriblemente.—Vuelve á su lado—agregó.

Y andando rápidamente, salió de aquella casa.

Imposible describir la escena que siguió al regreso de Razumikin á la habitación de Pulqueria Alejandrovna. Como pueda presumirse, el joven puso en juego todos sus recursos para tranquilizar á las dos señoras.

ras. La aseguró que, hallándose enfermo. Rodia necesitaba descanso; lés juró que Rascolnikof no dejaría de ir á visitarlas; que le verían todos los días; que estaba muy afectado moralmente; razón por la cual era preciso no irritarle; prometió velar por su amigo, confiarle á los cuidados de un buen médico, del mejor, y si era necesario, llamaría en consulta á las eminencias de la facultad. En resumen: á partir de aquella noche, Razumikin fué para las dos señoras un hijo y un hermano.

IV

Rascolnikof marchó directamente al canal, donde habitaba Sonia.

La casa, de tres pisos, era un viejo edificio pintado de verde.

No sin trabajo, el joven encontró al portero y obtuvo vagas indicaciones respecto á los aposentos del sastre Kapernaunof.

Después de descubrir, en un rincón del patio, la entrada de una escalera estrecha y sombría, subió al segundo piso y siguió por la galería que daba al patio. Mientras andaba en la obscuridad, preguntándose por dónde entraría en casa de los Kapernaunof, una puerta se abrió á tres pasos de él; asió una de las hojas con un gesto maquinal.

—¿Quién va?—preguntó una perezosa voz de mujer.

—Soy yo. vengo á veros—respondió Rascolnikof.

Y entró en una pequeña antesala.

Sobre una mala mesa ardía un cabo de vela en un estropeado candelero de cobre.

—¡Vos, señor!—dijo Sonia con voz débil, y sin fuerza, al parecer, para moverse.

—¿Cuál es vuestro cuarto? ¿Este?

Y Rascolnikof pasó vivamente á la sala, haciendo un esfuerzo para no mirar á la joven.

Sonia le siguió con la vela en la mano, y paróse frente á él, presa de agitación indecible.

Aquella inesperada visita la turbaba, hasta la confundía miedo. De repente, su rostro pálido se coloreó, y de sus ojos brotaron las lágrimas. Experimentaba extremada turbación, á la que se mezclaba cierta dulzura. Rascolnikof se volvió en un rápido movimiento, y se sentó sobre una silla, cerca de la mesa. En un abrir y cerrar de ojos hizo el inventario de cuanto había en el aposento.

La habitación, grande, pero excesivamente baja, contenía pocos muebles: una cama, cuatro sillas, una mesa y una cómoda; todo denotaba pobreza.

Sonia contemplaba silenciosa al visitante que examinaba su aposento con tanta atención y tranquilidad. Por último, se echó á temblar de miedo, como si se hallara ante el árbitro de su suerte.

—Vengo á vuestra casa por última vez—dijo tristemente Rascolnikof, aparentando olvidar que era la primera vez que iba.—Quizá no os vuelva á ver.

—¡Vos! ¿Os marcháis?

ras. La aseguró que, hallándose enfermo. Rodia necesitaba descanso; lés juró que Rascolnikof no dejaría de ir á visitarlas; que le verían todos los días; que estaba muy afectado moralmente; razón por la cual era preciso no irritarle; prometió velar por su amigo, confiarle á los cuidados de un buen médico, del mejor, y si era necesario, llamaría en consulta á las eminencias de la facultad. . . . En resumen: á partir de aquella noche, Razumikin fué para las dos señoras un hijo y un hermano.

IV

Rascolnikof marchó directamente al canal, donde habitaba Sonia.

La casa, de tres pisos, era un viejo edificio pintado de verde.

No sin trabajo, el joven encontró al portero y obtuvo vagas indicaciones respecto á los aposentos del sastre Kapernaunof.

Después de descubrir, en un rincón del patio, la entrada de una escalera estrecha y sombría, subió al segundo piso y siguió por la galería que daba al patio. Mientras andaba en la obscuridad, preguntándose por dónde entraría en casa de los Kapernaunof, una puerta se abrió á tres pasos de él; asió una de las hojas con un gesto maquinal.

—¿Quién va?—preguntó una perezosa voz de mujer.

—Soy yo. vengo á veros—respondió Rascolnikof.

Y entró en una pequeña antesala.

Sobre una mala mesa ardía un cabo de vela en un estropeado candelero de cobre.

—¡Vos, señor!—dijo Sonia con voz débil, y sin fuerza, al parecer, para moverse.

—¿Cuál es vuestro cuarto? ¿Este?

Y Rascolnikof pasó vivamente á la sala, haciendo un esfuerzo para no mirar á la joven.

Sonia le siguió con la vela en la mano, y paróse frente á él, presa de agitación indecible.

Aquella inesperada visita la turbaba, hasta la confundía miedo. De repente, su rostro pálido se coloreó, y de sus ojos brotaron las lágrimas. . . . Experimentaba extremada turbación, á la que se mezclaba cierta dulzura. . . . Rascolnikof se volvió en un rápido movimiento, y se sentó sobre una silla, cerca de la mesa. En un abrir y cerrar de ojos hizo el inventario de cuanto había en el aposento.

La habitación, grande, pero excesivamente baja, contenía pocos muebles: una cama, cuatro sillas, una mesa y una cómoda; todo denotaba pobreza.

Sonia contemplaba silenciosa al visitante que examinaba su aposento con tanta atención y tranquilidad. Por último, se echó á temblar de miedo, como si se hallara ante el árbitro de su suerte.

—Vengo á vuestra casa por última vez—dijo tristemente Rascolnikof, aparentando olvidar que era la primera vez que iba.—Quizá no os vuelva á ver. . . .

—¡Vos! ¿Os marcháis?

—No sé. . . . mañana. . . . todo. . . .

—En tal caso, ¿no iréis mañana á casa de Catalina Ivanovna?—dijo Sonia, con voz temblorosa.

Levantó hacia ella su mirada abstraída, y notó que estaba sentado, mientras que ella permanecía en pie ante él.

—¿Por qué estáis de pie? Sentaos—dijo en voz que pronto se volvió dulce y afable.

Sonia obedeció. Durante un minuto, él la contempló benévolo, casi enternecido.

—¿Qué demacrada estáis! Se trasluce vuestra mano, y vuestros dedos parecen los de una muerta.

Y la cogió la mano. Sonia sonrió ligeramente.

—Siempre fué así—dijo.

—¿Hasta cuando vivíais con vuestra familia?

—Sí.

—¿Sí, es verdad!—repitió él.

Un cambio súbito se había operado nuevamente en la expresión de su rostro y en el tono de su voz. Volvió á pasar la mirada en derredor.

—¿Habitáis en casa de Kapernaunof?

—Sí. . . .

—¿Viven allí, detrás de la puerta aquella?

—Sí. . . . Su habitación es parecida á ésta.

—¿Sólo tiene un aposento para los dos?

—Sí.

—En una habitación como la vuestra, tendría yo miedo por la noche—observó, con gesto sombrío.

—Mis patronos son gente muy buena, muy afables

—respondió Sonia, que parecía no haber recobrado su presencia de espíritu,—y todo el mobiliario, todo. . . .

es suyo. Son muy buenos; sus hijos vienen aquí con frecuencia.

—¿Son tartamudos?

—Sí. . . . El padre es tartamudo y cojo; también la madre. . . . Pero no es más que tartamudez; tiene en la lengua un defecto. Es una excelente mujer. Kapernaunof es un antiguo siervo. Tiene siete hijos. . . . Sólo tartamudea el mayor; los otros son enfermizos, pero no tartamudos. . . . Pero ¿cómo sabéis esto?—agregó, con cierta admiración.

—Vuestro padre me lo contó en otro tiempo. Sé por él toda vuestra historia. . . . Me dijo que salisteis á las seis, que á las ocho estabais de vuelta y que Catalina Ivanovna se arrodilló junto á vuestra cama.

Sonia se turbó.

—Creo haberle visto hoy—dijo con vacilación.

—¿A quién?

—A mi padre. Estaba en la calle, en la esquina de aquí al lado, entre nueve y diez; iba delante de mí. Hubiera jurado que era él. Hasta quería ir á decirselo á Catalina Ivanovna. . . .

—¿Os paseabais?

—Sí—murmuró Sonia, que bajó los ojos confusa.

—¿Os pegaba Catalina Ivanovna cuando estabais en casa de vuestro padre?

—¡Oh, no! ¿Cómo podéis decir eso? ¡No!—exclamó la joven, mirando á Rascolnikof con cierta especie de admiración.

—¿La amáis, pues?

—¿A ella? ¿Cómo no?—agregó Sonia con voz apagada y doliente.

Y juntó las manos con expresión de piedad.

—¡Oh, si la hubieseis conocido! Es como un niño. . . . Algo turbado el juicio. . . . por la desgracia. ¡Pero qué inteligente!. . . . ¡Qué buena y generosa! ¡No sabéis nada!. . . . ¡Ah!

Sonia dió á sus últimas palabras una entonación casi desesperada. Era presa de extraordinaria agitación, y desolada se retorció las manos. Sus pálidas mejillas habíanse coloreado nuevamente, y el sufrimiento se leía en sus ojos. Era evidente que habían herido una de sus cuerdas sensibles, y que descaba disculpar á Catalina Ivanovna. De repente, una compasión insaciable, si puede así decirse, manifestóse en todos los rasgos de su rostro.

—¡Ella maltratarme! ¡Qué decís, señor! ¡Ella pegarme! ¡Y aun cuando me hubiera pegado! ¿Qué? ¡No sabéis nada, nada!. . . . ¡Es tan desgraciada!. . . . ¡Oh, qué desgraciada es! Y enferma. . . . Busca la justicia. . . . Es pura. . . . Cree que la justicia debe reinar en todo, y clama por ella. . . . Podéis maltratarla cuanto queráis, que nada injusto hará ella. No ve que es imposible que la justicia reine en el mundo, y se irrita. . . . como un niño, como un niño pequeño. ¡Es justa, justa!

—¿Y vos? ¿Qué va á ser de vos?

Sonia le interrogó á su vez con los ojos, sin contestar á su pregunta.

—Están á vuestro cargo. Verdad que los teníais antes: el difunto iba á pedirnos dinero para beber. Pero ¿qué ocurrirá ahora?

—No sé—respondió Sonia tristemente.

—¿Continuarán allí?

—No sé. Deben á su patrona, y me parece que hoy les ha dicho que iba á echarlas á la calle; Catalina Ivanovna, por su parte, asegura que no seguirá allí ni un minuto más.

—¿Y en qué se funda tal seguridad? ¿Cuenta con vos?

—¡Oh, tenemos la bolsa común; nuestros intereses son los mismos!—agregó vivamente Sonia, cuyo enojo en aquel momento se asemejaba á la inofensiva cólera de un pajarillo.—Por otra parte, ¿cómo podría pensarlo?—preguntó, animándose más y más.—¡Y, cuánto, cuánto lloró hoy! Tiene turbado el juicio. ¿No lo notasteis? Hace cosas extrañas, sueña imposibles; habla de sacar dinero no sé de dónde, y de volver á su pueblo conmigo; allí fundará una casa-pensión para las hijas de nobles, y me confiará las funciones de administradora de la casa; “una vida nueva, una vida feliz empezará para nosotras,” me dice, abrazándome. Y estos pensamientos la consuelan. ¡Cree tan firmemente á su imaginación! ¿Acaso puede contradecirsele? El día de hoy lo ha pasado lavando y arreglándolo todo; al concluir ha caído rendida sobre la cama. Por la mañana habíamos ido á algunas tiendas; queríamos comprar calzado á Lena y Poletchka, porque el que tienen no vale nada. Desgraciadamente, no había dinero. Se necesitaba mucho, pues había elegido unas lindas botinas, porque tiene gusto. . . . y allí, en la tienda, se ha echado á llorar delante de los comerciantes. . . . porque no tenía para comprarlas. . . . ¡Ah, qué triste era aquello!

—Se comprende, sabido eso, que viváis. . . . así— observó Rascolnikof, con una amarga sonrisa.

—¿Y vos? ¿Acaso no sentís piedad hacia ella?— exclamó Sonia.— Os privasteis por ella de todos vuestros recursos y eso que no la conocíais. ¡Si todo lo hubieseis visto! ¡Señor! ¡Y cuántas veces la hice llorar! La semana pasada, ocho días antes de morir mi padre, obré con mucha dureza. ¡Y cuántas veces me porté del mismo modo! ¡Ah, qué pena he sentido esta mañana, recordando estas cosas!

Sonia se retorcia las manos. Tan doloroso era el recuerdo.

—¿Vos obrar con dureza?

—¡Sí, yo, yo! Fuí á verlas—continuó, llorando,—y mi padre me dijo: “Me duele la cabeza, Sonia; léeme algo. . . . ahí tienes un libro.” Era un volumen del señor Lebeziatnikof, el cual nos prestaba libros muy chistosos. “Tengo que marcharme,” respondí. No tenía ganas de leer; había ido á su casa para enseñar á Catalina Ivanovna algunas cosas que acababa de comprar. Isabel, la vendedora, me había traído puños y cuellos muy bonitos, con ramos, y casi nuevos; los había comprado baratos. A Catalina Ivanovna le gustaron. “Regálame los, Sonia, te lo ruego!” me dijo. No los necesitaba, pero ella es así; se acuerda de los tiempos felices de su juventud. Se mira al espejo, y no tiene ropa ni nada hace mucho tiempo. Es orgullosa: antes de pedir, daría enanto poseer; y sin embargo, me pidió aquello. ¡Tanto le agradaba! A mí me costaba trabajo dárselos. “¿Qué falta os hacen, Catalina Ivanovna?” la dije. Sí, eso le dije. ¡No debí hablarla así!

Ella me miró con tal aire de aflicción, que me dió pena. Y no sentía ella que no le diese los cuellos, sino mi contestación; bien claro lo vi. ¡Ah, si hoy me fuera posible borrar todo esto, hacer que esta y otras palabras no hubieran sido pronunciadas! . . . ¡Oh, sí! . . . Pero ¿qué digo? ¡Todo esto no es importante!

—¿Conocíais á Isabel?

—Sí. . . ¿Y vos? ¿Acaso la conocíais también?—preguntó Sonia, algo admirada.

—Catalina Ivanovna está en el último grado de tisis; vivirá poco—dijo Rascolnikof, después de unos instantes de silencio, y sin responder á la pregunta.

—¡Oh, no, no!

Y Sonia, sin conciencia de lo que hacía, se apoderó de las manos del joven, como si la suerte de Catalina Ivanovna dependiera de él.

—Pero. . . . ¡tanto mejor si se muere!

—¡No, no será mejor!—dijo la pobre joven con espanto.

—¿Y los niños? ¿Qué haréis entonces, puesto que no les podéis tener á vuestro lado?

—¡Oh, no sé!—exclamó ella con acento desesperado, y oprimiéndose la cabeza.

Claro se veía que este pensamiento la preocupaba con frecuencia.

Supongamos que Catalina Ivanovna viva algún tiempo más. Vos podéis caer enferma. . . . ¿Y qué sucederá cuando se os lleve al hospital?—prosiguió, despiadadamente, nuestro héroe.

—¡Ah! ¿Qué decís? ¿Qué decís? ¡Eso es imposible! El espanto había demudado el rostro de la joven.

—¿Cómo imposible?—siguió él, con sarcástica sonrisa.—Supongo que no tendréis comprada la salud... ¿Qué será entonces de ellas? Se verán en el arroyo; la madre pedirá limosna tosiendo, golpeándose la cabeza contra las paredes, como hoy; las niñas llorarán... Catalina Ivanovna caerá en medio de la calle; será transportada á la Casa de Socorro, luego al hospital... y los niños...

—¡Oh, no!... ¡Dios no permitirá eso!—profirió Sonia con voz entrecortada.

Hasta entonces le había escuchado en silencio, los ojos fijos en Rascolnikof, las manos juntas en actitud de súplica muda, como si la afligiese la idea imposible de conjurar las numerosas desgracias que él predicaba.

El joven se levantó y empezó á pasear por el aposento.

Transcurrió un minuto; Sonia seguía en pie, abandonados los brazos, inclinada la cabeza, presa de otros sufrimientos.

—¿Y no podéis hacer economías?—preguntó Rascolnikof, deteniéndose de pronto ante ella.

—No—murmuró Sonia.

—¡Es natural que no! Pero ¿lo habéis intentado?—agregó con cierta ironía.

—Lo he intentado.

—¿Y no lo conseguisteis! ¡Sí, se comprende! Inútil preguntarlo.

Y reanudó su paseo; luego, tras otro minuto de mutismo, dijo:

—¿No ganáis dinero todos los días?

Sonia se turbó más oyendo aquella pregunta, y sus mejillas se enrojecieron.

—No—respondió en voz baja, y con esfuerzo doloroso.

—Sin duda que le ocurrirá lo propio á Poletchka—dijo bruscamente.

—¡No, no! ¡No es posible! ¡No!—exclamó Sonia, á quien aquellas palabras hicieron el efecto de una puñalada.—¡Dios no permitirá tal abominación!

—Permite otras muchas.

—¡No! ¡Dios la protegerá! ¡Dios!...—repitió, fuera de sí.

—Pero si quizá no haya Dios!—agregó, en tono rencoroso, Rascolnikof, que se echó á reír mirando á la joven.

Un súbito cambio se operó en la fisonomía de Sonia; todos los músculos de su rostro se contrajeron. Fijó en su interlocutor una mirada llena de reconvención, y quiso hablar; pero ninguna palabra salió de sus labios, y empezó á sollozar cubriéndose la cara con las manos.

—Decís que Catalina Ivanovna tiene trastornado el juicio. También lo está el vuestro—dijo, después de un breve silencio.

Transcurrieron cinco minutos.

El seguía paseando sin hablar y sin mirar á la joven. Por fin se acercó á ella. Tenía los ojos relucientes, los labios temblorosos. Poniéndole ambas manos en los hombros, clavó una mirada ardiente en aquel rostro lleno de lágrimas... De repente se inclinó, púsose de rodillas y besó el pie de la joven. Esta retro-

cedió asustada, como si ante sí hubiera visto á un loco. En verdad, la fisonomía de Rascólnikof parecía en aquel momento la de un enajenado.

—¿Qué hacéis? ¡Arrodillarse ante mí!—balbuceó Sonia palideciendo y con el corazón oprimido.

Rascólnikof se levantó al punto.

—No me he prosternado ante ti, sino ante todo el sufrimiento humano—dijo con aire extraño, yendo á ponerse de rodos en el poyo de la ventana.—Oye—prosiguió, volviendo á su lado al cabo de un instante.—Poco tiempo hace, le dije á un insolente que no valía lo que un dedo tuyo, y que hoy había honrado á mi hermana invitándola á sentarse á tu lado.

—¡Ah! ¿Cómo habéis podido decir eso? ¿Y delante de ella?—exclamó Sonia estupefacta.—¿Sentarse á mi lado es un honor? ¡Si soy una criatura deshonrada!..... ¡Ah! ¿Por qué habéis dicho eso?

—Al hablar de tal modo, no pensaba ni en tu deshonra ni en tus faltas, sino en tu gran sufrimiento. Sin duda que eres culpable—continuó con emoción creciente,—pero lo eres, sobre todo, por haberte inmolido como lo hiciste. ¡Creo ciertamente que eres desgraciada! Vivir en lo que detestas, y saber (porque no puedes hacerte ilusiones) que tu sacrificio no es útil á nadie..... Pero dime—concluyó, exaltándose más á cada instante:—¿cómo, con tus delicadezas de alma, te resignas á sufrir un oprobio semejante? ¡Mil veces preferible era matarse y concluir de una vez!

—¿Y ellos? ¿Qué sería de ellos?—preguntó débilmente Sonia, levantando hacia él la mirada de una mártir, pero sin parecer admirada del consejo.

Rascólnikof la contempló con singular curiosidad.

Aquella sola mirada se lo dijo todo. Ella también había tenido esta idea. Muchas veces quizá, en el exceso de su desesperación, había pensado en concluir súbitamente; y debía de haber pensado de un modo serio, toda vez que en aquel instante no manifestaba sorpresa al oír que la proponían tal solución.

Ni aun notó lo que de cruel había en las palabras de nuestro héroe, como puede suponerse; tampoco penetró el sentido de sus reproches, ni comprendió el punto de vista particular desde el cual miraba Rascólnikof su deshonra, como pudo observar el joven. Pero comprendía perfectamente hasta qué punto la torturaba aquella fija idea de su infamante situación, y preguntaba lo que hasta entonces la había impedido suicidarse. La sola respuesta á esta pregunta estaba en la fidelidad de la joven á aquellas criaturas y á Catalina Ivanóvna, la infeliz mujer tísica y casi loca que golpeaba con su cabeza las paredes.

No por esto dejaba de ser claro para él que Sonia, con su carácter y su educación, no podía seguir de aquel modo indefinidamente. Hasta le costaba trabajo explicarse que, ya que no suicidado, la joven no se hubiera vuelto loca. Sin duda veía bien que la situación de Sonia constituía un fenómeno social rarísimo; pero ¿no era esto una razón más para que la vergüenza la matara, al entrar en una senda de la que todo debía alejarla? ¿Qué era, pues, lo que la sostenía? ¿Sería el placer propio de la depravación? No; sólo su cuerpo era el entregado á la prostitución; el vicio no había entrado en su alma. Rascólnikof lo veía; leía co-

mo en un libro en el corazón de la infeliz joven.

—Su suerte está decidida—pensaba.—Ante si tiene el canal, el manicomio ó el embrutecimiento.

Le repugnaba admitir esta última eventualidad; pero, escéptico, no podía eximirse de creerla más probable.

—¿Es posible, sin embargo, que así sea?—se decía.

¿Es posible que esa criatura, que todavía conserva su pureza de alma, concluya por sumirse deliberadamente en el vicio? ¿No ha dado el primer paso? Y si ha podido soportar semejante vida, ¿no es porque el vicio ha perdido ya para ella su horror? ¿No; lo que hasta este momento la impidió suicidarse, es el temor de cometer un pecado y el interés que “ellos” la inspiran. Y si no se ha vuelto loca. Pero ¿quién dice que no lo esté? ¿Goza, acaso, de todas sus facultades? ¿Acaso se puede discurrir como lo hace ella? ¿Razonaría como ella una persona de sano juicio? ¿Se puede ir á la perdición con esa tranquilidad, y cerrando el oído á los consejos? ¿Luego espera un milagro? Indudablemente. ¿No son éstos claros síntomas de enajenación mental?

Se detuvo obstinadamente en aquella idea: “Sonia está loca.” Tal perspectiva le desagradaba menos que las demás. Examinó atentamente á la joven.

—¿Rezas mucho, Sonia,—la preguntó.

La joven guardaba silencio; de pie, junto á ella, esperaba él la respuesta.

—¿Qué sería de mí sin Dios?—dijo Sonia en voz baja, pero enérgica.

Y dirigiendo á Rascolnikof una rápida mirada de

sus brillantes ojos, le estrechó con fuerza la mano.

—Vaya, me engañaba—dijose él.

—Pero ¿qué es lo que Dios hace por ti?—la preguntó, deseoso de aclarar completamente sus dudas.

Sonia guardó silencio, como si no se hallase en estado de responder. La emoción henchía su débil pecho.

—¡Callaos! ¡No me preguntéis! ¡No tenéis derecho!—exclamó de repente, mirándole con ira.

—En efecto, es verdad—pensó Rascolnikof.

—¡Dios lo puede todo!—murmuró ella rápidamente, volviendo á mirar al suelo.

—He ahí encontrada la explicación—concluyó él mentalmente.

Y contempló á Sonia con ávida curiosidad.

Experimentaba una sensación nueva, extraña, casi insana, contemplando aquella criatura pálida, demerada, angulosa; aquellos ojos azules y dulces que podían despedir tanto fuego y expresar una pasión tan vehemente, y aquel cuerpecito, todo tembloroso de indignación y de cólera. Aquello le parecía más extraño, más fantástico cada vez.

—¡Está loca!—repetía.

Sobre la mesa había un libro. Rascolnikof lo había visto muchas veces en sus paseos por el aposento. Lo cogió y lo examinó. Era una traducción rusa del Nuevo Testamento.

—¿De dónde te viene esto?—preguntó á Sonia, desde el otro extremo de la habitación.

—Me lo han prestado—respondió ella como á su pesar, sin mirar á Rascolnikof.

—¿Quién te lo ha prestado?

—Isabel; se lo había pedido.

—¡Isabel! ¡Es extraño!—pensó.

Todo cuanto veía en la habitación de la joven tomaba para él un aspecto cada vez más extraordinario. Se acercó á la luz con el libro, y se puso á hojearlo.

—¿Dónde está aquello de la resurrección de Lázaro?—preguntó bruscamente.

Sonia, con los ojos obstinadamente clavados en el suelo, guardó silencio.

—¿Dónde está la resurrección de Lázaro? Sonia, búscame ese pasaje.

La joven miró de soslayo á su interlocutor.

—En el cuarto Evangelio.....—dijo sin moverse.

—Búscalo y léemelo—murmuró él.

Luego tomó asiento, púsose de codos sobre la mesa, apoyó la cabeza sobre la mano, y con aire sombrío, dispúsose á escuchar.

Sonia vaciló un poco antes de acercarse á la mesa. El extraño deseo de Rascólnikof le parecía poco sincero. Tomó el libro, sin embargo.

—¿Acaso no lo leísteis?—preguntó, mirándole de reojo.

Su tono se hacía cada vez más duro.

—Hace tiempo..... Cuando era niño. ¡Lee!

—¿No lo oísteis en la iglesia?

—No.... no voy. ¿Vas tú con frecuencia?

—No—respondió Sonia con vacilación.

Rascólnikof sonrió.

—Comprendo..... En tal caso, ¿no asistirás mañana á las exequias de tu padre?

—Sí. La semana pasada también fui á la iglesia.... Asisti á una misa de "requiem."

—¿Por quién?

—Por Isabel. La mataron á hachazos.

Los nervios de Rascólnikof estaban más irritados cada vez. La cabeza empezaba á darle vueltas.

—¿Tenías amistad con Isabel?

—Sí..... Era justa..... Venía á verme..... raras veces..... no era libre de hacerlo. Leíamos y..... hablabamos. Ella ve á Dios.

Rascólnikof tornóse pensativo. ¿Sobre qué versarían las misteriosas conversaciones entre dos idiotas como Sonia é Isabel?

—¡Acabaría también por volverme loco! ¡Se respira la locura en este aposento!—pensó.—¡Lee!—gritó súbitamente y con tono agrio.

Sonia seguía vacilando. Su corazón latía con fuerza. Parecía que temía leer. Rascólnikof miró con expresión casi dolorosa á la "pobre enajenada."

—¿Qué os importa eso, si no lo creéis?.....—murmuró con voz sofocada.

—¡Lee, lo deseo!—insistió.—¿No le leías á Isabel?

Sonia abrió el libro y buscó el pasaje. Sus manos temblaban, la voz se detenía en su garganta. Dos veces trató de leer, y no pudo articular ni una sílaba.

"Cierta Lázaro, de Bethania, estaba enfermo".... comenzó al fin, haciendo un esfuerzo.

Pero de repente, á la tercera palabra, su voz se tornó sibilante, anhelosa, y quebróse como una cuerda de-

masiado tirante. Su oprimido pecho carecía de aliento.

Rascolnikof se explicaba en parte las vacilaciones de Sonia, y conforme la iba comprendiendo, reclamaba más imperiosamente la lectura. Conocía cuánto costaba á la joven el abrirle en cualquier forma su mundo interior. Se veía que sin trabajo no podía resolverse á hacer confidente á un extraño de los sentimientos que, quizá desde la adolescencia, la habían animado, que habían sido su viático moral, cuando entre un padre borracho, una madre rendida por la desgracia y entre niños hambrientos, no oía sino injurias y clamores injuriosos. El veía todo aquello, y también veía que, no obstante su repugnancia, ella tenía grandes deseos de leer, de leer "para él," sobre todo "entonces" Los ojos de la joven, la agitación de que era presa, se lo revelaban.

Por un violento esfuerzo sobre sí misma, Sonia venció la angustia que oprimía su garganta, y continuó leyendo el oncenavo capítulo del evangelio según San Juan. Al concluir el versículo 19, hizo una pausa, á fin de dominar por completo la emoción, que nuevamente hacía temblar su voz. . . . y prosiguió:

" Creo, Señor, que tú eres el Cristo, hijo de Dios, venido á este mundo."

Interrumpió después la lectura, y levantó los ojos hacia el joven; pero los bajó al punto para proseguir.

Rascolnikof escuchaba inmóvil, y mirando siempre de reojo.

Sonia siguió leyendo hasta al versículo 32.

Y concluido éste, Rascolnikof se volvió hacia ella y la miró agitado.

¡Sí, era aquello! Estaba temblorosa, verdaderamente febril. Lo que él había pensado.

Llegaba al milagroso relato, y un sentimiento de triunfo se apoderaba de ella. Las líneas del libro se confundían ante sus ojos, ya turbios; pero se sabía el pasaje de memoria. Al leer "No podía El, El, que volvió la vista á un ciego, impedir que este hombre muriese. . . ." bajó la voz, dando un acento apasionado á la duda, á la censura, á la reprobación de aquellos juicios incrédulos y ciegos que, al cabo de un instante, como heridos por el rayo, iban á caer de rodillas, á sollozar, á creer. . . .

—¡Y él, él que es ignominiosamente ciego, incrédulo, él también oirá y creerá! ¡Sí, sí! ¡Inmediatamente, ahora mismo!—pensaba, toda conmovida por aquella alegre esperanza.

" El sepulcro era una gruta cubierta con una piedra. Marta, hermana del muerto, le dijo: "Señor, huele ya mal, porque hace "cuatro" días que está enterrado."

Sonia subrayó la palabra "cuatro."

"Jesús le respondió: ¿No te dije que si crees verás la gloria de Dios? Quitaron la piedra; levantando los ojos, Jesús dijo: Padre mío, gracias te doy por lo que me concediste. Sé, por lo que á mí hace, que Tú siempre me escuchas; pero te digo esto por el pueblo que me rodea, á fin de que crea que Tú fuiste quien me envió. Dichas estas palabras, gritó con voz potente: ¡Lázaro, sal fuera! "Y el muerto salió" (Sonia se es-

tremecía, cual si fuera testigo del milagro) con las manos vendadas y el rostro envuelto en un paño. Jesús les dijo: Desatadle y dejadle andar.”

“Entonces, muchos de los judíos que habían ido á casa de María y que vieron lo que Jesús había hecho, creyeron en El.”

No leyó más; la hubiera sido imposible. Cerró el libro, y se puso en pie vivamente.

—Es todo lo que hay respecto á la resurrección de Lázaro—dijo en voz baja y temblorosa, sin volverse hacia aquel á quien hablaba.

Parecía temer alzar la vista hacia Rascolnikof. Continuaba su temblor febril. El cabo de vela, que acababa de consumirse, alumbraba vagamente aquella habitación, en que una prostituta y un asesino concluían de leer el Evangelio. Transcurrieron cinco minutos.

De repente, Rascolnikof se levantó y se acercó á Sonia.

—Vine para hablarte de un asunto—dijo en voz muy alta.

Y al decir esto fruncía el entrecejo.

La joven levantó la vista, y vió que su mirada, de dureza particular, expresaba alguna feroz resolución.

—Hoy—prosiguió—he renunciado á cuantos lazos me unían á mi madre y á mi hermana. No volveré á visitarlas. Mi ruptura con los míos está consumada.

—¿Por qué?—preguntó Sonia con asombro.

Su encuentro de poco antes con Pulqueria Alejandrovna y Dumetchka la había dejado una impresión

extraordinaria, si bien para ella obscura. Una especie de espanto apoderóse de Sonia al saber que el joven había roto con su familia.

—Ahora no tengo á nadie sino á ti—prosiguió él.—Marchémonos..... Vine á proponerte esto. ¡Sobre los dos pesa una maldición! ¡Partamos juntos!

Sus ojos relucían.

—Diríase que está loco—pensó la joven.

—¿Y á dónde ir?—preguntó, espantada, y retrocediendo involuntariamente.

—¿Qué sé yo! Sólo sé que el camino y el fin son iguales para ambos. ¡Estoy seguro de ello!

Ella le miró sin comprenderle. Una conclusión clara se desprendía, á su juicio, de las palabras del joven: que Rascolnikof era en extremo desgraciado.

—Nadie te comprenderá, por mucho que hables—continuó.—Pero yo sí te comprendo. Me eres necesaria; aquí tienes por qué he venido á buscarte.

—No comprendo.....—balbuceó Sonia.

—Lo comprenderás más adelante. ¿Acaso no obraste tú..... como obré yo? Tú también has infringido la ley..... Tuviste ese valor. Tú has atentado contra ti misma, destruiste una vida..... la tuya (¡viene á ser lo mismo!). Ni tú ni yo podemos vivir “solos;” perderíamos la razón. ¡Es necesario que partamos juntos, que sigamos el mismo camino! ¡Vámonos!

—¿Por qué? ¿Por qué decís eso?—exclamó Sonia, extrañamente turbada al escuchar aquel lenguaje.

—¿Por qué? Porque no puedes seguir de ese modo; ¡he aquí por qué! Es necesario razonar seriamente y ver las cosas bajo su aspecto verdadero, en lugar de

llorar como un niño y ponerlo todo en manos de Dios. ¿Qué ocurrirá, te pregunto, si mañana te ves conducida al hospital? Catalina, loca casi y tísica, morirá pronto. ¿Qué será de sus hijos? ¿No es segura la desdicha de Poletchka?

—¿Qué hacer, pues? ¿Qué hacer?—agregó, llorando, Sonia, y retorciéndose las manos.

—¿Qué hacer? Es preciso cortar el cable de un solo tajo, y seguir adelante, ocurra lo que ocurra. ¿No comprendes? Más adelante lo comprenderás. La libertad y el poder, ¡el poder sobre todo! ¡Reinar sobre todas las criaturas, sobre todo el hormiguero! ¡He aquí el fin! ¡Acuérdate de esto! Es mi testamento. Quizá te hablé ahora por última vez. Si mañana no vengo, ya lo sabrás todo; acuérdate entonces de mis palabras. Más tarde, de aquí á algunos años, con la experiencia de la vida, quizá comprendas lo que significan. Si vengo mañana, mañana te diré quién mató á Isabel. ¡Adiós!

Sonia se estremeció y le contempló con extravío.

—Pero. ¿acaso sabéis quién la ha matado?—preguntó, helada de terror.

—Lo sé. ya te lo diré. á ti, á ti sola. Te he preferido. No vendré á pedirte perdón, sino sencillamente á decírtelo. Hace mucho tiempo que te elegí. Desde el momento en que tu padre me habló de ti, en vida de Isabel, se me ocurrió la idea. ¡Adiós! ¡No me des la mano! ¡Hasta mañana!

Salió, dejando á Sonia la impresión que produce el ver á un loco; pero ella también estaba como loca, lo conocía. Su cabeza le daba vueltas.

—¡Señor! ¿Cómo es que sabe quién mató á Isabel? ¿Qué querrán decir esas palabras? ¡Es extraño!

No tuvo, sin embargo, la sospecha más mínima de la verdad.

—¡Oh, debe ser terriblemente desgraciado! Abandona á su madre y á su hermana. ¿Por qué? ¿Qué le ha ocurrido? ¿Y cuáles son sus propósitos? ¿Qué fué lo que me dijo? Me besó el pie y me dijo. . . . me dijo. (sí, éstas fueron sus palabras) que no podía vivir sin mí. ¡Oh Señor!

En la habitación que ocupaba Sonia había una puerta condenada, y tras de la puerta una habitación que Sonia creía estaba por alquilar. Pero en aquel aposento habitaba el señor Svidrigaylof, quien desde el principio al fin había escuchado la conversación de los dos jóvenes, la cual parecía interesarle en alto grado. Se prometió ser testigo invisible de la próxima entrevista.

V

Quando, á las once del día siguiente, Rascólnikof se presentó ante el juez de instrucción, mucho le admiró tener que esperar largo rato.

Paseó en derredor una mirada llena de desconfianza. ¿No había allí alguien encargado de vigilarle, por si llegaba el caso de impedir su huida? Nada vió que le hiciera sospechar: los escribientes seguían trabajando;

llorar como un niño y ponerlo todo en manos de Dios. ¿Qué ocurrirá, te pregunto, si mañana te ves conducida al hospital? Catalina, loca casi y tísica, morirá pronto. ¿Qué será de sus hijos? ¿No es segura la desdicha de Poletchka?

—¿Qué hacer, pues? ¿Qué hacer?—agregó, llorando, Sonia, y retorciéndose las manos.

—¿Qué hacer? Es preciso cortar el cable de un solo tajo, y seguir adelante, ocurra lo que ocurra. ¿No comprendes? Más adelante lo comprenderás. La libertad y el poder, ¡el poder sobre todo! ¡Reinar sobre todas las criaturas, sobre todo el hormiguero! ¡He aquí el fin! ¡Acuérdate de esto! Es mi testamento. Quizá te hablé ahora por última vez. Si mañana no vengo, ya lo sabrás todo; acuérdate entonces de mis palabras. Más tarde, de aquí á algunos años, con la experiencia de la vida, quizá comprendas lo que significan. Si vengo mañana, mañana te diré quién mató á Isabel. ¡Adiós!

Sonia se estremeció y le contempló con extravío.

—Pero. ¿acaso sabéis quién la ha matado?—preguntó, helada de terror.

—Lo sé. ya te lo diré. á ti, á ti sola. Te he preferido. No vendré á pedirte perdón, sino sencillamente á decírtelo. Hace mucho tiempo que te elegí. Desde el momento en que tu padre me habló de ti, en vida de Isabel, se me ocurrió la idea. ¡Adiós! ¡No me des la mano! ¡Hasta mañana!

Salió, dejando á Sonia la impresión que produce el ver á un loco; pero ella también estaba como loca, lo conocía. Su cabeza le daba vueltas.

—¡Señor! ¿Cómo es que sabe quién mató á Isabel? ¿Qué querrán decir esas palabras? ¡Es extraño!

No tuvo, sin embargo, la sospecha más mínima de la verdad.

—¡Oh, debe ser terriblemente desgraciado! Abandona á su madre y á su hermana. ¿Por qué? ¿Qué le ha ocurrido? ¿Y cuáles son sus propósitos? ¿Qué fué lo que me dijo? Me besó el pie y me dijo. . . . me dijo. (sí, éstas fueron sus palabras) que no podía vivir sin mí. ¡Oh Señor!

En la habitación que ocupaba Sonia había una puerta condenada, y tras de la puerta una habitación que Sonia creía estaba por alquilar. Pero en aquel aposento habitaba el señor Svidrigaylof, quien desde el principio al fin había escuchado la conversación de los dos jóvenes, la cual parecía interesarle en alto grado. Se prometió ser testigo invisible de la próxima entrevista.

V

Quando, á las once del día siguiente, Rascólnikof se presentó ante el juez de instrucción, mucho le admiró tener que esperar largo rato.

Paseó en derredor una mirada llena de desconfianza. ¿No había allí alguien encargado de vigilarle, por si llegaba el caso de impedir su huida? Nada vió que le hiciera sospechar: los escribientes seguían trabajando;

las personas de fuera de la casa entraban, salían ó estaban sentadas, sin fijarse para nada en nuestro joven.

Este comenzó á tranquilizarse.

—Si, en efecto—pensó,—aquel misterioso personaje de ayer, aquel espectro surgido de la tierra, lo hubiese visto todo, ¿se me dejaría tan tranquilo como estoy? De consiguiente, ó aquel hombre nada dijo todavía, ó bien no vió nada ni sabe nada (¿cómo iba á verlo, por otra parte?), y yo fuí víctima de una ilusión de mi fantasía enferma.

Cada vez encontraba más verosímil esta explicación, que la víspera se ofrecía á su mente cuando más inquieto estaba.

Reflexionando de este modo y preparándose para una nueva lucha, Rascolnikof notó de pronto que temblaba, y hasta se indignó al pensar que era de miedo ante la idea de tener una entrevista con Porfirio Petrovitch. Lo más terrible para él, era volver á verse en presencia de aquel hombre; le odiaba lo increíble, y temía que su odio le hiciera traición.

Su indignación fué tan grande, que de pronto cesó su temblor. Se dispuso á entrar con aire frío y seguro, prometiéndose hablar lo menos posible, mantenerse siempre alerta, y dominar á toda costa su natural irascible.

Porfirio Petrovitch hallábase solo en su gabinete. Cuando reparó en Rascolnikof, se levantó de la mesa y fué á cerrar la puerta de entrada, parándose luego ante el joven.

Le acogió de la manera al parecer más jovial y afable; hasta pasados unos minutos, Rascolnikof no pudo

notar la turbación del magistrado, que pareció sorprendido en un manejo clandestino.

—¡Ah, muy respetable señor!.... ¡Os tenemos.... en nuestros parajes!.....—prorrumpió Porfirio, ofreciéndole ambas manos.—Sentaos, “batuchka.” Pero..... quizá no os guste que se os llame, respetable tan “secamente”..... “batuchka.” No toméis esto, os lo suplico, por una familiaridad..... Aquí, sentaos aquí, en el diván.

—¿Cómo interpretar la frase “en nuestros parajes” y la palabra “secamente?” ¿Qué querían decir estas excusas por su familiaridad? Me ha ofrecido ambas manos, sin darme ninguna; las retiró en seguida—pensó Rascolnikof, desconfiando ya.

Se observaban el uno al otro; pero en cuanto sus miradas se encontraban, las volvían á otro lado rápidamente.

—He venido á traeros este documento..... relativo al asunto del reloj. Aquí le tenéis..... ¿Basta ése, ó es preciso hacer otro?

—¿Cómo? ¿Qué papel? Sí, sí..... No os molestéis..... está bien.....—respondió, con cierta precipitación, el magistrado, que pronunció aquellas palabras antes de haber visto el papel.

Luego, cuando por él hubo pasado una ojeada rápida,

—Sí, está bien; es lo que se necesita—continuó, siempre hablando de prisa, y depositando el papel sobre la mesa.

Un minuto después lo encerraba en un cajón; empezaba á hablar de otra cosa.

—Me parece—dijo Rascolnikof—que ayer significasteis deseos de interrogarme..... por pura fórmula..... respecto á mis relaciones con la..... asesinada.

—¿Por qué he dicho “me parece?”—pensó de pronto el joven.—¡Bah! ¿Qué importa esa palabra? ¿Por qué he de inquietarme?—agregó mentalmente, y casi á renglón seguido.

Por el solo hecho de hallarse ante Porfirio, con quien apenas había cambiado un par de palabras, su desconfianza había tomado insensatas proporciones.

Lo notó súbitamente, comprendiendo que aquella disposición de espíritu era en extremo peligrosa; su agitación y lo irritado de sus nervios aumentaban.

—¡Malo, malo!.... ¡Soltaré alguna necedad.

—Sí, sí; no os apresuréis; tenemos tiempo, tenemos tiempo....—murmuró Porfirio Petrovitch, que, sin aparente objeto, iba y venía por la estancia, evitando la mirada de Rascolnikof, parándose muchas veces frente á éste para mirarle con fijeza.

Era un espectáculo extraordinariamente chocante el que ofrecía en tal momento aquel hombrecillo rechoncho, cuyas evoluciones recordaban las de la pelota rebotando de una á otra pared.

—No hay prisa, no hay prisa..... Pero ¿fumáis? ¿Tenéis tabaco? Tomad un cigarrillo—dijo, ofreciendo uno al visitante.—Yo recibo aquí, pero mis habitaciones están allá, tras de ese tabique..... Paga el Estado,.... A propósito: ¿qué gran cosa es vivir en una casa pagada por el Estado! ¿No os parece?

—Sí, es una gran cosa—respondió Rascolnikof, mirándole con burla.

—Una gran cosa.....—repitió Porfirio Petrovitch, que parecía preocupado por otra causa.—¡Sí, una gran cosa!—volvió á repetir bruscamente y con voz casi tonante, deteniéndose á dos pasos del joven, á quien miró con fijeza.

La incesante y terca repetición de aquella frase, contrastaba, por su insulsez, con la mirada seria, profunda, enigmática que entonces dirigía á su visitante.

La cólera de Rascolnikof aumentó, y no pudo eximirse de dirigir al juez de instrucción un desaffo burlesco y demasiado imprudente.

—Como sabéis—empezó, mirándole de modo casi insolente, y satisfecho de su propio atrevimiento,—es, á lo que parece, una regla de procedimiento jurídico el comenzar hablando de cosas tontas, á fin de infundir ánimos al interrogado, mejor dicho, á fin de distraerle, para adormecer su prudencia, y bruscamente, de improviso, asestarle en plena coronilla la pregunta más peligrosa. ¿Verdad que es costumbre obrar así en vuestra profesión?

—Según eso, pensáis que al hablaros de la habitación pagada por el Estado.....

Y el juez se echó á reír con risa nerviosa, prolongada, que conmovió toda su persona.

Rascolnikof le imitó, forzándose un poco. La hilaridad de Porfirio fué en aumento; su rostro se tornó casi carmesí: nuestro joven sintió una impresión de disgusto que le impelió á olvidar toda su prudencia. Dejando de reír, frunció las cejas, y mientras Porfirio

Petrovitch se abandonaba á aquella alegría, que parecía algo fingida, le asestaba miradas de odio. Porfirio, entregado á su risa, parecía cuidarse poco del descontento de Rascolnikof. Esta última circunstancia dió qué pensar al joven; creyó comprender que su llegada no había impresionado al juez de instrucción; él, por el contrario, era el caído en la trampa; sospechaba que allí había un lazo que no acertaba á descubrir.

Yendo derecho al asunto, se levantó y tomó su gorra.

—Porfirio Petrovitch—exclamó en tono resuelto, pero en el que se traslucía una viva indignación,—ayer significasteis el deseo de interrogarme. (Subrayó particularmente la palabra “interrogarme.”) He venido á ponerme á vuestras órdenes. Si tenéis algo que preguntarme, hacedlo, ó permitid que me retire, en caso contrario. No puedo perder tiempo; tengo que hacer..... He de ir al entierro de aquel que murió aplastado por un coche, y del cual..... habréis oído hablar.....—agregó, arrepintiéndose al punto de haber pronunciado las últimas palabras.

Después repitió lo dicho, con cólera creciente.

—¡Señor!..... Pero ¿qué estáis diciendo? ¿Sobre qué os tengo que interrogar?—dijo el juez de instrucción, que al momento guardó silencio.—No os inquietéis, os lo ruego. Vinisteis aquí como visitante.... En cuanto á esta risa maldita, “batuchka,” dispensadme, Rodion Romanovitch. Soy nervioso; me hizo mucha gracia vuestra observación; hay ocasiones en que, en efecto, me pongo á saltar como una pelota de goma..... Soy risueño. Mi temperamento me hace te-

mer la apoplejía..... Pero ¿por qué no os sentáis? Os lo ruego, “batuchka”..... De lo contrario, creeré que estáis enfadado.

Con las cejas fruncidas, Rascolnikof guardaba silencio y observaba. Sentóse, sin embargo.

—En lo que me concierne, Rodion Romanovitch, os diré una cosa que servirá para explicaros mi carácter—agregó Porfirio Petrovitch, sin interrumpir sus paseos, evitando, como siempre, las miradas de Rascolnikof.—Vivo solo en el mundo, como sabéis; no trato á nadie; soy un hombre agotado, y..... ¿habéis notado, Rodion Romanovitch, que en Rusia, y sobre todo en nuestros círculos petersburgueses, cuando se encuentran dos hombres inteligentes que aún no se conocen bien, pero que se aprecian recíprocamente, como vos y yo, por ejemplo, en este instante, no encuentran qué decirse por espacio de una hora, y se quedan petrificados el uno ante el otro? ¿A qué obedece esto, “batuchka”? ¿Por qué hemos de ser tan tímidos y taciturnos? ¿Obedece esto á que somos personas honradas y procuramos no engañarnos mutuamente? ¡No lo sé! ¿Cuál es vuestra opinión? Pero dejad la gorra. Se diría que deseáis marcharos, y esto me disgusta..... Me place tanto vuestra compañía.....

Rascolnikof dejó su gorra, pero no rompía su mutismo, y con las cejas fruncidas, seguía escuchando al juez.

—Indudablemente, dice tantas necedades para distraerme.

—No os ofrezco café, porque éste no es sitio apro-

piado para ello; pero ¿queréis pasar cinco minutos con un amigo y le procuraréis distracción?—prosiguió el inagotable Porfirio.—Dispensad, “batuchka,” que me pasee. ¡Me es tan necesario el movimiento!..... En cuanto á los deberes de mi cargo, á esos interrogatorios y á toda formalidad..... vos mismo hablasteis de ello no hace mucho..... Sabéis, “batuchka,” Rodion Romanovitch, que dichos interrogatorios rinden al magistrado antes que al reo en muchas ocasiones..... Lo hicisteis notar no ha mucho, con tanto acierto como justicia. (Rascólnikof no había hecho tal observación.) ¡Se embrolla uno, verdad, pierde la ilación! En lo que atañe á nuestros asuntos jurídicos, de acuerdo estoy con vos. Pero vos..... ¿pensasteis que al hablaros de lo que el Estado nos paga?..... ¡Ja, ja! Sois un hombre cáustico. Hablasteis también de la forma en lo concerniente al magistrado instructor.... ¿Qué es la forma? Sabéis que hay muchos casos en que nada significa. En ocasiones, una sencilla conversación, una conversación amistosa, conduce al más seguro resultado. Nunca desaparecerá la forma; permitid que os tranquilice á este respecto. Pero ¿qué es, en el fondo, lo que se llama forma? No se puede obligar al juez instructor á que sin cesar se sujete á ella. Su tarea es, en este punto, un arte liberal, ó cosa así..... ¡Ja, ja!

Calló un instante para respirar. Hablaba sin interrupción, tan pronto pronunciando verdaderas simplezas como deslizando frases enigmáticas. Y todo sin dejar de pasearse. Rascólnikof creyó notar que, dando vueltas en torno del aposento, se había detenido dos

veces junto á la puerta, como para escuchar un instante.....

—¿Esperará algo?

—Tenéis razón—prosiguió alegremente Porfirio, mirando al joven con una benevolencia que le inspiró recelo.—Nuestras prácticas jurídicas merecen, en efecto, vuestras ingeniosas chanzas. ¡Ja, ja! Estos procedimientos, pretenciosamente inspirados en una profunda psicología, son altamente ridículos, y hasta estériles.....

—Volviendo á la forma, supongamos que estoy encargado de la instrucción de un proceso. Sé, ó creo saber, que el culpable es un señor, un caballero..... ¿No os disponéis á seguir la carrera de Derecho, Rodion Romanovitch?

—Sí, la estudiaba.....

—Pues oíd un ejemplo que os servirá en adelante. Supongo que he descubierto al culpable. ¿Por qué he de molestarle prematuramente, aun cuando tenga pruebas contra él? Sin duda que á otro que no fuese de su condición, le habría hecho detener; pero ¿por qué no dejar que éste se pasee? ¡Ja, ja! Veo que no me habéis comprendido. Me explicaré más claramente.

Si, por ejemplo, me apresuro á dictar un auto de prisión contra él, le doy, por decirlo así, un punto de apoyo moral. ¿Os reís? (Rascólnikof estaba muy lejos de reír; tenía los labios apretados, y su ardiente mirada no se apartaba de Porfirio Petrovitch). Sin embargo, la cosa es así, porque las personas son distintas, aunque, por desgracia, el procedimiento sea igual para

todas. “Pero desde el momento en que tenéis pruebas.....” me diríais. Ya sabéis lo que son las pruebas, “batuchka:” en las tres cuartas partes de los asuntos, las pruebas tienen dos fines, y yo, juez de instrucción, soy hombre y puedo equivocarme.

Quisiera dar á mis diligencias el absoluto rigor de una demostración matemática; quisiera que mis conclusiones fuesen tan claras, tan indiscutibles, tan exactas como “dos y dos son cuatro.” Luego si hago detener á un caballero antes de tiempo, me privo de los medios ulteriores de fundar y comprobar su culpabilidad, aun cuando me halle seguro de ella. ¿Por qué es esto? Porque le doy, en cierto modo, una situación definida; si le detengo, le tranquilizo, le hago volver de nuevo á su normalidad psicológica; en lo sucesivo se me escapará, se replegará sobre sí mismo; comprende, en fin, qué es un detenido.

Si, por el contrario, le dejo tranquilo, pero obsesionado por el pensamiento de que lo sé todo, de que no le pierdo de vista, ¿qué será de él en tales circunstancias? Se verá presa del vértigo; vendrá á mi casa, me dará infinidad de armas contra sí mismo, me pondrá en condiciones de dar á mi información un carácter evidentemente matemático, lo cual no carece de importancia.

No temo que se me escape. Aparte de otros motivos de menor cuantía, que son lo accesorio, la parte exterior de la cuestión, el presunto culpable no huirá, no sólo porque no sabe dónde ir, sino..... además, y sobre todo, porque me pertenece, es mío “psicológicamente.” ¡Ja, ja! ¿Qué os parece esta frase? En virtud

de una ley natural, no se marchará, aun cuando pueda hacerlo. ¿Visteis la mariposa ante la luz? Pues, imitándola, él se agitará en torno mío. La libertad no tendrá dulzuras para él; cada vez estará más inquieto, más asustado. Si le dejara tiempo, se entregaría á acciones tales, que demostrarían claramente su culpabilidad..... ¡Y siempre, siempre se agitará á mi alrededor, describiendo círculos cada vez más estrechos, hasta que al fin..... ¡paf! caerá en mi boca y me le tragaré! Esto es muy agradable. ¡Ja, ja! ¿No opináis como yo? -

Rascolnikof guardaba silencio. Pálido é inmóvil, continuaba observando á Porfirio con penoso esfuerzo de atención.

—¡La lección es buena!—pensó, todo aterrado.—No es ya el juego de gato con ratón, como ocurría ayer. Sin duda que no me habla de tal modo por el placer de mostrarme su fuerza; es demasiado inteligente para eso..... Debe proponerse otro fin..... ¡Bah, amigo mío, todo lo que dices es para asustarme! No tienes pruebas, y el hombre de ayer ya es otro. Quieres aturdirme, quieres encolerizarme, y dar el gran golpe; pero te engañas, tu trabajo es inútil. Pero ¿por qué se vale de indirectas?..... ¡Cuentas con mis nervios!..... ¡Pero no, amigo mío, no caeré!..... Veremos á ver lo que prepararás.

Y se dispuso á luchar bravamente contra la terrible catástrofe que preveía. De vez en cuando sentía deseos de lanzarse contra Porfirio y estrangularle. Desde que entrara en el gabinete del juez, lo que más temía era no poder dominar su cólera. Sentía que su co-

razón latía con violencia; sus labios se secaban y se llenaban de espuma.

Sin embargo, decidió callar, comprendiendo que, en su posición, era la mejor táctica. De este modo, en efecto, no sólo no se comprometía, sino que hasta lograría irritar á su enemigo y arrancarle cualquier palabra imprudente. Por lo menos, tal era la esperanza de Rasotnikof.

—Veo que no lo creéis; pensáis que bromeo—agregó Porfirio, cada vez más alegre y sin dejar de pasearse.—Tenéis razón. Dios me dió un rostro que no despierta en los demás sino ideas cómicas; soy un bufón; pero excusad á un viejo. Vos, Rodion Romanovitch, estáis en la flor de vuestra edad, y como todos los jóvenes, apreciáis por encima de todo la humana inteligencia. Os seducen los atractivos del ingenio y las deducciones abstractas de la razón.

Pero volviendo al “caso particular” de que hablamos, os diré, caballero, que es preciso contar con la realidad, con la Naturaleza. Es una cosa importante, y ¡cómo triunfa á veces de la habilidad más consumada! Escuchad á un viejo, os lo digo seriamente, Rodion Romanovitch (al pronunciar estas palabras, Porfirio Petrovitch, que apenas contaba treinta y cinco años, parecía envejecer de pronto; una metamorfosis súbita se había obrado en su persona, y un cambio completo en su voz). Además, soy un hombre franco..... ¿No es verdad? Me parece que más franco no cabe serlo. Os confío estas cosas sin pedir os recompensa. ¡Ja, ja!

Pues bien, la agudeza del ingenio es, á mi entender, una gran cosa; es, por decirlo así, el ornamento de la

Naturaleza, el consuelo de la vida, y con ella se puede confundir á un juez de instrucción, que, de otra parte, en ocasiones se ve engañado por su propia imaginación, porque al fin y al cabo es hombre. Pero la Naturaleza sale en ayuda del pobre juez de instrucción. He aquí la desgracia; “he aquí en lo que no piensa la juventud, confiada en su inteligencia; la juventud, que atropella todos los obstáculos” (como dijisteis, de un modo tan discreto como ingenioso).

En el “caso particular” que nos ocupa, admito que el culpable mentirá magistralmente; pero cuando crea no tener que hacer otra cosa que recoger el fruto de su habilidad, ¡crae! se desmayará en el lugar mismo en que el accidente debe suscitar comentarios..... Supongamos que pueda explicarse un síncope por medio de un estado anormal, por lo asfixiante de la atmósfera de la sala. No por eso dejará de dar lugar á sospechas. Ha mentido de un modo incomparable, pero no ha sabido precaverse contra la Naturaleza. ¡He aquí dónde está el lazo!

Otras veces, animado de cierto humor burlón, se divertirá con quien sospeche de él, y para divertirse, fingirá ser el criminal buscado por la policía; pero hará demasiado bien el papel de buen hombre, representará la comedia con “demasiada naturalidad,” y este será un nuevo indicio. ¡Y nuestro hombre se comprometerá á cada momento! ¿Qué digo? Irá adonde no le llaman, pronunciará palabras imprudentes, alusiones cuyo sentido no se escapará á nadie..... ¡Ja, ja! Vendrá aquí á preguntar por qué no le han detenido..... ¡Ja, ja! Y esto puede ocurrirle á una persona

de agudo entendimiento. Pregúntese, si no, á un psicólogo, á un literato. La Naturaleza es el espejo más transparente. ¡Basta contemplarle! Pero ¿por qué palidecéis de tal modo, Rodion Romanovitch? Sin duda tenéis demasiado calor. ¿Queréis que abra la ventana?

—¡Oh, no os molestéis!— contestó Rascolnikof.

Y de repente rompió á reír.

—No hagáis caso de esto, os lo suplico.

Porfirio se detuvo frente á él, esperó un momento, y á su vez prorrumpió en una carcajada.

Rascolnikof, cuya hilaridad se había calmado súbitamente, se levantó.

—¡Porfirio Petrovitch!— dijo en voz clara y fuerte, aunque apenas pudiera tenerse sobre las piernas, que le temblaban.—No me cabe duda alguna de que sospecháis que yo asesiné á la vieja y á su hermana. Por mi parte, os declaro que hace ya tiempo que lo suponía. Si creéis tener derecho á perseguirme, á detenerme, hacedlo. Mas no permito que nadie se burle de mí ni me atormente.....

Sus labios empezaron á temblar, sus ojos despidieron llamaradas, y su voz, contenida hasta entonces, se elevó al más alto diapason.

—¡No lo permito!—gritó con brusquedad, asestando un vigoroso puñetazo sobre la mesa.—¿Oís, Porfirio Petrovitch? ¡No lo permito!

—¡Señor!.... Pero ¿qué os pasa?—gritó el juez de instrucción, muy inquieto al parecer.—“¡Batuchka!” ¡Rodion Romanovitch! ¡Amigo mío! ¿Qué os pasa?

—¡No lo consiento!—repitió Rascolnikof.

—¡Un poco más bajo, “batuchka!” Se os oirá, puede venir alguien..... ¿y qué le diríamos? Pensad en esto—murmuró Porfirio, aproximando el rostro al del visitante.

—¡No lo consiento! ¡no lo permito!—prosiguió maquinalmente Rascolnikof.

Pero había bajado la voz, de manera que sólo le oía Porfirio.

Este abrió la ventana.

—Es preciso ventilar la sala. ¿Queréis agua, querido amigo? ¡Un pequeño ataque sin duda!

Iba á llamar, cuando vió una botella con agua en un rincón.

—Bebed, “batuchka”—murmuró, acercándose al joven con el cacharro.—Quizá os siente bien.....

El asombro y la solicitud del juez parecían tan sinceros, que Rascolnikof le examinó con sombría curiosidad, rechazando el agua que le ofrecía.

—¡Rodion Romanovitch, querido amigo! Si seguís así, os volveréis loco, os lo aseguro. Bebed, bebed, aunque no sea más que un sorbo.

Casi á la fuerza le puso el vaso en la mano.

Rascolnikof lo llevaba á los labios maquinalmente, cuando de pronto cambió de parecer y lo dejó con cierto disgusto.

—Sí, habéis sufrido un pequeño ataque. Tendréis tantos, querido amigo, que recaeréis en vuestra enfermedad—observó, con el tono más afectuoso, el juez, que parecía muy turbado.—¡Señor! ¿Cómo os cuidáis tan poco? Lo mismo que Demetrio Prokofitch, que ayer vino á verme..... Reconozco que tengo un hu-

mor cáustico, que mi carácter es insufrible; pero ¡Señor! ¡qué significado se da á veces á las más inofensivas ocurrencias! Sentaos, pues, "batuchka;" ¡sentaos, por amor de Cristo! A propósito: ¿Razumikin vino enviado por vos?

—No sólo sabía que os había ido á ver, sino que conocía el motivo de la visita—respondió secamente Rascolnikof.

—¿Lo sabiais?

—Sí, ¿qué? ¿Qué sacáis de eso?

—Deduzco, "batuchka," Rodion Romanovitch, que conozco otros muchos hechos y movimientos vuestros; estoy informado de todo. Sé que al anochecer fuisteis á alquilar una habitación, y vuestras preguntas..... Comprendo la situación moral en que os hallabais; pero no es menos cierto que esa inquietud que os embarga concluirá por trastornaros el juicio. Noble es la indignación que sentís; pero habéis de quejaros, en primer lugar, al destino, y en segundo lugar á la policía. Vais de acá para allá, obligando en cierto modo á las gentes á lanzar acusaciones. Estas charlas estúpidas os son insoportables, y queréis concluir con todo en seguida. ¿Verdad? ¿He adivinado los sentimientos á que obedecéis?..... Sólo que no os contentáis con perder la cabeza; hacéis que la pierda mi pobre Razumikin, y es lástima atentar contra tan buen muchacho. Su bondad le expone más que á otro cualquiera al contagio de vuestra enfermedad..... Cuando estéis tranquilo, "batuchka," os referiré..... Pero sentaos, ¡por amor de Dios! Volved en vos, amigo, os lo suplico; estáis rendido; sentaos, pues.

Rascolnikof obedeció; un temblor nervioso agitaba todo su cuerpo. Eseuchaba con profunda sorpresa á Porfirio, que le prodigaba demostraciones de interés. Mas no dió fe ninguna á las palabras del juez, aun cuando experimentaba cierta extraña inclinación á errerle, y hasta le impresionó sobremanera el oír que Porfirio le hablara de su visita á casa de la anciana.

—¿Cómo sabe esto, y por qué me lo cuenta él mismo?—pensaba el joven.

—Sí, se nos ha ofrecido en nuestra práctica judicial un caso psicológico casi análogo, un caso morboso—continuó Porfirio. Un hombre se acusó de un asesinato que no había cometido. Y no sólo se declaró culpable; contó una historia, una alucinación de que había sido víctima, y era un relato tan verosímil, parecía de tal modo conforme con los hechos, que se impugnaba toda contradicción. ¿Cómo explicarle esto? Sin que fuera culpable, el individuo aquel había sido, en parte, causa de un asesinato. Cuando se enteró de que, á su pesar, había facilitado la ejecución del crimen, sintióse tan desolado, que su razón se turbó y llegó á creerse el asesino. El tribunal competente juzgó el hecho, y del proceso resultó que el infeliz en cuestión era inocente. ¿Qué hubiera sido de este pobre diablo sin la prudencia del Tribunal? He aquí á lo que estáis expuesto, "batuchka." ¿No es un monomaniaco el que por las noches va á las casas á tirar del cordón de las campanillas y á hacer preguntas sobre sangre?..... En el ejercicio de mi carrera estudié toda esa psicología. Un atractivo de idéntico género es lo que conduce á los hombres á arrojar por la ventana ó desde lo alto de

una torre.... ¡Estáis enfermo, Rodion Romanovitch! No tuvisteis cuidado cuando se inició vuestra enfermedad. Debisteis consultar á un médico experimentado, en lugar de hacerlos visitar por el obeso Zosimof.... Todo es, en vos, efecto del delirio.....

Durante breves instantes, Rascolnikof creyó ver que todos los objetos daban vueltas á su alrededor.

—¿Es posible que mienta en este momento?—se preguntaba.

Y hacía esfuerzos para rechazar aquella idea, representándose el exceso de loca rabia á que podría conducirle.

—¡No deliraba, estaba en todo mi juicio!—exclamó, mientras torturaba su cerebro, á fin de penetrar en el de Porfirio.—Estaba en mi juicio. ¿Comprendéis?

Comprendo. Ya dijisteis ayer que delirabais; hasta insististeis sobre este punto. Comprendo cuanto podáis decir. ¡Ja, ja!.... Mas permitidme que os someta á una nueva observación. Si, en efecto, fuerais culpable ó hubierais tomado parte en tan malhadado asunto, ¿sostendríais que no hicisteis esto delirando, sino con pleno conocimiento? A mi entender, sería lo contrario. ¿Verdad?

El tono de la pregunta permitía suponer que ocultaba un lazo. Al pronunciar las últimas palabras, Porfirio Petrovitch se había inclinado hacia Rascolnikof. Este se recostó en el respaldo del diván, y silenciosamente contempló á su interlocutor.

Lo mismo que en lo referente á la visita de Razumikin. Si fuerais culpable, ¿á qué vino á mi casa asegu-

rando que ignorabais su visita? Y, lejos de ocultar esto, vos afirmáis, por el contrario, que le enviasteis.

Rascolnikof no había afirmado. Por la espina dorsal le corría un frío intenso.

—¡No hacéis más que mentir!—dijo en voz reposada y débil, esbozando una penosa sonrisa.—Queréis demostrarme que leéis, que adivináis mis respuestas—continuó, conociendo que ya no pesaba sus frases como debía.—Queréis asustarme..... ó hacer burla de mí.....

Al hablar de este modo, Rascolnikof no dejaba de mirar atentamente al juez de instrucción. De repente, una violenta cólera se retrató en sus miradas.

—Mentís—exclamó;—sabéis perfectamente que la mejor táctica para un culpable es confesar aquello mismo que le es imposible tener oculto. ¡No os creo!

—¡Cómo sabéis retractaros!—bromeó Porfirio.—Pero sois demasiado testarudo, “batuehka,” y esto es efecto de vuestra monomanía. ¿No me creéis? Pues yo pienso que me creéis ya algo, y haré que me creáis por completo, porque os aprecio sinceramente y me intereso mucho por vos.

Empezaron á agitarse los labios de Rascolnikof.

—Sí, quiero vuestro bien—prosiguió Porfirio, cogiendo del brazo al joven.—Os lo digo por última vez: cuidaos esa enfermedad. Además, ya que vuestra familia está en San Petersburgo, pensad en ella. Debíais hacer la dicha de vuestros parientes, y, por el contrario, sólo inquietudes les causáis.....

—¿Y qué os importa? ¿Cómo lo sabéis? ¿Por qué

os mezcláis en esto? ¿Es que me vigiláis y queréis darme a entender?

—“¡Batuchka!” ¡Pero..... vamos..... si es por vos mismo por quien lo he sabido! ¿No veis que, en vuestra agitación, habláis espontáneamente de vuestros asuntos, tanto á mí como á los demás? Me interrumpisteis cuando iba á deciros que, no obstante vuestro talento, dejasteis de mirar de un modo sano las cosas, á causa de vuestro humor receloso. Si yo os creyera culpable, mi línea de conducta habría sido desvanecer vuestra desconfianza, atraer vuestra atención sobre otro punto, y de pronto asestaros el golpe de gracia preguntándoos: ¿qué fuisteis á hacer en casa de la víctima? ¿Por qué preguntasteis esto y lo otro? He aquí cómo hubiera procedido creyendoos culpable: os hubiese sometido á un interrogatorio en regla, hubiese ordenado un registro domiciliario, y me hubiera apoderado de vuestra persona..... ¡Puesto que obré de otro modo, señal de que no sospecho! Pero perdisteis el sentido justo de las cosas, y no veis nada, os lo repito.

Rascolnikof tembló, y de ello Porfirio se dió cuenta.

—¡Seguís mintiendo!—vociferó el joven.—No sé cuáles son vuestras intenciones, pero seguís mintiendo.... No ha mucho me hablasteis en este sentido, y no puedo hacerme ilusiones. ¡Mentís!

—¿Miento?—replicó Porfirio, con aparente vivacidad, pero conservando el aire más jovial y sin parecer dar importancia al parecer de Rascolnikof.—¿Miento? Pero ¿cómo procedí con vos hace poco? Yo, juez de instrucción, os sugerí dos argumentos de orden psico-

lógico que podíais hacer valer: la enfermedad, el delirio, los sufrimientos de amor propio, la hipocondría, etcétera, etc. ¿No es verdad? ¡Ja, ja! Ciertamente, dicho sea de paso, que tales medios de defensa no se tienen en pie; encierran dos fines; se pueden volver contra vos. Si decís: “Estaba enfermo, deliraba, no sabía lo que hacía, de nada me acuerdo,” se os responderá: “Todo eso está bien, “batuchka;” mas ¿por qué el delirio siempre afecta en vos el mismo carácter? ¿Podía manifestarse en otras formas!” ¡Ja, ja!

Rascolnikof se levantó, y mirándole con desprecio:

—En conclusión—dijo,—quiero saber si soy ó no sospechoso para vos. ¡Hablad, explicaos sin ambages, y pronto!

—¡Dios mío! ¡Sois como un niño que pide la luna!—prosiguió el otro en su tono acostumbrado.—¿Para qué deseáis saber tanto, si ya os dejé tranquilo? ¿Por qué venís aquí cuando no se os llama? ¿Cuáles son vuestras razones? ¡Ja, ja!

—¡Os repito—gritó furiosamente Rascolnikof—que no puedo tolerar!.....

—¡Qué! ¿La incertidumbre?—interrumpió el juez de instrucción.

—¡No me sigáis empujando!..... ¡No quiero!.... ¡Os digo que no quiero! ¿Me oís?—agregó, con voz de trueno, Rascolnikof, descargando otro puñetazo sobre la mesa.

El juez de instrucción no ofrecía ya aquel falso aire de aldeano que finge bondad; fruncía las cejas, hablaba como amo, y parecía dispuesto á arrojar la careta. Pero aquella nueva actitud duró un instante.

Al principio, intrigado Rascolnikof, entró en un sú-

bito acceso de cólera; sin embargo, ¡cosa extraña! aun entonces, no obstante hallarse en el colmo de la exasperación, obedeció á la orden de hablar en voz más baja. Por otra parte, pensaba que no podía obrar sino de aquel modo, y este pensamiento contribuyó á irritarle.

—¡No me dejaré martirizar!—murmuró.—Detenedme, registradme, haced pesquisas; pero proceded en forma, y no hagáis de mí un juguete. No tengáis la audacia.....

—No os inquiete la forma—interrumpió Porfirio en tono burlón, mirando al otro con cara de júbilo.—¡Familiarmente, “batuchka,” como amigo, os invité á que vinierais á verme!

—¡No quiero vuestra amistad! ¡La desprecio! ¿Oís? Y ahora me retiro. ¿Qué diréis ahora, si tenéis intención de detenerme?

En el momento en que se acercaba á la puerta, Porfirio volvió á asirle del brazo.

—¿No queréis que os dé una pequeña sorpresa?—bromeó el juez de instrucción.

Parecía más alegre cada vez, cada vez más chocarreo, lo que acabó de poner á Rascolnikof fuera de sí.

—¿Qué pequeña sorpresa? ¡Qué queréis decir?—preguntó el joven, deteniéndose de pronto y mirando á Porfirio con inquietud.

—Una pequeña sorpresa que tengo detrás de la puerta. ¡Ja, ja, ja!..... Hasta la he encerrado bajo llave, para que no se vaya.

—¿Qué es eso? ¿Dónde? ¿Qué?

Rascolnikof se acercó á la puerta, y quiso abrirla; pero no pudo.

—Está cerrada. Aquí está la llave.

Diciendo esto, la sacó del bolsillo y se la enseñó á Rascolnikof.

—¡Continuáis mintiendo!—rugió éste, ya fuera de sí.—¡Mientes, polichinela maldito!

Y trató de arrojarle sobre Porfirio, que retrocedió hacia la puerta, sin mostrar, por lo demás, miedo alguno.

—¡Todo, todo lo comprendo!—vociferó Rascolnikof.—Mientes y me irritas para que me haga traición.....

—¡Pero si no tenéis por qué hacérosla, “batuchka,” Rodion Romanovitch! ¡Ya véis en qué estado estáis! No gritéis, ó llamo.

—¡Mientes! ¡Llama á los tuyos! Sabías que estaba enfermo, y has querido exasperarme, empujarme, para arrancarme confesiones. ¡He aquí tu objeto! ¡No, muestra tus pruebas! ¡Lo he comprendido todo! ¡No tienes pruebas; no cuentas sino con miserables suposiciones, con las conjeturas de Zametof!..... Conocías mi carácter; quisiste hacerme salir fuera de mí, llamar de pronto á los “popes” y delegados..... ¿Los aguardas? ¿Eh? ¿A qué esperas? ¿Dónde están? ¡Que se presenten!

—¿Qué decís de delegados, “batuchka”? ¡Vaya unas ideas! La forma, para emplear vuestro lenguaje, no permite hablar de ese modo. No conocéis el procedimiento, querido amigo..... Pero será observada la forma, pronto lo veréis con vuestros propios ojos.....

—murmuró Porfirio, que escuchaba con el oído pegado á la puerta.

Notábase cierto ruido, efectivamente, en la habitación inmediata.

—¡Ah, vienen!—exclamó Rascolnikof.—¡Los mandaste llamar!..... ¡Los esperabas! ¡Habías contado!..... ¡Bueno, que pasen todos: delegados, testigos! ¡Haz entrar á quien quieras! ¡Estoy pronto!

Pero en aquel momento ocurrió un incidente extraño y tan fuera del ordinario curso de las cosas, que ni Rascolnikof ni Porfirio hubieran podido preverlo.

VII

He aquí el recuerdo que la escena dejó en el cerebro de Rascolnikof.

El ruido que se producía en la habitación vecina aumentó súbitamente, y la puerta se entreabrió.

—¿Qué hay?—gritó, encolerizado, el juez instructor.—Ya he advertido que.....

No hubo respuesta; pero la causa del alboroto se adivinaba en parte: alguien quería entrar en el gabinete de Porfirio, y otra persona trataba de impedirlo.

—¿Qué pasa ahí?—preguntó inquietamente Porfirio.

—Es el acusado Nicolás—dijo una voz.

—¡No le necesito! ¡No deseo verle! ¡Lléváosle! ¡Esperad!..... ¿Por qué le habéis traído aquí? ¡Qué desorden!—gruñó Porfirio, lanzándose hacia la puerta.

—El fué quien.....—agregó la misma voz, que calló de improviso.

Durante dos segundos oyóse un rumor de lucha entre dos hombres; luego, uno de ellos fué rechazado furiosamente por el otro, que, bruscamente, penetró en el gabinete del juez de instrucción.

El recién llegado tenía extrañísimo aspecto. Miraba

de frente, pero parecía no ver á nadie. La resolución se leía en sus ojos, y al mismo tiempo, su rostro estaba lívido como el de un reo conducido al cadalso. Sus labios, blanquísimos, temblaban ligeramente.

Era un hombre todavía muy joven, flaco, de mediana estatura y vestido como un obrero.

Aquel á quien acababa de rechazar, penetró tras de él en la sala y le puso ambas manos en los hombros. Era un guardia.....

Nicolás volvió á desasirse de él.

En el dintel de la puerta se agolparon muchos curiosos, algunos mostrando deseos de entrar. Todo había pasado en menos tiempo del necesario para contarle.

—¡Vete! ¡Aún es demasiado pronto! ¡Espera á que se te llame!..... ¿Por qué le trajisteis tan pronto?—gritó el juez de instrucción, cada vez más sorprendido.

—¡Perdón! ¡Soy culpable! ¡Soy el asesino!—dijo bruscamente Nicolás, en voz bastante fuerte, no obstante la emoción que le ahogaba.

Durante diez segundos reinó el más profundo silencio, durante el cual todos permanecieron estupefactos; el gendarme no trató de volver á sujetar al preso, y se dirigió maquinalmente hacia la puerta, donde esperó inmóvil.

—¿Qué dices?—gritó Porfirio, cuando su sorpresa le permitió hablar.

—Soy..... el asesino.....—repitió Nicolás, arrojándose.

—¿Cómo, cómo?..... ¿A quién has asesinado?

El juez de instrucción estaba visiblemente confuso.

—¡Ah, vienen!—exclamó Rascolnikof.—¡Los mandaste llamar!..... ¡Los esperabas! ¡Habías contado!..... ¡Bueno, que pasen todos: delegados, testigos! ¡Haz entrar á quien quieras! ¡Estoy pronto!

Pero en aquel momento ocurrió un incidente extraño y tan fuera del ordinario curso de las cosas, que ni Rascolnikof ni Porfirio hubieran podido preverlo.

VII

He aquí el recuerdo que la escena dejó en el cerebro de Rascolnikof.

El ruido que se producía en la habitación vecina aumentó súbitamente, y la puerta se entreabrió.

—¿Qué hay?—gritó, encolerizado, el juez instructor.—Ya he advertido que.....

No hubo respuesta; pero la causa del alboroto se adivinaba en parte: alguien quería entrar en el gabinete de Porfirio, y otra persona trataba de impedirlo.

—¿Qué pasa ahí?—preguntó inquietamente Porfirio.

—Es el acusado Nicolás—dijo una voz.

—¡No le necesito! ¡No deseo verle! ¡Llévósle! ¡Esperad!..... ¿Por qué le habéis traído aquí? ¡Qué desorden!—gruñó Porfirio, lanzándose hacia la puerta.

—El fué quien.....—agregó la misma voz, que calló de improviso.

Durante dos segundos oyóse un rumor de lucha entre dos hombres; luego, uno de ellos fué rechazado furiosamente por el otro, que, bruscamente, penetró en el gabinete del juez de instrucción.

El recién llegado tenía extrañísimo aspecto. Miraba

de frente, pero parecía no ver á nadie. La resolución se leía en sus ojos, y al mismo tiempo, su rostro estaba lívido como el de un reo conducido al cadalso. Sus labios, blanquísimos, temblaban ligeramente.

Era un hombre todavía muy joven, flaco, de mediana estatura y vestido como un obrero.

Aquel á quien acababa de rechazar, penetró tras de él en la sala y le puso ambas manos en los hombros. Era un guardia.....

Nicolás volvió á desasirse de él.

En el dintel de la puerta se agolparon muchos curiosos, algunos mostrando deseos de entrar. Todo había pasado en menos tiempo del necesario para contarlo.

—¡Vete! ¡Aún es demasiado pronto! ¡Espera á que se te llame!..... ¿Por qué le trajisteis tan pronto?—gritó el juez de instrucción, cada vez más sorprendido.

—¡Perdón! ¡Soy culpable! ¡Soy el asesino!—dijo bruscamente Nicolás, en voz bastante fuerte, no obstante la emoción que le ahogaba.

Durante diez segundos reinó el más profundo silencio, durante el cual todos permanecieron estupefactos; el gendarme no trató de volver á sujetar al preso, y se dirigió maquinalmente hacia la puerta, donde esperó inmóvil.

—¿Qué dices?—gritó Porfirio, cuando su sorpresa le permitió hablar.

—Soy..... el asesino.....—repitió Nicolás, arrojándose.

—¿Cómo, cómo?..... ¿A quién has asesinado?

El juez de instrucción estaba visiblemente confuso.

Nicolás aguardó un momento, antes de responder.

—He.... asesinado..... á hachazos á Elena Ivanovna y á su hermana Isabel. No estaba en mi juicio.....—agregó bruscamente.

Luego guardó silencio, pero continuó arrodillado.

Rascolnikof, de pie en un rincón, le contemplaba con aire de extrañeza.

Durante algunos momentos, las miradas del juez pasaron del visitante al detenido y “viceversa.” Por último, dirigiéndose á Nicolás con una especie de arrebato:

—¡Espera á que se te interrogue, y entonces veremos si tenías ó no turbado el juicio!—dijo, con voz algo alterada.—¡No te pregunté eso!..... Contéstame ahora. ¿Tú la has matado?

—Yo soy el asesino..... Lo confieso.....—respondió Nicolás.

—¿Con qué las mataste?

—Con un hacha. La llevaba exprofeso.

—¡Oh, qué paladinamente!..... ¿Solo?

Nicolás no comprendió la pregunta.

—¿No tuviste cómplices?

—No. Mitka es inocente; no tomó parte alguna en el crimen.

—No te adelantes á declarar la inocencia de Mitka. ¿Te he preguntado nada respecto de él?..... ¿Por qué, pues, los dos bajabais la escalera corriendo?

—Yo empecé á correr tras de Mitka.... Era un recurso para no infundir sospechas.

—¡Está bien! ¡basta!—gritó Porfirio con ira.—¡No dice la verdad!—agregó en seguida como para sí.

Sus ojos tropezaron con Rascolnikof, cuya presencia parecía haber olvidado. El juez se turbó al verle. Avanzó hacia él.

—Rodion Romanovitch, “batuchka,” os ruego que me dispenséis..... Aquí no tenéis ya que hacer..... yo mismo..... ¡Ya véis qué sorpresa!..... ¡Os suplico!.....

Y cogiendo luego por el brazo á nuestro joven, le mostraba la puerta.

—Parece ser que no esperabais esto—observó Rascolnikof.

Naturalmente, lo que acababa de ocurrir era un enigma para él; sin embargo, en parte había recobrado su seguridad.

—Tampoco vos lo esperabais, “batuchka.” Mirad cómo os tiembla la mano. ¡Ja, ja!

—Vos también tembláis, Porfirio Petrovitch.

—Verdad; no esperaba esto.....

Estaban á la puerta. El juez de instrucción tenía prisa por desembarazarse de su visitante.

—¿No me dáis ya aquella pequeña sorpresa?.....—preguntó éste de improviso.

—¿Apenas ha recobrado fuerzas para hablar, y ya le tenemos irónico? ¡Ja, ja! ¡Sois muy cáustico! Vaya, hasta la vista.

—Creo que sería mejor decir “adiós.”

—¡Será lo que Dios quiera!—balbuceó Porfirio, con forzada sonrisa.

Al cruzar la cancelería, Rascolnikof notó que muchos empleados le miraban fijamente. En la antesala reconoció entre la multitud á los dos porteros de

“aquella casa.” Parecían esperar algo. Aún no había llegado á la escalera, cuando oyó la voz de Porfirio Petrovitch. Se volvió, y vió al juez de instrucció, que corría para alcanzarle.

—¡Una palabrita, “batuchka!” Concluirá este asunto como Dios quiera; pero por razones de forma, iré á pedirlos algunos detalles..... Luego nos veremos otra vez.

Dijo esto de un modo que podía suponerse que iba á seguir hablando; pero nada agregó.

—Perdonadme por la manera de expresarme hace poco, Porfirio Petrovitch..... Fuí algo vivo—dijo Rascolnikof, que había recobrado todo su aplomo y hasta sentía irresistibles ganas de bromear con el magistrado.

—¡Bah!..... Eso no tiene importancia—murmuró Porfirio en tono casi alegre.—Yo también..... tengo un carácter muy desagradable, lo confieso. Pero ya nos volveremos á ver. Si Dios quiere, nos veremos con frecuencia.....

—¿Y nos conoceremos del todo?—dijo Rascolnikof.

—Y nos conoceremos del todo—repitió como un eco Porfirio, que, guiñando el ojo, miró seriamente á su interlocutor. ¿Ahora váis á una comida de convite?

—A un entierro.

—¡Ah, sí, justamente! Cuidad vuestra salud.

—No sé qué desearos, por mi parte—agregó Rascolnikof.

Empezaba á bajar la escalera, cuando de pronto volvióse hacia Porfirio.

—De veras os deseo en adelante más éxito que el de hoy. ¡Son muy cómicas vuestras funciones!

A estas palabras, el juez, que e disponía á volver á su gabinete, prestó especial atención.

—¿Qué tienen de cómicas?—preguntó.

—Nicolás lo dice. ¡Cuánto le debisteis atormentar para arrancarle esas confesiones! Día y noche le habréis repetido en todos los tonos: “Eres el asesino, eres el asesino.” Y cuando él se declara culpable, exclamáis: “¡Mientes! ¡No eres el asesino!” Visto esto, ¿no tengo derecho á decir que vuestras funciones resultan muy cómicas?

—¡Ja, ja! ¿Notasteis que hice observar á Nicolás que no decía la verdad?

—¿Cómo no notarlo?

—¡Ja, ja! Tenéis un ingenio muy sutil; nada se os escapa. Y además sois humorístico. ¡Ja, ja! Era, según dicen, el rasgo característico de nuestro escritor Gogol.

—Sí, de Gogol.

—En efecto, de Gogol..... Hasta que tenga el gusto de volver á veros.

—Hasta que tengamos ese placer.....

El joven encaminóse hacia su casa. Cuando entró en el pequeño aposento, se tendió sobre el diván, y por espacio de un cuarto de hora trató de poner en orden sus ideas. Ni aun se preocupó de la conducta de Nicolás, comprendiendo que había en ella un misterio del que, por el momento, en vano buscaría la clave. Por otra parte, no se hacía ilusiones sobre las probables consecuencias del incidente; las declaraciones del pin-

for no tardarían en ser reconocidas como falsas, y las sospechas volverían á recaer sobre él. Pero mientras tanto era libre, y debía tomar sus medidas en previsión de un peligro que consideraba inminente.

Pero ¿hasta qué punto estaba amenazado? La situación empezaba á aclararse. El joven se estremecía al recordar su conversación con el juez. Sin duda no podía penetrar todas las intenciones de Porfirio; pero lo que adivinaba era más que suficiente para comprender de qué riesgo terrible acababa de escapar. Ciertamente no se había comprometido demasiado; pero, sin embargo, las imprudencias de que se inculpaba constituían una prueba contra él; pero esto no tenía sino un valor relativo. ¿No se engañaba al pensar de aquel modo? ¿Cuál era el objeto de Porfirio? Algo había maquinado para aquel día. ¿Cuál sería su idea? Sin la inesperada aparición de Nisólás, ¿cómo hubiera acabado la entrevista?

Rascólnikof estaba sentado en el diván, con los codos en las rodillas y la cara entre las manos. Un temblor nervioso continuaba agitando todo su cuerpo. Por fin se levantó, tomó su gorra, y después de un momento de reflexión, se dirigió hacia la puerta.

Pensaba que, por entonces al menos, no tenía nada que temer.

De repente experimentó una especie de alegría; ocurriósele la idea de ir lo antes posible á casa de Catalina Ivanovna. Ya era tarde para asistir al entierro; pero llegaría á tiempo de tomar parte en la comida, y allí vería á Sonia.

Se detuvo, reflexionó, y una dolorosa sonrisa apareció en sus labios.

—¡Hoy, hoy!—repitió.—¡Sí, hoy mismo! ¡Es necesario!

En el momento en que iba á abrir la puerta, ésta se abrió por sí misma.

Retrocedió, espantado, al ver aparecer al enigmático personaje de la vispera, al hombre “salido del centro de la tierra.”

El visitante se detuvo en el umbral, y después de mirar en silencio á Rascólnikof, dió un paso hacia él.

Iba vestido como la vispera, pero su rostro no era el mismo. Parecía muy afligido, y exhalaba hondos suspiros.

—¿Qué deseáis?—preguntó Rascólnikof, pálido como un muerto.

El hombre no respondió, pero se inclinó hasta el suelo.

—¿Quién sois?—exclamó Rascólnikof.

—Perdón—dijo el hombre en voz baja.

—¿Por qué?

—Por mis malos pensamientos.

Miráronse el uno al otro.

—Estaba enfadado. Cuando el otro día, quizá con el juicio trastornado por la bebida, hablasteis de sangre y rogasteis á los porteros que os coodujeran á la oficina de policía, vi con sentimiento que no hacían caso de vuestras señas, y ayer vine aquí. . . .

—¿Vos fuisteis quien vino?—interrumpió Rascólnikof.

En su cerebro empezaba á germinar la luz.

—Sí. Os insulté.

—¿Luego estabais en aquella casa?

—Sí, estaba en la puerta entonces. ¿Acaso lo habéis olvidado? Vivo allí ha mucho tiempo; soy peletero.

Rascolnikof recordó que, en efecto, alguien había dicho, en aquella ocasión, que debía ser conducido ante el juez.

Así se explicó del modo más sencillo el misterio de la víspera. ¡Y bajo la inquietud que le causó una circunstancia tan insignificante, había estado á punto de perderse! Aquel hombre no había podido contar sino lo que sabemos. Luego salvo aquel paso de un “enfermo delirante,” salvo aquella “psicología de dos fines,” Porfirio Petrovitch no sabía nada. No poseía hechos, no sabía nada positivo.

—De consiguiente—pensaba el joven,—si no resultan nuevos cargos (que estoy seguro que no surgirá), ¿qué se me puede hacer? Aun cuando se me arrestara, ¿cómo fundar en definitiva mi culpabilidad?

Otra conclusión, según Rascolnikof, se desprendía de las palabras de aquel hombre. No hacía mucho tiempo que Porfirio tenía noticias de su visita á la habitación de la víctima.

—¿Dijisteis hoy á Porfirio que ayer estuve allí?—preguntó, asaltado por una súbita idea.

—¿A qué Porfirio?

—Al juez de instrucción.

—¿Hoy?

—Un minuto antes de llegar vos. Todo lo he oído. Sé que os ha hecho pasar un mal rato.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—¡Si yo estaba allí, en el gabinete contiguo!

—¡Cómo! ¿Luego vos erais la sorpresa? Pero ¿qué es lo que ha sucedido? Hablad, os lo suplico. . . .

—Viendo—empezó el burgués—que los porteros se negaban á ir á dar parte de lo ocurrido, so pretexto de que era tarde, experimenté un vivo disgusto, y resolví pedir informes de vos. Al día siguiente, ayer, como sabéis, me informé como deseaba, y fui á ver al juez. Pero no pude encontrarle, y tuve que volver hoy. Y hablando con él estaba, cuando se os anunció. “Retírate á ese gabinete—me dijo entonces, llevándome una silla,—y estate ahí sin moverte, oigas lo que oigas; es probable que tenga que seguir interrogándote.” Luego cerró la puerta. Cuando Nicolás entró en el gabinete, os despidió y á mí me hizo salir. “—Te preguntaré más aún”—me dijo al marcharme.

—¿Han interrogado á Nicolás delante de ti?

—Salí detrás de vos, y antes de empezar el interrogatorio.

Terminado su relato, el burgués volvió á exclamar, inclinándose humildemente:

—Perdonadme por mi denuncia y por el mal que os he hecho.

—¡Que Dios te perdone!—dijo Rascolnikof.

El burgués volvió á inclinarse, y se retiró.

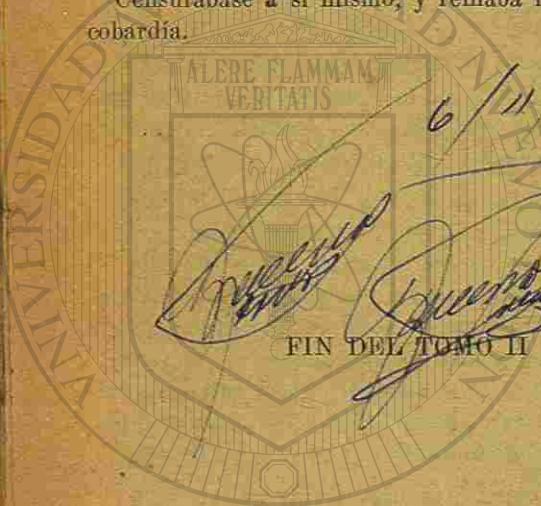
—¡Ninguna prueba consistente; solamente cargos

que no pueden serlo!—pensó Rascolnikof, renaciendo á la esperanza.

Y salió del aposento.

—¡Aún podemos luchar!—se dijo, con sonrisa de ira, mientras bajaba la escalera.

Censurábase á sí mismo, y reinaba humillado en su cobardía.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



